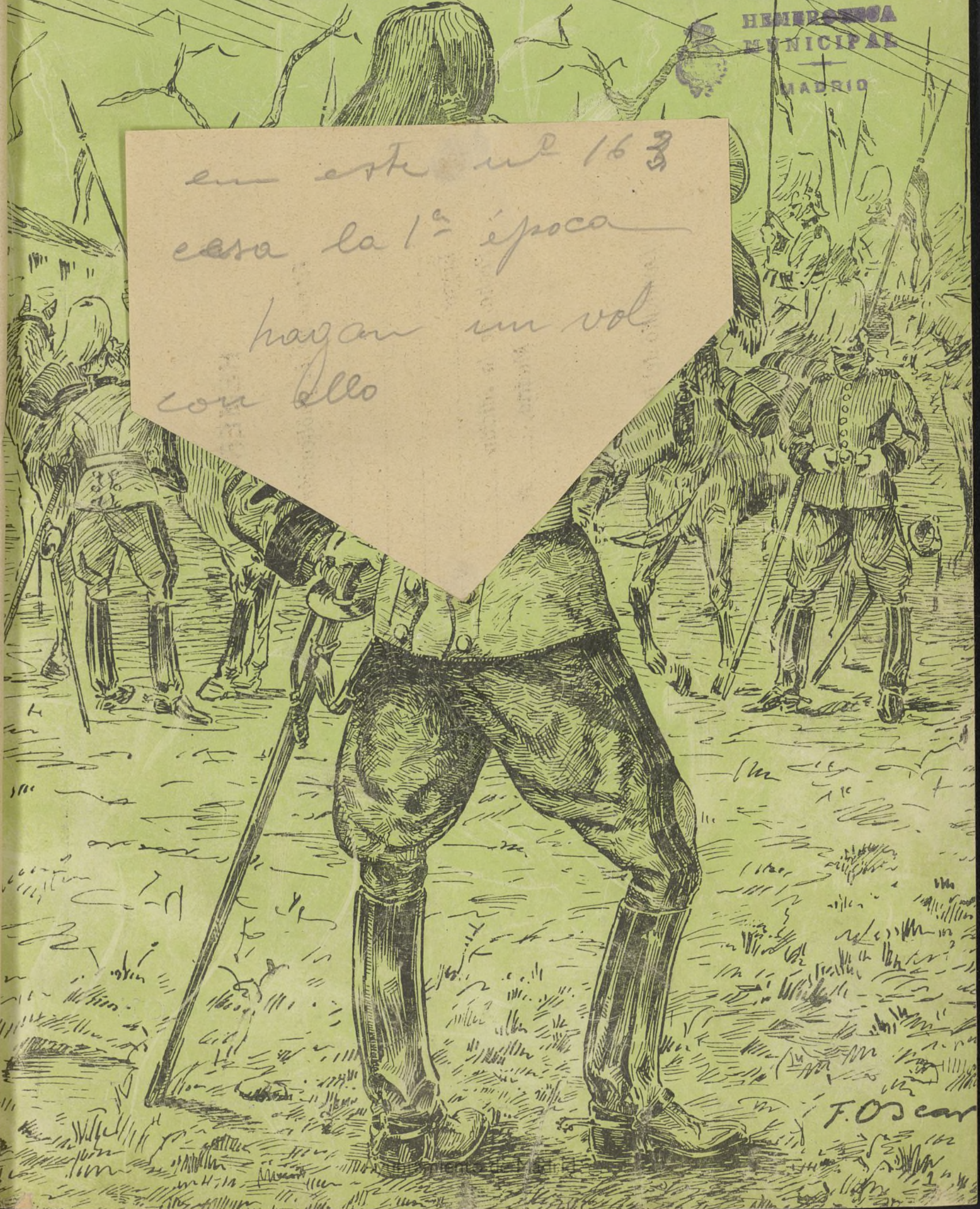


ARMAS Y LETRAS

HERNANDESA
MUNICIPAL
MADRID

en este vol 163
casi la 1ª época
hagan un vol
con ello



Folleto de gran interés



PRECIO: 60 CÉNTIMOS

PEDIDOS, A ESTA ADMINISTRACION



Redacción, Admón. y Talleres: Calvo Asensio, 3.

Director: Vicente Valero de Bernabé

EFEMERIDES DEL MES

No fué enero el lapso Gregoriano de tiempo en el que menos páginas de nuestra historia nacional se escribieron.

Siguiendo el orden cronológico es lo primero a registrar la iniciación del término de la época en que no se ponía el sol en los Estados españoles.

El mismo día primero, en la hoy próspera República Argentina, de una manera francamente decidida, comenzaron a separarse de nosotros las naciones que en ambas vertientes de los Andes fundaron nuestros antepasados.

Una guerra cruel, cual suelen serlo cuantas promueve el espíritu de independencia, que duró desde 1809 a 1926, redujo considerablemente nuestros dominios Ultramarinos, aportando nuevos seres al concierto internacional, sin que nos haya quedado otra gloria que la del idioma y algunas costumbres.

Al cumplir el primer centenario de su vida política aquellas naciones, un agorero vería algo no grato en actitudes determinadas del más poderoso estado americano, interviniendo en pequeños conflictos de orden interior de los demás.

Deseemos, con la sinceridad que merece el cariño que en aquellas tierras ponen al decir "España", que no corra de nuevo la sangre en los países del sol, a impulsos de ambiciones que hoy, en plena civilización, no pueden calificarse sino de bastardas.

Cual si el mes de enero hubiese querido ensañarse con nosotros en las latitudes que nuestros barcos fueron los primeros en cruzar, el mismo

día primero, ochenta años más tarde, desaparecía para siempre del castillo del Morro, en la Habana, la bandera gualda y rojo, a todas partes llevada por sus hijos.

Pero no todo habían de ser negruras en el primer día del año: en los campos africanos, durante la romántica guerra a que fuimos sólo por honor, al comenzar el año 1860, las tropas españolas desembocaban en el valle de Los Castillejos, iniciando el mostrar al mundo que no nos venía ancho conquistar el imperio del Sultán.

En la llanada y en los montes que la circundan, se escribieron más de una página de gloria; allí está pregonándolo a las generaciones de hoy la loma de las mochilas, por la que tanta sangre corrió aquel día.

Más abajo, junto a la playa, ruinas cada vez más ruinosas recuerdan los Castillejos, que dieron nombre al río y al valle, hoy atravesado por la carretera y la vía férrea de Ceuta a Tetuán.

Llegados al día 2 del mes en que estas líneas ven la pública luz sólo alborozo cabe sentir: en ese día, el mismo en que algunos siglos antes apareciera en Zaragoza la Pilarica, los que primeramente pudieron llamarse reyes españoles penetraban en Granada, sueño fantástico musulmán, arrojando para siempre a la media luna al otro lado del Estrecho.

¿Por qué ese día, en que nació España, no figura como fiesta nacional de Constitución?; si el momento en que la bandera de Castilla tremoló por vez primera en las playas americanas



PARA HOMBRES

Ayer ventrudo,
hoy enjuto,
es que uso
la FAJA DE JUSTO.

Carmen, 10.--MADRID

Ultimos modelos de Corsés para señoras y niños

SOMBRERERIA de JORGE GRACIA

Agente exclusivo de las marcas inglesas

Casa especial en gorras de uniforme, roses de gala y de diario para el Ejército
ZARAGOZA, 58, COSO :- Teléfono 752

ZACARIAS HOMES

PROVEEDOR DE

EQUIPOS MILITARES



FUENCARRAL, 55.-MADRID

TELEFONO 583

APARTADO DE CORREOS NUMERO 588

mereció ser rememorado como día de la raza, el otro, el que dió personalidad social y política a quien realizó aquella epopeya, ¿no merecía cuando menos ser igual?

Prescindiendo, sólo por un momento, de la seriedad, ya que de los acontecimientos de los primeros días del año hablamos, fuera injusticia callar el político del 3 de enero de 1874, que las gentes de la época llamaron, humorísticamente, el episodio de los *Diputados del puntapié*.

Hecho por completo inconstitucional, anómalo, hasta censurable, pero del que no puede prescindirse en España de vez en cuando, ante la desmedida borrachera de poder y atribuciones que nuestros políticos suelen padecer, poniendo en peligro el vivir nacional.

Entre lo desagradable que el mes de enero tuvo para nuestro país figura la capitulación de Valencia, que hizo dueños de la poética ciudad a las tropas del mariscal Suchet; hecho realizado el 9 de enero de 1812.

Siguiendo la historia de los días del presente mes, ¡cuán lejos aquélla nos lleva!; nada menos que al año 728, en el que el 11 de enero tuvo lugar la hecatombe que la fiera independencia vasca produjo en la expedición que el gran Carlomagno enviara para ayudar a nuestros opresores de ocho siglos.

De cómo fué lo que en las profundidades de Roncesvalles ocurrió el día aquél, da idea cabal las frases con que lo comenta el más completo historiador militar contemporáneo, Modesto Navarro, en las notas que con Pedro A. Berenguer escribió al crearse la Academia general militar.

Dice así el ilustre escritor: "¡Allí quedaron todos los bagajes y riquezas, allí el ejército entero, allí el célebre Roldán y la gloria del vencedor de los sajones, lombardos y germanos!"

"¡Aún resuenan por aquellos riscos los ecos del *Altabizcaren Cantua*, canto inspirado por la derrota de Roncesvalles, cuyas enérgicas estrofas se perpetúan de generación en generación!"

En el día tenido por nefasto, el 13, libróse en

Aranco (Chile) una gran batalla, en la que el caudillo español general Lasso, con ayuda de un millar de indios afectos, obtuvo un señalado triunfo, base principal de que domináramos por completo el país, si bien a través de una guerra que duró catorce años.

Uno de los más esclarecidos capitanes que al combate asistieron, Alonso Ercilla, hombre dado a las letras, escribió en verso la descripción de aquél, en el hermoso poema titulado "*Araucana*", que alcanzó renombre universal.

Considerados en conjunto los casi doscientos hechos de armas en que a través de los siglos intervinieron las armas españolas en el mes de enero, presentan un *activo* mucho mayor que el *pasivo*.

Destacan, entre ellos, a más de los mentados anteriormente, la batalla de Gembloux (campañas de Flandes) librada el 31 de enero de 1521, en la que se reveló como caudillo Alejandro Farnesio, que a las órdenes de su tío, don Juan de Austria, formaba con las tropas españolas.

Es curioso el detalle de que, acorralado en Namur el de Austria, según afirma el concienzudo historiador comandante Espi Luengo, escribió a numerosos licenciados de nuestro ejército que vivían en el país llamándoles *Magníficos señores, soldados de la Infantería española*.

La carta dió tal resultado que, reunidos al pie de cuatro mil combatientes, entre infantes y jinetes, lograron vencer a doce mil enemigos, siendo enorme el botín de guerra cogido y considerable el número de bajas.

El levantamiento del sitio de Cádiz, que en 1812 impuso el duque de Alburquerque a los franceses; los combates que el 23 y el 31 se verificaron en las inmediaciones de Tetuán el año 1860; la ocupación de las Islas Carolinas por el adelantado Legazpi, en 1565, y la toma de Ciudad-Rodrigo, en 1812, son otros tantos episodios de nuestra historia que contribuyeron a que el mes de enero tenga en aquélla cierto carácter transcendental.

FERMIN ORCHELL

MANUAL DE IDENTIFICACION JUDICIAL

(DACTILOSCOPIA, FILIACION DESCRIPTIVA Y FOTOGRAFIA)

— POR —

Vicente Rodriguez Ferrer

Director de 1.^a clase del
Cuerpo de Prisiones

Segunda edición revisada y aumentada. Un tomo en 8.^o encuadernado en tela, de 424 páginas con 124 figuras y varios modelos de tarjetas de identidad de todos los países.

PRECIO: 8 pesetas en Madrid y 8,50 en provincias

Pedidos: EDITORIAL REUS (S. A.). Cañizares, 3 dupdo.—Madrid

IMPERMEABLES

de las mejores fábricas, se hacen a medida para señores Jefes y Oficiales.—Precios sin competencia.—FRANCISCO FERNANDEZ.—Caballero de Gracia, 2 al 6 (esquina a Montera), MADRID.

Teléfono 39-50 M.

LLEVE UN RETRATO BIEN HECHO EN
— SU CARTERA —

TRES RETRATOS PARA CARNET, 2 PTAS.

COMPANY, FOTÓGRAFO

Fuencarral, 29.—MADRID

ESTABLECIMIENTO DE JORDANA

Príncipe, 9 MADRID Teléfono 4038

Especialidad en artículos para regalos con motivo de ascensos y recompensas



CONDECORACIONES, BANDAS Y ROSETAS DE TODAS CLASES.—BANDERAS PARA REGIMENTOS.—FAJAS, FAJINES Y CEÑIDORES.—CHARRETERAS, DRAGONAS Y HOMBRERAS, CASCOS, GORRAS Y ROSES, CORDONES Y DISTINTIVOS PARA AYUDANTES Y PARA BASTÓN.—SABLES, ESPADAS Y ESPADINES.—ENTORCHADOS, TEJIDOS Y BORDADOS.—BANDEROLAS, TIRANTES BORDADOS Y FORRAJERA.—ESTRELLAS, NÚMEROS, EMBLEMAS Y BOTONES.—CORDONES, GALONES Y ESPIGUILLAS.—ESPUELAS, ESPOLINES, PLUMEROS Y GOLAS, ETC. ETC.

MENA

FOTÓGRAFO
CARRETAS, 39
(Frente a Roma)

Tres carnets para identificar 3 pesetas
Ampliaciones de SS. MM. del uniforme
que se desee para cuartos de banderas y
estandartes a 25 ptas. Novedad fotográfica,
33 calcomanías para aplicarse en
papel, cartas, cintas, esmaltes 5 pesetas

BLANCO HUECAS

para la instrucción reglamentaria de tiro. El más perfecto el más
utilizado y el más económico. Libretas de tiro y facsímiles
Pedidos a las Huérfanas del comandante Huecas
Colegiata, 5, cuarto núm. 1.—MADRID

Admón. de Loterías núm. 16.—P. de Santa Cruz, 2

Su administradora D.^a Felisa Ortega, remite a provincias, ultramar y extranjero los pedidos que le hagan, siempre que vengan acompañados de su importe

R. FERNÁNDEZ ROJO, GRABADOR

Fábrica de sellos de caucho. Precintos de varias clases
Teléfono, M. 415.—FUENTES, 7.—MADRID

AVISO: La casa que más paga oro, plata,
platino, dentaduras, alhajas y pape-
letas del monte. Plaza de Santa Cruz, 7 (Platería)

CASA HERNANDO

Avenida Conde Peñalver, 3—Teléfono 23-53 H

Venta de toda clase de máquinas de escribir.
Reparaciones muy económicas, accesorios de toda clase. Cintas, papel carbón, tampones y efectos de escritorio. Se hacen abonos para Madrid y provincias.
Presupuestos gratis

AVISO A NUESTROS SUSCRIPTORES CAMBIO DE DESTINO

Con el fin de evitar la pérdida de ejemplares, rogamos a nuestros suscriptores nos avisen lo más pronto posible su cambio de destino, utilizando el boletín inserto a continuación y que pueden enviar a nuestra Administración, en sobre abierto, franqueado con sello de dos céntimos:

D. _____ empleo _____ que prestaba sus
servicios en _____ ha sido trasladado a _____ desde
donde desea seguir recibiendo los ejemplares de la Revista ARMAS Y LETRAS.



C R O N I C A

Como verás, lector, ARMAS Y LETRAS, al comenzar el nuevo año, se presenta ante ti por completo remozada.

Deja de ser la revista semanal, forzosamente reducida en cuanto a lectura, por apremios de tiempo y exigencias de la actualidad, para convertirse en un ameno y extenso "Magazine", sin dejar de atender, sobre todo, a justificar el título y su doble aspecto.

No se trata, como parecer pudiera, ni de alarde editorial, ni de reforma caprichosa.

Es un caso de compenetración con el lector: más de uno lo pidieron, y lo menos que puede hacer una revista que, sobre ser literaria, llega a su mayor edad, con todos los prestigios, es complacer a quienes, leyéndola, la dan honor.

He ahí el por qué ARMAS Y LETRAS dejó de ser semanal para ver la pública luz sólo una vez al mes, en la extensión y calidad que la cultura de sus lectores merece.

Desde mi última crónica no es mucho, sino muy poco, lo que en el mundo y en casa ocurrió, que merezca ser registrado; sin embargo, lo que parece iniciarse tiene tal importancia que el más ávido cronista sentiríase satisfecho.

Veamos si no, y para ello, imitando un poco, muy poco, al arriesgado marino cuya nacionalidad, según algunos, aun no está fijada, crucemos el Atlántico y vayamos a dar un abrazo espiritual a los que allí, en nuestro mismo idioma, sus pensamientos expresan.

¡Qué de nerviosidades veremos! Panamá, entregándose casi a los Estados de la Unión; Nicaragua, dando lugar a que tropas yanquis intervengan en sus discusiones familiares; el Brasil, con sus revueltas, y Méjico, con eternas discusiones, hacen pensar muchas cosas, ninguna contenida en aquellos famosos puntos wilsonianos que, al decir de las gentes superficiales, dieron fin a la guerra mundial.

Prescindiendo de lo que los agoreros dicen en los órganos de prensa en que les es permitido escribir, hay que registrar, como indudable, que en toda la América del Sur hay una expectación que se parece mucho a tensión nerviosa, producida por el temor.

Los Estados Unidos, cuyos procedimientos de intervención humanitaria conocemos mejor que nadie, parece como si con lo realizado en Nicaragua y lo

que hicieron pactar a Panamá hubiesen querido mostrar posibles aspiraciones.

La nación últimamente nombrada, al querer defenderse de lo que puedan pensar las cancillerías, en nota oficiosa publicada por la Prensa, hace, entre otras afirmaciones que cualquiera llamaría peregrinas, la de que en una guerra en que los Estados Unidos tomen parte no puede Panamá permanecer neutral; lo contrario de lo que España ha convenido con Italia.

Por otra parte, en la Cámara de Méjico se ha dicho, entre grandes aplausos de aprobación, que aquel Gobierno buscará el modo de hacer firme y fuerte una unión entre todos los pueblos "Hispano-Americanos", contra la dominación de los Estados Unidos de Norteamérica.

¿Se trata de exaltaciones propias de la raza y del clima?; ¿hay algo?

Imposible contestar a tales preguntas sin el riesgo de ser temerario; cuesta mucho trabajo creer en la posibilidad de la aventura; quienes gobiernan pueblos ricos que, por serlo, son vigorosos, deben saber que los Estados prósperos, si exageradamente tratan de aumentar su prosperidad, muy bien pueden comenzar el descenso.

¿Llegaría hasta Europa la trepidación?; seguramente; hay en ella naciones que se unieron, con toda fuerza, a las repúblicas Sudamericanas.

A más, la actitud del Japón, es factor muy de tener en cuenta por lo que pudiese impulsar a los países del viejo continente, aunque fuera por el método "ad-absurdum".

Confiemos en que por algo, a la entrada de la bahía de Nueva-York, pusieron los yanquis la estatua de la Libertad alumbrando al mundo.

Italia prosigue lanzando al viento ideales y aspiraciones, envolviendo unos y otras en un ambiente de actividad y decisión que se presta a diversas consideraciones vedadas al cronista.

El presidente del Gobierno, el Duce, cual le llaman los suyos, en los numerosos discursos que pronuncia, se muestra francamente optimista, haciendo rotundas afirmaciones; entre éstas, la última asegura que en breve asombrará al mundo entero el convencimiento de que en Italia existe una Sociedad na-

cional gigantesca, organizada sobre bases completamente distintas a todas las demás.

¿Pensará el ilustre estadista que la historia se repite, recordando cómo las águilas romanas se extendieron en la antigüedad?

Es lo cierto que sus tratados desconciertan algo: uno recién convenido con Alemania hace pensar que ésta olvidó lo pasado durante la guerra mundial; él mismo hace decir a Briand que Italia es "considerablemente" amiga de Francia.

En la cuestión Tánger, de la que, según parece, hay conversaciones entre "ellos" y "nosotros", al decir de los corresponsales, a cambio de ciertas concesiones no habría inconveniente en considerar justo que Tánger se incorpore a la zona del protectorado español.

La cordialidad franco-alemana va por buen camino: Hindenburg, en público ha dicho que deben proseguirse sin tibieza los esfuerzos para llegar a una inteligencia recíproca con Francia.

En este país Briand no oculta su esperanza de que las Cámaras aprueben la política de aproximación franco-alemana, otorgando amplias facultades para proseguirla.

¿Habrá vidrios rotos?—se preguntan los timoratos—; ¿quién los pagará?—interrogan otros, recordando lo lamentable de que ciertos afectos no surgieran antes de 1914; dejemos al tiempo.

En el interior de nuestro país, aunque no sea mucho lo que ocurre, es bueno, casi muy bueno.

Tenemos ya presupuestos para el año que acaba de comenzar, y hay en ellos una sinceridad reconocida hasta por los enemigos del régimen; el déficit es grande, muy grande, pero fundado todo él en desaciertos viejos, se le jalona en un sentido favorable.

La reorganización militar, ya comenzada, ofrece la novedad de fundamentar nuestro poder bélico en la teoría de que hoy no son los ejércitos quienes hacen

las guerras, sino las "naciones en armas", siendo aquellos, en la paz, un depósito de material y una escuela permanente de instrucción militar.

Acaso de lo mejor que se ha hecho en la cuestión Marruecos es la adaptación de la ley de pósitos a los cultivadores del campo en nuestra zona de protectorado.

Por muy guerreros que los moros sean, teniendo en cuenta que las más de las veces los ideales homéricos encubren el pillaje, haciendo éste peligroso y al mismo tiempo poco o nada necesario, no cabe duda que se darán grandes pasos hacia la civilización positiva.

Cuando los fanáticos del Islam vean de modo palpable que los perros cristianos saben hacer algo más que raziar, acaso ganemos en sobrenombre, encontrando ambiente propicio para que aquellas tierras se conviertan en un emporio de riqueza y de ello podamos enorgullecernos.

Ese y no otro tiene que ser hoy el sistema de colonizar: la conquista está ya muy desacreditada; prescindiendo de las causas de ello, hay que reconocer la afirmación como incontrovertible.

¿De la asamblea?—preguntas, lector amable—; pues nada, estamos en plena preparación; en cuanto el Reglamento de su funcionar sea definitivamente aprobado, en principio ya lo está, cualquier día laborable aparecerá en la "Gaceta" la oportuna convocatoria.

Pero por muy liberal y democrática que aquella sea, no hay que pensar en procedimientos viejos; quedamos, en una de mis crónicas anteriores, en que se trata de una entidad asesora; algo así como la patria potestad sobre un mayor de edad, que se ejerce a modo de Consejo y si éste no es conforme a lo pedido, sustituye al padre el poder judicial, ¿estamos?; no hay que esperar elecciones, afortunadamente, ni repartos de soberanía; no llegó aún el momento en que eso pueda ser; ¿qué importa esperar siendo el éxito seguro?; calma y abnegación ciudadana; con ella se hacen grandes y fuertes los pueblos.

FERALGA





TAZARUT, EL CORAZON DE YEBALA

A las diez de la noche hemos terminado de cenar en Sidi Ali. Estoy impaciente por la llegada de los que han de venir a recogernos. Estos moros encuentran tan fácilmente un pretexto para demorar las cosas...; y temo a los *pacos* que visitan regularmente estos alrededores y que de instalarse hoy nos cerrarían el paso retrasando ¡sabe Dios por cuántos días! la entrevista tan necesaria para España con el Sultán del monte.

Estoy un poco impaciente y preocupado con el retraso. Al atardecer han sonado bastantes disparos de fusil hacia Mexmula, luego hacia Taguesart y Tazarut. Navacerrada, un teniente muy bravo, habla por los cordos de la *clave militar* del problema de Marruecos, de la deficiencia del útil guerrero, de la monotonía estéril de la vida de guarnición. El teniente Benítez, mi hombre de confianza, espera oportunidad para *meter baza*...

De vez en cuando recaban mi opinión. Hago un esfuerzo para situarme en el tema y lo eludo pronto. Espero impaciente a los de Taharyaada. Debieron venir anoche y no lo hicieron porque la aviación bombardeó por error sus aduanares y quemó sus casas. He podido salvar este inconveniente, que hubiere sido gravísimo, tocando el punto flaco del Yebli, el interés...

Por fin ha llegado el Chej de Taharyaada, Muley el Mehedi y otro. Nos explica el retraso. El también había oído los disparos en nuestra ruta y quería averiguar las causas. Es el primer día del mes de Mailud, el nacimiento del Profeta. Hacemos los preparativos en silencio y emprendemos la marcha.

Un poquito de emoción. A poco de salir, mi caballo relincha comprometiendo nuestra reserva... Nadie. Seguimos. La noche está clara y algo calurosa. Algunos nubarrones proyectan de vez en vez sombras sobre el camino.

Al pie de Taharyaada hacemos alto. Se aproximan rápidos unos bultos. Se cuchillea. El Chej pregunta muy bajo a quien habló con ellos:

—¿*Muyáhedín?* (guerreros por la fe).

—No; nuestros,—le contestan y seguimos tranquilos.

Abandonamos el camino que seguíamos últimamente para ir a Tazarut y que va por el pie de los aduanares de Umerás y Busóhori. Ahora marchamos al Oeste y hacia el Yebel Alam.

Atravesamos pequeñas barrancadas cubiertas de adelfas y terreno salpicado de gaba. De entre unas matas y a nuestro paso salen unas palabras inesperadas, pausadas y tranquilas: *Selama Ali Kun* (la paz sea con

vosotros). Se le contesta *Ali Kun Selam*, haciéndoles extensivo ese deseo de paz.

Son las guardias amigas que vienen jalonándonos el camino.

Seguimos. Llovizna ligeramente. El silencio es absoluto y las manifestaciones de la naturaleza cada vez más exuberantes.

Hacemos alto en un llano. Nuestros guías nos dan la referencia; es el llano de Hárex. Sidi Abselam Ueld Siied, Cherif de Taguezart, nos pregunta por la suerte de un detenido cuya libertad tiene interesada. Pintos, mi intérprete, que es muy sagaz y oportuno, comprende la transcendencia del momento, y le afirma muy serio que aquella misma tarde ha sido puesto en libertad. Certifico la mentira, ¡qué remedio!

Continuamos la marcha; el terreno se hace sumamente difícil; empiezan piedras enormes y gaba altísima. Nos sumergimos en obscuridades completas descendiendo unas veces al fondo de los barrancos profundos, ascendiendo otras hasta salir a sitios más despejados. Se entra en estas sombras como en lo desconocido y se adquiere la plena certeza de que sería inútil intentar nada contra una traición. Por ello, me cuelgo a la espalda el rifle y sigo la ruta que me marcan las débiles manchas blanquecinas de alguna rexa o de los trozos de algún chamir que asoman por las pardas chilabas de los montañeses.

Sigue lloviznando. Se oyen ladridos de perros muy próximos. La noche dibuja sobre el horizonte unas sombras grandes. ¿Piedras? ¿Casas? No lo sé; hay piedras tan grandes como casas. Pero debe ser Taguezart, ya que desde Hárex mi brújula me indica que marchamos hacia el Sur.

Taguezart, es en efecto. Hacemos alto. Continúan cuchicheando y no me entero del motivo de la detención. A Pintos no le gusta mucho esta parada y me habla de traición. No me pasa por la imaginación tal cosa. Por fin nos avisan de que podemos seguir, están montadas las guardias en el Uad Stah.

Salimos de Taguezart por un caminito labrado en la piedra entre enormes bloques de rocas. Seguimos por la gaba de la media ladera del Yebel Alam.

El Uad Stah. El río de cauce profundísimo lleno de piedras y de altísima gaba se atraviesa por un lugar imponente. Nos adentramos en el bosque espeso y los caballos se deslizan miedosos por pendientes rápidas a cuyo lado acecha el abismo. Marchamos despacio y con ansias de salir pronto de aquella hondonada...

Pero seguimos descendiendo. Se rompen a nuestros costados las adelfas arbóreas crujiendo quejumbrosas; algo se mueve por debajo de ellas; ¿jabatos quizá? Los bultos se distinguen cada vez mejor. *Selama Ali Kun* otra vez. Guardias. ¿De dónde salen? ¿Qué ejército hace falta para combatir con estos hombres que así conocen el terreno? Por fin el cauce lleno de piedras por las que los caballos resbalan. La subida ahora...

Respiramos más fuerte en la plenitud del campo iluminado por la claridad que ahora se nos antoja más intensa de la noche. Estamos en Sidi Musa y Ain Grana. Ascendemos aún por la pendiente coronada de bosque hasta el pie de Ain Grana. La pista al fin.

Tengo un recuerdo para aquellas operaciones afortunadas que nos trajeron a Tazarut, para González Tablas, para las veces en que subí en automóvil por esta pista trayendo la civilización a estos lugares de donde ahora huye. Y pienso sobre todo en aquella entrada triunfal por este mismo sitio del bondadoso Secretario General señor Saavedra, del Coronel Ovilo... rodeado de las cabilas armadas, entre los gritos de los montañeses, las descargas de fusilería y la monotonía de las gaitas y tambores de los músicos de Yauca.

El poblado al fin. Las calles empedradas y pinas que los caballos iluminan al rozar de sus herraduras. El Palacio. Barullo en la guardia. El Hach Embarek. Me coge de la mano y diciéndome que no hable palabra me entra en el Palacio. Detrás Pintos, que ha venido andando, poniendo así de relieve su patriotismo y su lealtad a una obra que es la de España; cojea por efecto de las heridas de sus piernas que manan sangre. A poco Muley Jaled, primogénito del Aguila de Zinat, el Menehbi más tarde... Nos encontramos agradablemente reunidos después de unos días de ausencia. Tomamos café y después té, charlamos, se comentan los incidentes de los últimos combates.

Mi ordenanza y mi caballo son ocultados. Se me dice que al día siguiente no debo salir de mi habitación para no ser visto, ofreciéndome todos que vendrán a hacernos compañía...

Son las dos cuando me duermo lleno de ilusiones en la labor que complementaremos mañana y orgulloso de haber ofrendado a mi Patria este pequeño sacrificio...

TOMÁS GARCIA FIGUERAS

Larache, noviembre, 1925.





NARRACIONES
TOLEDANAS
POR MARIANO CAMPOS

EN ESTA PIEDRA LOS PUSO

Por el año 1560 vivía en Toledo Lorenzo de la Puente, "Maestro de hacer espadas", mesonero de buen mesón, aunque no tan afamado como el del Sevillano, cercano al suyo; maestro de la cera en San Nicolás, cobrador de tributos de la cofradía, hombre de buena letra y no mala cara, de inclinación picaresca y muy pagado de su arte; bastante marrullero y medianamente discreto, veedor no sólo en su oficio, que todo lo veía, aprendía y criticaba, donoso, socarrón y poco temeroso de Dios; amante de su mujer no ya con yugo amoroso, pues ambos eran más viejos que mozos, sino de agradecimiento a los cuidados de ella y a su buena compañía y mejor consejo, en tanto trance desasosegado como padeció en su poco apacible vida, pródiga en inquietudes. Llamábase su compañera Ana del Campo, mujer avisada y discreta que jamás rió donaire de su marido, a quien, tirando de las riendas y oponiendo medida a sus sinrazones, libró más de una vez de cometer cualquier desaguizado, evitando en su casa la presencia de la justicia, atemorizadora de conciencias turbadas y aun serenas.

Indignaba a nuestro Lorenzo que le interpelaran como huésped y a voces llamaba a su buena mujer, para que luego acudiese y atendiera a quien llegaba, y decimos que repudiaba el oficio de mesonero porque a todos decía que era sólo espadero y de los mejores. Hijas tenía, y no decimos cuántas, pues él no lo dijo nunca, ni aunque las tuviera, por estimar que era punto menos que deshonor no disfrutar de hijo alguno continuador de su buena fama de espadero, ducho como él en donaire, y a quien hubiera establecido holgadamente en la mismísima calle de las Armas, aunque para ello diera fin a los dineros suyos y de los cofrades que en mala hora le eligieron mayordomo de los propios.

Trabajaba en un apartado zaquizamí de su propio mesón, demasiado ventilado en invierno y calurosísimo en verano, y tantas veces como propuso a su mujer establecerse en taller, ella, con buenas razones, convencíale de que tanto daba golpear hierro en un desván como en el propio palacio arzobispal, y de que sus espadas, ya afamadas, no habían de venderse más ni mejor en otro lugar que allí mismo, donde tantos entraban y salían y admiraban su obra, que él se encargaba de ponderar y mostrar. Siempre andaba espada en mano, pues las acicalaba en el mismo patio, donde gentes de toda condición, curiosos unos y desocupados los más, iban a admirar la todavía no acabada hoja, que pulía, miraba y remiraba y hasta sometía (cuando entre gentes de tan abiertos ojos adivinaba alguna de no menos abierta bolsa) a duras y convincentes pruebas. Sin darse por advertido de curiosidad en quienes le observaban, doblaba hasta casi hacer un aro la hoja, golpeaba piedras, acuchillaba paredes y, si el caso lo requería, sacaba virutas de una argolla de hierro sujeta a la pared; argolla que más se utilizaba, según podía echarse de ver por tanta mella, para aquel menester que para él que pudiera estar allí dispuesta.

Este Lorenzo de quien tanto hablamos, gozaba diariamente con la visita de un viejo espadero, que con su hijo venía al mesón. Padre e hijo llamábanse Tomás y Luis de Ayala, y ya por entonces el mozo aventajaba en el oficio al padre, a quien estaba llamado a suceder en la regencia del buen taller que en la calle de las Armas competía con los más afamados y mejor dispuestos. Dos veces compadres eran Tomás el viejo y Lorenzo, quien tuvo en la pila de la Magdalena a Luis el mozo, y el padre de éste a una de las hijas de Lorenzo. Luis andaba enamorado de

la única que quedaba doncella, enamoramiento que ignoraban ambos padres, y aun podría creerse que la doncella misma, que así de recatado era el galán como su adorada. Conformábase al parecer sólo mirándola y suspirando a ratos, cosa no advertida por los viejos espaderos que frente a sendos vasos de rubio vino de Yepes, departían hoy de si la corte quedaba o marchaba, mañana de cuantas y tan diversas gentes poblaban la ciudad, encareciéndolo todo, y todos los días de las cosas de su común oficio. Cierto que corrían tiempos, nunca recordados en Toledo, donde a la sazón todo pícaro tenía campo donde ejercer como tal, en que gentes de todas las tierras y de todas las castas entraban y salían, subían y bajaban, escuchándose las lenguas más raras y diversas, luciéndose los más extraños trajes y viéndose las más torcidas cataduras.

Marchaban a Zocodover al caer la tarde los dos viejos amigos, y en una hora que allí permanecieran veían desfilar y se cruzaban con los tipos más distintos: menestrales y soldados, clérigos y magnates, mujeres de baja estofa, gentes de pueblos vecinos, venidas a una compra o a una intriga, que en un día no pudieron hacer y se quedaban a pasar la noche; una gran dama con su arriscada dueña, napolitanos inconfundibles por su atavío, turcos, soldados borgoñeses y walones, alguaciles, mozas de partido, embajadores y cortesanos, chiquillería gritadora, embozados, tal cual familiar del Cardenal Fray Bartolomé Carranza, preso a la sazón en Roma; dos comediantas tan conocidas por sus vestidos como por sus desnudos, vendedores de frutas, un orfebre exquisito, tal escritor insigne, un escribano de número, jugadores de ventaja, un pintor célebre...

Tal era el tráfago y tan grande el afluir y refluir de la multitud, mezclada y revuelta, que pronto tornábanse fatigados al mesón los dos armeros y Tomás uníase a su hijo que hasta entonces y a la vista de Ana, conversaba animada y enamoradamente con Isabel, la moza; que tan concentrado y silencioso como se mostraba ante su amada Luis el mozo, presente Lorenzo, era de locuaz y animado y amoroso cuando sólo Ana era testigo de sus prudentes y respetuosas expansiones. Digamos ya que la madre veía con buenos ojos esta afición, y no determinada aun a ponerlo en conocimiento de su esposo, dejaba pasar los días y los meses con tal ocultación.

Poco o nada curábase Lorenzo de cuanto pudiera acontecer en este negocio, pues si pensó alguna vez en que su última hija llegara a casar, comprendió al punto que la madre evitaría malos pasos o torcida elección en la muchacha, bella como flor de mayo, con rosas en sus mejillas, cielo en sus ojos, clavel y nácar en su diminuta boca y tan buen talle y proporcionada estatura que sería imposible sostenerla

con nada más lindo que sus pies, ni coronarla con otro oro que el de sus cabellos.

Era el caso que Lorenzo el espadero juraba y perjuraba que si las otras hijas habíanse casado con maridos de otro oficio, aunque ricos, su último yerno, para serlo, había de forjar una espada de tan fino temple como la mejor de las suyas, y, de no lograrlo, con el fracaso de lo uno iría la oposición abierta de lo otro; que si no consiguió hijo, quería en cambio un yerno tan hábil espadero como él.

Sabido esto por el pretendiente, antes que dar a conocer su pasión, procuró adiestrarse en su oficio, para lo cual trocaba su propia por otra espada de Lorenzo, y la tenía, estudiaba y probaba en su taller, volviéndola al siguiente día cautamente y ayudado por Isabel, evitando así que Lorenzo conociera estos frecuentes cambios.

Bien sabido está que tan difícil es ocultar el amor como el dinero; que el amante y el rico muéstranse al cabo tales, por mucho tiento que pongan en disfrazarse. Dicho esto compréndese que llegó pronto la hora en que Lorenzo supo los callados amores de su hija y no los desaprobó, pues tras la sorpresa, vino el considerar las buenas partes del galán enamorado, la mejor, según pensaba, ser hábil espadero y muy capaz, si se lo proponía, de fabricar espada que hendiéndose hasta una roca. Tampoco Tomás de Ayala dióse por descontento al ser sabedor de aquel cariño, pues admiraba a la hija de Lorenzo, tanto por su serena hermosura como por su humildad, dulzura y discreción, y más que, como viudo que era, ansiaba la presencia de una mujer sensata en su casa, nave sin timón, cofre sin cerradura, espada sin filo. Pero es el caso que el diablo que todo lo cambia y enreda, hizo un día llegar al mesón de Lorenzo el viejo, a un lacio y curtido soldado, pendenciero de suyo, achaque que conservaba, según decía, de su rudo guerrear en Italia y en Francia; astuto como soldado que se bate y no cobra y tiene hambre y más sed; poco amigo del sosiego y un mucho de los azares del juego, tan semejantes a los de la guerra, donde lo que hoy se gana piérdese mañana, y amador de toda mujer que se pusiera al alcance de su palabra fácil y engañosa, y de su ya oscurecida y turbia mirada. Bronca la voz, por, según contaba, haber cruzado el Somme agua al cuello, hablaba muy quedo y trataba con ello de encubrir su defecto. Bien pronto hubo de cejar en su empeño de enamorar a la hija de Lorenzo el viejo, pues sus donosuras caían como agua en cestillo y su fuego lo apagó el frío proceder y la estudiada y firme indiferencia de la esquiva muchacha.

Una tarde en que el soldado y Lorenzo dieron buena cuenta de hasta cuatro jarrones de vino de la tierra, confesó éste al primero los amores de su hija con "Luis el mozo". Gran pesadumbre sufrió Diego de Vargas, que así se llamaba el nuevo personaje de esta

historia, que parece cuento, pero hubo de disimular tratando de escurdiñar la conciencia del viejo Lorenzo.

—Es el caso—díjole éste—que no tuve varón de mi matrimonio con Ana del Campo, a quien ya vuesa merced conoce. Por cierto, señor soldado, que me he jurado a mí mismo no dar a mi hija en matrimonio más que a un artífice, tan buen sabedor del oficio de espadero como yo lo soy, mantengo y pruebo. Mis otras tres hijas casáronse ya, pero ninguno de mis tres yernos forjarían una espada, sino que tengo para mí que ni aun saben tenerla en la mano y eso que précianse de hidalgos.

—Hidalguillos de poco más o menos—repuso Diego—deben ser, si es cierto lo que usarced dice; que si cosa hay en este mundo que por sí sola pueda representar la hidalguía, digo y afirmo que es la espada.

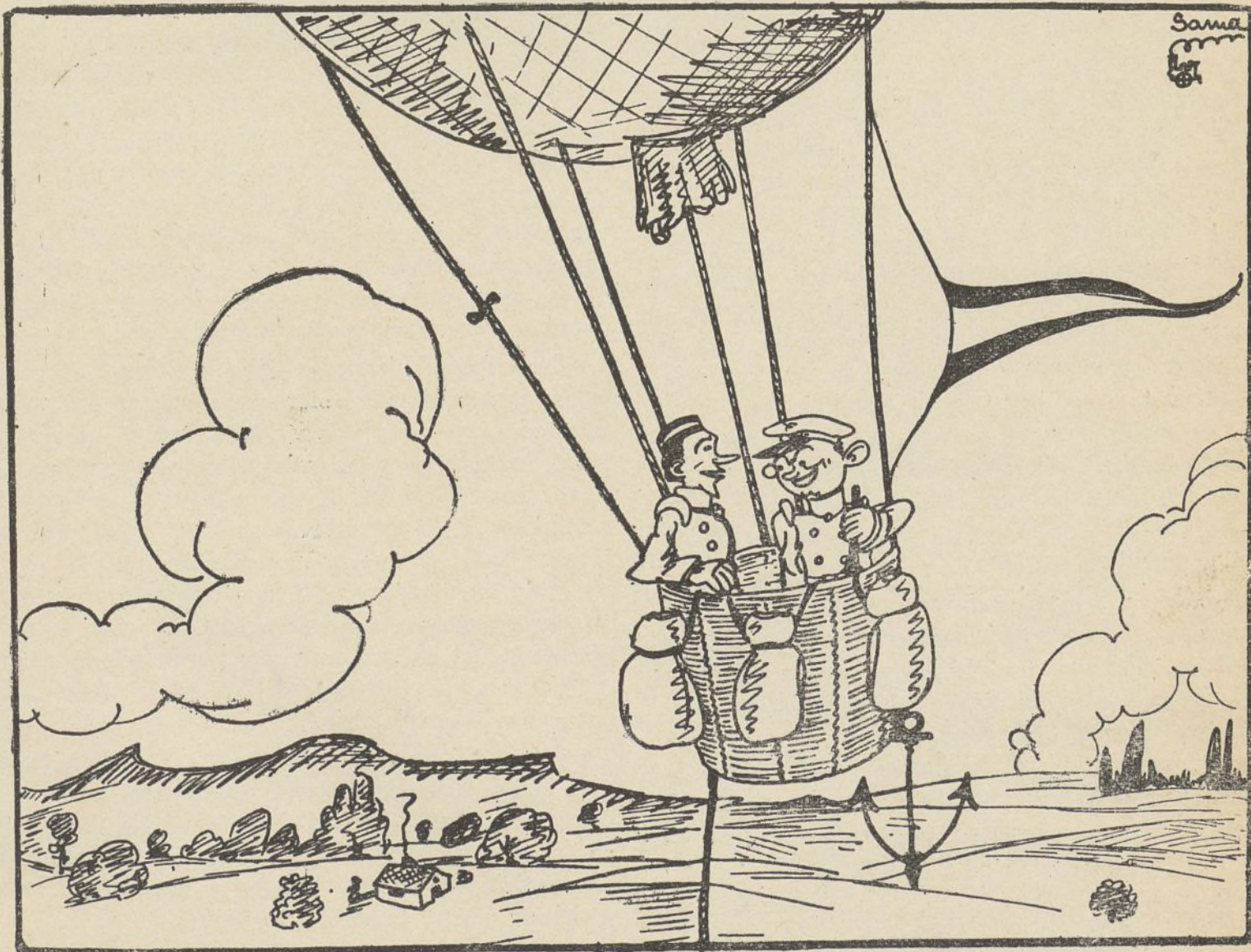
Y desciniéndose la propia y poniéndola amorosamente sobre sus rodillas, como a un tierno hijo su madre, siguió diciendo:

—Tan cierto como estoy aquí sentado y en este pa-

tio, es, señor espadero, que esta buena espada que aquí veis perteneció al capitán de mi compañía. En San Quintín tuve la honra de salvar su vida cuando luchábamos con d'Andelot, Dandelote, o como se llamara aquel francés. Sepa vuesa merced que mi capitán perdió su espada cuando peleaba contra más de cuatro enemigos y siguió defendiéndose con otra que arrebató a un mal herido que en tierra yacía; lo cual visto por mí, hízome ir en su socorro con dos arcabuceros; buena cuenta dimos de quienes de tan mala manera le atacaban y hubieran de seguro muerto, y cuando arrebaté la vida al que luchaba con pie puesto sobre la caída espada de mi capitán, la alcé del suelo y me honré ofreciéndosela; pero mayor fué mi honra cuando el capitán, tomando la mía ensangrentada, me expuso que se daría por muy satisfecho conservándola a cambio de la suya, que como véis es muy rica, bien templada y no peor enriquecida con estas labores y grabados, que juraría son de finísimo oro.

—Buena espada es—dijo cogiéndola y sacándola

AERONAUTICA MILITAR



—¿Y cómo se te ocurrió venir a Guadalajara? —Porque tenía muchas ganas de ascender.

de su vaina, Lorenzo el viejo—, aunque algo descuidada por lo que estoy viendo. No resistiría de seguro alguna prueba de las sufridas por las que forja este humilde servidor vuestro.

—Muy pronto lo decís, señor espadero—repuso Diego picado—; esta espada es tan firme y de entereza tanta, como he visto en muchas ocasiones, que dudo exista otra que pueda aventajarla. Desde esta corta altura—añadió señalándose la rodilla—, dejándola a su peso y sin impulso alguno, agujerea hasta tres escudos puestos uno sobre otro en el suelo, lo que no he visto hacer ni con las espadas del perrillo.

—Ta, ta, ta—repuso a esto Lorenzo—, rióme en buena hora del perrillo que más ladra que muerde y aun del temple de vuestra espada.

Y yendo precipitadamente donde las suyas tenía guardadas, volvió con una y, sin decir palabra, dirigióse a una reja que allí cerca había y dió sobre ella y sesgadamente a los barrotes tres buenos golpes. Agachóse y tomó del suelo algo de muy pequeñas dimensiones, y yendo al grupo donde ya su mujer, su hija, Diego y algunos trajinantes, aguadores y otros curiosos estaban, dijo:

—Ved, ved ahí, señor soldado, cómo está de limpia, lisa y nueva esta hoja que parece acabada de acicalar ahora mismo; y ved también estos cachos de hierro que perdió la barra al golpe de la espada.

Y empuñándola como un caudillo prosiguió:

—La Peña de Uda la tuvo en sus entrañas el metal tan bravo, mi maestría la forjó y aguas del Tajo y gotas de mi sudor le han dado temple; digna espada del Cid o de Quijano, de Gonzalo o de Pizarro, dueños de corazones esforzados y de fuerte brazo; autores de empresas cantadas en romances, amos de la fama y señores de la gloria. Hasta la misma punta llega el latido de mi corazón y el alma fiera de esta tan recia hoja, es un rayo de sol capaz de hendir hasta el granito. No recité plegaria de embrujamiento al darle temple, pues bastóme la experiencia de mis canosos cabellos tan plateados como este acero, brillante como la mirada de los héroes. No ya tres escudos, también cinco, pasará esta hoja.

Y diciendo y haciendo echó mano a la bolsa y puso en columna sobre el enladrillado suelo los escudos dichos. Tomó del pomo, levantó hasta sus ojos y soltó la espada, cuya fina punta atravesó los dineros que presentó ensartados al asombrado grupo, en el que ya estaban Tomás y Luis de Ayala, llegados a tiempo de presenciar lo hecho por Lorenzo.

—Bien están las pruebas—dijo Diego—y bien lo dicho por vuesamerced, a falta de una cosa.

—Díjala luego, señor soldado—exclamó Lorenzo.

—Es ello—advirtió Diego de Vargas—, que no es cierto ni podrá serlo nunca que esta espada taje,

hienda y ni aun arañe el granito sin embotársele la punta.

—Puede ser, pero yo prometo forjar una hoja tan recia que a la piedra más dura sacará pedazos.

Siguió a estas con otras razones y a pesar de las buenas que le dieron para disuadirle de su empeño su esposa, Tomás de Ayala, voto de calidad en la cuestión, y hasta su hermosa hija, él persistió y propuso le señalaran piedra y le dieran tiempo.

Apaciguáronse los ánimos, pero en el de Lorenzo quedó bien firme el propósito ya dicho. Bebieron unos vasos de lo añejo y todos juntos encamináronse hacia el brasero de la Vega por ver si era cierto que faltaban dos de los seis palos con argolla colocados para un auto del Santo Oficio de la Inquisición.

Por aquellos años es fama que había en Toledo muchos ladrones, que mandaban ahorcar los alcaldes de corte y justicias de la ciudad. No fué poca parte ésta de los ladrones, autores de grandes hurtos, ni tampoco pequeña la escasez y no buena disposición de viviendas y carestía de todo para hacer que muchos cortesanos desearan la marcha de la corte; aunque ya había llegado y sido recibida con toda pompa y alegría y danzas y desfiles y descargas y alegorías y mil suertes de invenciones artificiosas, torneos y comparsas, la reina Isabel. No era bastante la buena inclinación de las gentes ni su buen deseo para hacer olvidar, ni aun menguar en algo sinsabores, estrecheces o cualquiera falta, desarreglo o desorden padecido por los cortesanos, que cuando no había de qué aquejábanse de calor y sequía, si no de mucho frío y grandes nevadas.

Estas y otras cosas iban platicando nuestros amigos sin ser escuchada ninguna por Isabel y Luis el mozo, que marchaban ajenos a todo lo que no fuera darse a conocer su mutuo y gran cariño.

—No sabéis, Luis amigo—dijo la doncella—, cuánto me preocupa y el temor que me da la amistad y trato de ese mallegado soldado con mi padre, a quien basta poco para sobresaltarse y cometer locuras. Tengo por seguro que construirá una espada con intención de cumplir lo que ha dicho, y el no conseguirlo le dará gran pesadumbre, pues se tiene por muy buen espadero. Y que fracasará su intento es cosa descontada, pues ¿cómo ha de haber en todo el mundo espada tan dura que pueda con la piedra sin sufrir mella ni deterioro? Y si no, decídmelo vos, que sabéis bien el oficio.

—No creo—repuso el mozo—ni a vuestro padre ni a nadie capaz de forjar la tal espada, y por ello pienso que vuestra madre debe tratar de todos modos de disuadirle para evitar mofa en menoscabo de su prestigio de persona discreta, y fracaso que menguará su buena fama de espadero.

(Continuará)

LAS ONDAS HERTZIANAS PILOTOS DE LOS NAVIOS

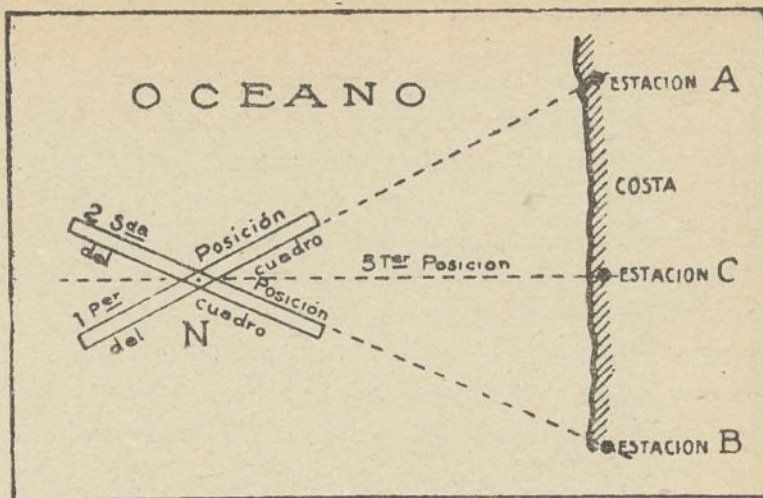
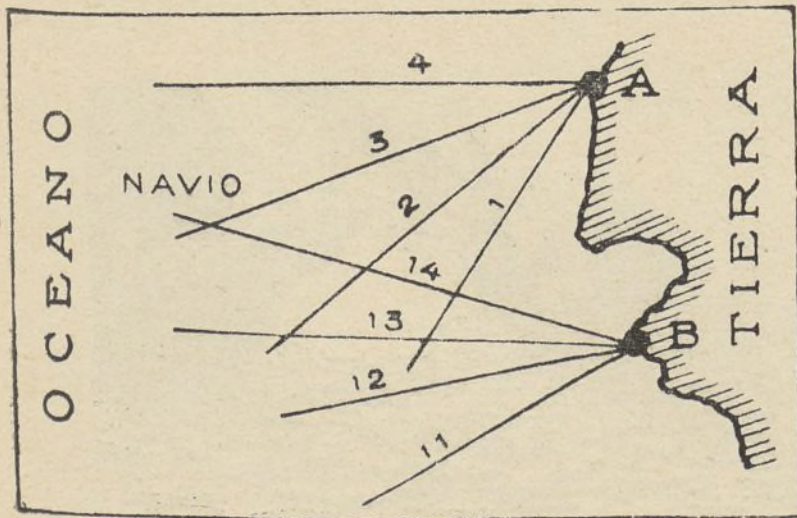
Entre las aplicaciones de las ondas hertzianas cortas, hay una que desearía señalar y que interesa especialmente a la seguridad de la navegación, tanto aérea como marítima. Desde hace bastante tiempo, los grandes navíos—o por lo menos los más perfeccionados—están provistos de dispositivos que les permiten conocer su posición en el mar por medio de señales hertzianas emitidas por ciertas estaciones costeras.

Los dispositivos exclusivamente utilizados hasta ahora, requieren el empleo del radiogoniómetro.

El radiogoniómetro consiste esencialmente en un cuadro giratorio colocado en el navío y que actúa como antena receptora gracias a las numerosas espiras de alambre que están arrolladas en él. Por otra parte, es un hecho que el "cuadro", fácil de manejar y poco molesto, tiende a sustituir cada vez más a las antenas propiamente dichas cuyo longitud e inconvenientes son en la mayoría de los casos prohibitivos. Esta sustitución se explica fácilmente, pues sobre un cuadro de un metro o dos de ancho se puede enrollar fácilmente un número de espiras tal que equivalga a una antena unifilar y rectilínea de varios centenares de metros de longitud.

Pero volvamos al grano... quiero decir al cuadro giratorio que sirve en los navíos para la radiogoniometría. Sea una emisión hertziana emitida por una estación costanera lejana. Es un hecho experimental, perfectamente conocido por todos los radiómanos, que si se hace girar alrededor de su eje al cuadro receptor, la intensidad de las ondas recibidas (que se escuchan, por ejemplo, en el teléfono) será máxima cuando el plano del marco coincida con la dirección que traen dichas ondas. Esta intensidad es, en cambio, mínima, cuando el cuadro se encuentra en dirección perpendicular a este plano. (Figura 1.)

Sea pues una estación A situada en la costa y que



envía señales particulares (admitamos por ejemplo, para simplificar, que dichas señales consisten en la letra A del alfabeto Morse). El radiotelegrafista del navío orientará fácilmente su cuadro giratorio hasta obtener la intensidad de recepción máxima. En este momento el cuadro tendrá la primera posición indicada en la figura 1.

Sea otra estación B, situada en otro punto de la costa, y que envíe también señales hertzianas que la caracterizan (supongamos que dichas señales consisten en la letra B del alfabeto Morse).

El radiotelegrafista de a bordo podrá, con no menor facilidad, orientar el cuadro del navío hasta obtener la intensidad máxima para la recepción de las señales de B. El cuadro estará colocado entonces en la segunda posición indicada en la figura 1.

Designemos por N la posición del navío. Este conoce pues, gracias al radiogoniómetro, el ángulo A N B. Puede haber en la costa un gran número de posiciones diferentes del navío que correspondan a dicho ángulo. Pero es fácil ver, sin que insistamos más en ello, que bastará que el navío determine la dirección del radiogoniómetro con respecto a una tercera estación C para que su posición en la carta quede, en general, determinada sin ninguna ambigüedad. Esto resulta de consideraciones geométricas elementales que es superfluo que exponga a mis lectores.

Así la radiogoniometría (que quiere decir medida de los ángulos por la radiotelegrafía) permite, por medio de señales procedentes de tres estaciones distintas, determinar exactamente en el mapa la posición del navío o de la aeronave que la emplea.

En realidad y en la práctica, bastan las señales de dos estaciones que el empleo de la brújula permite orientar, con respecto al meridiano las dos primeras posiciones del cuadro, y evita así tener que recurrir a una tercera estación.

Tal es, a grandes rasgos, el método radiogoniométrico. Por sencillo que sea, exige aparatos bastante complicados (cuadro giratorio, teléfonos sensibles, etcétera...) y un personal experimentado. Y esta es la causa por la cual sólo lo usa un reducido número de navíos. Por otra parte, la determinación del máximo de intensidad de las señales recibidas es delicada; pue-

de acarrear inexactitudes y errores de varios grados en la orientación del cuadro, y por consiguiente conducir a errores relativamente importantes en la determinación del "punto", errores tanto más grandes cuanto más alejadas estén las estaciones A y B.

Ahora bien; vamos a ver que estas inexactitudes, estas dificultades y estas complicaciones van a ser totalmente suprimidas gracias al empleo de las "ondas cortas" y más especialmente de las ondas tal como las dirige ahora Marconi. Hasta estos últimos tiempos las ondas hertzianas emitidas por una estación cualquiera se esparcían, se propagaban en todos sentidos, en todas direcciones, alrededor de dicha estación. Ya he indicado aquí mismo—y por consiguiente no lo repetiré—como gracias al empleo de antenas convenientemente cruzadas, y también al empleo de especies de reflectores hertzianos, Marconi ha conseguido recientemente orientar las ondas de T. S. H., concentrarlas a voluntad en una dirección determinada, lo mismo que el reflector de un faro orienta y concentra los rayos luminosos.

Este resultado tiene por primera y considerable ventaja aumentar mucho el alcance de las ondas, puesto que toda su energía está concentrada en la dirección útil. Por otra parte, permite, mejor que antes, el secreto de las comunicaciones. Además evita mejor las interferencias, al producirse cada emisión únicamente en la dirección que le concierne.

Por último, vamos a demostrar que las ondas hertzianas dirigidas permiten a todo navío provisto simplemente de aparatos receptores ordinarios y rudimentarios de T. S. H. (y sin necesidad de radiogoniómetro) determinar a cada instante su posición en el mar.

Imaginemos (figura 2) un faro hertziano situado en el punto A de la costa y que envíe por medio de su reflector especial un haz de ondas cortas. Este faro es giratorio; su haz ocupará, pues, sucesivamente las posiciones 1, 2, 3, 4, etcétera. Imaginemos que el faro hertziano envíe una señal (en alfabeto Morse) que signifique 1 cuando el haz ocupa la posición 1, una señal que signifique 2 cuando el haz ocupa la posición 2, etcétera.

Un navío que con un receptor "ordinario" de T. S. H.

reciba en un momento dado la cifra 3, sabrá—según los datos y convenciones que conocerán todos los navíos antes de hacerse al mar—que está sobre la línea 3 emanada del faro A, línea que podrá trazar en la carta.

Supongamos que al mismo tiempo reciba de otro radiofaro costanero, situado en B, una señal que indique que está por ejemplo sobre la línea 14 de ese faro (que numera 12, 13, 14, etcétera, sus diversas emisiones dirigidas). El navío, sabiendo que se halla a la vez sobre las líneas 3 y 14 trazadas en la carta, sabe por lo mismo que está necesariamente en la intersección de esas dos líneas, y por consiguiente en una posición que le indica inmediatamente el cruce de dichas líneas en el mapa.

Y así conoce inmediatamente, sin necesidad de radiogoniómetro, ni siquiera de brújula, y con aparatos rudimentarios de T. S. H. su posición en el mar.

Dado el alcance cada día creciente de las ondas cortas dirigidas, es indudable que este procedimiento tan sencillo debe hacer progresar de manera notable la seguridad de la navegación. Y no cabe la menor duda de que en un faro próximo el menor navío, el más pequeño esquife, utilizarán este método tan fácil y tan poco costoso para determinar su situación.

Así, gracias a las ondas del que Enrique Poincaré llamaba "el inmortal Hertz"—y no sé de ninguna otra persona a quien se halla dado ese calificativo—el hombre será, un poco más y un poco mejor, amo del reino líquido de Neptuno, que es como el flúido vital, como la sangre de nuestro planeta. Lo que sugirió a un poeta francés, muy poco conocido, por otra parte, del siglo pasado, este verso:

El tridente de Neptuno es el cetro del mundo.

Al gobierno inglés le halagó tanto este verso que dió una pensión al poeta que lo escribió. ¿Le hubiera dado una a Hertz, si el gran físico alemán, muerto prematuramente de tuberculosis, estuviera aún en el mundo?

CARLOS NORDMANN

Observatorio de París, 1927.





LA DE LOS CASTILLEJOS

Cuántas veces hube de pasar por la llanada de tal nombre, que no fueron pocas, honda emoción y fantásticas evocaciones me hacían recorrer lentamente el camino que nuestros antepasados del año 1860 abrieran, a costa de su sangre.

Casi siempre, al bordear la meseta primeramente ocupada por la vanguardia del Cuerpo de Prim, me detenía y abarcando el paisaje militar, ante mis ojos desarrollado, evocaba la intrépida acción que abrió el campo de Tetuán a los bravos del general O'Donnell.

Conocida por mí, territorial y moralmente, la kabila de Anghera, ¡qué de consideraciones se me ocurrían al pensar en el ayer y en el hoy!

Sin embargo, mirando despacio y hacia adentro, no es la diferencia tan grande: quien haya recorrido los feroces campos de Ain-Xixa, las huertas del Bar-Ko-Kin y las fincas que bordean el Jemis, río y Zoco, algo semejante encontrará entre los ange-
rinos de 1860 y los de 1924.

En mi atalaya de un momento, al ver pasar el tren y distinguir por entre las brumas del mar la silueta de nuestras costas Penibéticas, múltiples consideraciones sacudían a mi cerebro, siempre algo exaltado, sobre lo que fueron y son las naciones civilizadas.

He de hacer constar en honor de la verdad, que

siempre, la táctica, la estrategia del momento, el valor de nuestras tropas, se imponía y sólo en la batalla del 4 de enero pensaba.

La circunstancia de haber tenido la llanada como campo de instrucción, algunos días me permitió recorrerla toda más de una vez, siguiendo las huellas que los historiadores marcaron para los bravos de Húsares de la Princesa, que sólo hundidos en el cieno de traidora zanja pudieron ser detenidos.

En distintas ocasiones, encaramado tras de furioso galopar, en la lona de las mochilas creí ver el caudillo arteramente asesinado en las calles de Madrid, al gran Prim, enarbolando la bandera del regimiento de Córdoba, al tiempo que pronunciaba la más sencilla, oportuna y convincente de las arengas militares.

Una vez que, al caer de la tarde me encortraba allí, hasta creí oír el grito de guerra de los héroes que pensaron un momento dejar sus mochilas al enemigo, pero de ningún modo la bandera que la Patria les confiara.

Recorriendo el campo, mejor dicho, las alturas que lo circundan, se da una perfecta cuenta de lo que debió ser la batalla que perpetúa con su nombre uno de nuestros regimientos de Caballería.

Allí están, cual si quisieran recordar la epopeya, la colina y la casa del Morabito que O'Donnell cali-

ficara de llave, y Prim, con los batallones de Cuenca, Vergara, Príncipe y Luchana, mas algunas fuerzas navales de desembarco, ocupó al principio de la batalla.

En las alturas que por la derecha parecen proteger la comunicación entre Ceuta y Tetuán, en la meseta bastante extensa que sobre ellas hay, cualquiera por poco avezado que sea en el arte de guerrear, sitúa el campamento moro que las gentes del Haus, en combinación con los angherinos establecieron para cerrar el paso a Tetuán.

No sería difícil marcar con relativa exactitud, la marcha de los infieles hasta Monte-Negrón y el Cabo Negro, donde pensaban detener a nuestro ejército, sin conseguirlo más que breves momentos.

Si los espíritus de los que fueron vienen a la tierra alguna vez, seguramente recorrieron aquella llanura los de O'Donnell y Prim, pensando que por allí pasearon majestuosa y enhiesta la bandera de su Patria, que unos fanáticos quisieron menospreciar.

UN REGULAR DEL TRES

SOBERANAS HEROICAS

María, reina de Nápoles, una de cuyas hermanas, la emperatriz de Austria, fué asesinada por un anarquista, y otra, la duquesa de Alençon, pereció en el incendio del Bazar de la Caridad de París, puede incluirse en la lista de las heroínas regias de los tiempos modernos. Condecorada con la cruz de la Orden rusa de San Jorge, que sólo se confiere en recompensa de heroísmos excepcionales en el Ejército y la Marina, le otorgó tan elevada distinción el emperador Alejandro II, por el valor que desplegó en la defensa de Gaeta.

Ella fué la que incitó a su marido a defender el trono en la fortaleza de Gaeta, y la que le acompañó constantemente en vez de retirarse a vivir en lugar seguro. Ella fué también la que impidió que el rey Francisco se rindiese sin defenderse hasta lo último, y la que se negó a refugiarse a bordo de algún buque inglés o francés, donde se la ofrecería asilo. Cuando fué destruída por los fuegos enemigos la residencia regia en la fortaleza, los esposos se trasladaron a las casamatas, y la reina repartió el tiempo de que disponía cuidando y curando a los heridos y animando a los que combatían en los reductos.

Como prueba de su indomable valor y de su presencia de ánimo, podemos consignar un hecho rigurosamente auténtico. Un día, durante el sitio, estalló una granada en el mismo aposento donde se hallaba ella con el rey y el Estado Mayor, en el momento de sentarse a comer, y todos corrieron hacia las puertas y las ventanas; ella fué la única persona que no se movió. Cuando los demás se tranquilizaron, se miró al espejo de la chimenea con cierta coquetería, y al verse el pelo cubierto del polvo que la granada había arrancado de las paredes, exclamó: "No sabía que la pólvora me sentaba tan bien en el pelo. Voy a salir para que me vean los soldados".

Concluído el sitio, y en atención al heroísmo de aquella reina, ordenó Víctor Manuel que no izasen los vencedores la bandera italiana en la fortaleza hasta que se perdiera de vista el buque que conducía a los reyes vencidos a Civitavecchia.

Alejandro II de Rusia hizo público su propósito de conferirle la cruz de la Orden de San Jorge; pero ella dijo que no la aceptaría si no se otorgaba igual

distinción a su esposo, y Alejandro la complació en atención a su generosidad.

A la emperatriz Eugenia hay quien la ha tachado de poco valerosa por haber seguido los consejos de Metternich y del conde Nigra, refugiándose en Inglaterra, en lugar de permanecer en París después de la guerra franco-prusiana; pero realmente era una mujer valiente.

La noche del atentado contra Napoleón III en París, por efecto del cual recibieron heridas graves más de treinta personas, un cristal la cortó la cara, y quedó deshecho el carruaje. Sin embargo, asistió a la Opera con toda tranquilidad, sin ir antes a palacio a cambiarse las ropas manchadas con la sangre de las víctimas de la explosión.

La gran duquesa de Hesse tiene, como la reina Pía, una cruz de Beneficencia. Un día que iba de paseo con su hermana menor, en Dresde, vieron venir un caballo desbocado montado por una mujer, y sin titubear un momento se abalanzaron a detenerle. La hermana pequeña cayó despedida por el animal, pero ella consiguió coger las bridas y fué arrastrada más de cincuenta metros antes de poder contener al caballo. Cuando lo hubo logrado, cayó desvanecida y con heridas y contusiones que tardaron varios meses en curarse.

La archiduquesa María Teresa, hermana política del emperador Francisco José, en una ocasión que estalló un incendio en Reichman, aldea contigua a Wartholz, se metió en las casas incendiadas y salvó a una niña, cuyos amedrantados padres habían de jado olvidada. La niña fué educada a expensas de la archiduquesa, y fué una de sus más fieles criadas. Este acto de heroísmo la valió la cruz de Beneficencia y el nombramiento de miembro honorario de la Asociación Central de las brigadas de bomberos de Austria, distinción única en la corporación.

Cuando la gran duquesa Vladimiro organizó y equipó una ambulancia de la Cruz Roja para la guerra ruso-japonesa, la princesa Leonor de Reuss formó parte de ella, y mientras duró la lucha no se apartó de los heridos. Siempre estaba en la vanguardia del ejército, y muchas veces no fué cogida prisionera por hallarse amparada por la bandera de la Cruz Roja.

LEYENDAS Y TRADICIONES

LA CALLE DE LA CABEZA

—¡Quién quiere otro papelito!...
 ¡Uno tan sólo me queda!
 ¡El crimen más espantoso
 que ha conocido la tierra!
 Atención, chicos y grandes...
 Ello fué de esta manera.

Un sacerdote, modelo
 de los Padres de la Iglesia,
 servíase de un criado
 muy cristiano en la apariencia,
 pero albergando por dentro
 las entrañas de una hiena.
 Este tal, en noche oscura
 de viento, lluvia y tormenta,
 entró donde oraba el Padre
 extasiado y con fe ciega.
 Recién vaciado cuchillo
 blande el malvado en la diestra
 y de un tajo le separa
 de los hombros la cabeza,
 que esconde aturdidamente
 en sitio que nadie sepa.
 Registra la casa toda,
 roba alhajas y monedas,
 porque el cura aunque no rico,
 primer tesorero era
 de distintas cofradías
 de la Santa Madre Iglesia.
 Huye luego de la casa,
 veloz la calle atraviesa,
 sin infundir en las gentes
 ni en la justicia sôspechas.

Una mañana en el Rastro
 aquel monstruo se presenta,
 compra—porque era glotón,
 de carnero una cabeza—.
 “—¿Qué lleváis ahí?—le dice
 un alguacil que le observa.
 —La cabeza de una res
 que compré para comerla
 adobada con aquello
 que a mi paladar convenga.
 —Ved que mana mucha sangre
 del pañuelo en que va envuelta
 y esa sangre es de persona
 porque el color lo demuestra.”
 Descubre en el acto el hombre
 la discutida cabeza
 y en vez de ser de carnero,
 horrorizado se encuentra
 con que es la del sacerdote
 a quien dió muerte violenta.
 Despavorido, exaltado,
 tratar de huir, y a la fuerza
 le ata el alguacil los codos
 y a la cárcel se lo lleva.
 Fórmanle breve proceso
 y a vil horca le condenan.
 Llega el día en que del Rey
 se ha de cumplir la sentencia.
 En asno escuálido monta;



las gentes al reo asedian.
 Unos le miran con burla,
 otros con lástima y pena...
 Se fija en un sacerdote
 que a su lado llora y reza
 y ve con espanto en él
 al cura a quien muerte diera
 en la memorable noche
 de viento, lluvia y tormenta;
 y el cual, arrancando impávido
 de sus hombros la cabeza,
 dice: Tú me la quitaste,
 entra en el cielo con ella,
 y allí pedirán mis labios
 perdón para tus vilezas.
 Cayó desplomado el reo
 privado de su existencia,
 el pueblo llamose a engaño
 juzgando su suerte adversa
 por no gozar del placer
 de ver a un hombre en la cuerda.
 Lo supo el Rey y quedó
 confuso de tal manera,
 que cruzando las dos manos
 hincó la rodilla en tierra
 y exclamó, después de orar:
 ¡Señor, cuánta es tu grandeza!
 Después ordenó al Concejo
 que, a fin de que el pueblo viera
 cómo de Dios la justicia
 a todos alcanza y llega,
 la calle en que sucedió
 tan espantosa tragedia
 se llamase desde entonces
 “La calle de la Cabeza”.

¡Quién quiere otro papelito!
 ¡Uno tan sólo me queda!

Esta tradición leí;
 pero, lector, no la creas,
 que la tradición a veces
 es una insigne embustera.

TOMÁS LUCENO

A pesar de cuanto los positivistas digan, aun con el afán desmedido por quitar importancia a los agentes emotivos que llevan al hombre siempre mucho más lejos que lo material, como dijo el poeta, mientras haya mundo habrá poesía.

Pocas son las páginas transcendentales de la historia que no tuvieron por fundamento o base un hecho de refinado espiritualismo, aunque lo contenido en aquéllas sea de la más prosaica tangibilidad.

Quienes recorren las partes del mundo que pueden llamarse viejas, seguramente firmarían las presentes consideraciones.

En uno de los sitios más vulgares, admitiendo que vulgaridad pueda ser sinónimo de muy conocido, en el curso del Rhin alemán, recorriendo sus distintos trayectos en los vapores que desde muy antiguo lo surcan, ¡qué deleitosas evocaciones advertirá en su mente el viajero a poco culto y romántico que sea!

Aquellas tierras que algunos historiadores suponen cuna, primero, y más tarde emporio del feudalismo, presenciaron tantos sucesos humanos, asistieron a tantos heroísmos, que de haber sido de materia fonográficamente impresionable, sobre delectarnos con sus ecos, desharían más de uno de los muchos errores que en la historia de la Edad Media figuran.

¡Cuántos y cuántos castillos que el tiempo no pudo derribar!; ¡qué poética visión ofrecen, aislados, en lo alto de un picacho, siempre con un arroyo al pie y, no lejos, vetusto caserío!

En el trayecto de Colonia a Maguncia, en el territorio del antiguo Palatinado del Rhin, adviértese, como a dos kilómetros de la vía fluvial, un pueblecillo que aún conserva muchos vestigios de sus murallas, con la iglesia un poco alejada y detrás, al otro lado de un pintoresco curso de agua, en escarpado montecillo, restos de la fortaleza medioeval.

Es Oggersheim, lugar en el que se realizó un hecho, aunque muy sencillo, digno de ser conocido; era allá por los tiempos de la guerra de los treinta años, que, torpemente, encendiera un ambicioso monarca.

Una columna de tropas españolas invadió aquellos

territorios y, al enterarse sus habitantes, llevando consigo cuanto le fué posible de sus menajes, huyeron en todas direcciones.

Abandonado el castillo, los moradores del pueblo, convencidos de que nada conseguirían con su resistencia, que ni aún siquiera sería conocida en el mundo, huyeron también, sin más excepción que la del pastor Hans Warsch.

Acababa de dar a luz su mujer el primer hijo que Dios les concediera como fruto de sus amores y no quiso exponerla a los peligros de un viaje hecho en malas condiciones y mucho menos abandonarla.

Llevaba el buen pastor dos o tres días ejerciendo las funciones de autoridad sin que nadie discutiera su poder, cuando una tarde, al recoger sus corderos,

divisó en lo alto de la cordillera que cerraba el horizonte indicios claros de haber llegado allí los españoles.

En efecto, a la mañana siguiente, desde la muralla, pudo ver cómo acampaban los invasores, mientras un jinete, seguido de fuerte escolta, avanzaba hacia el poblado.

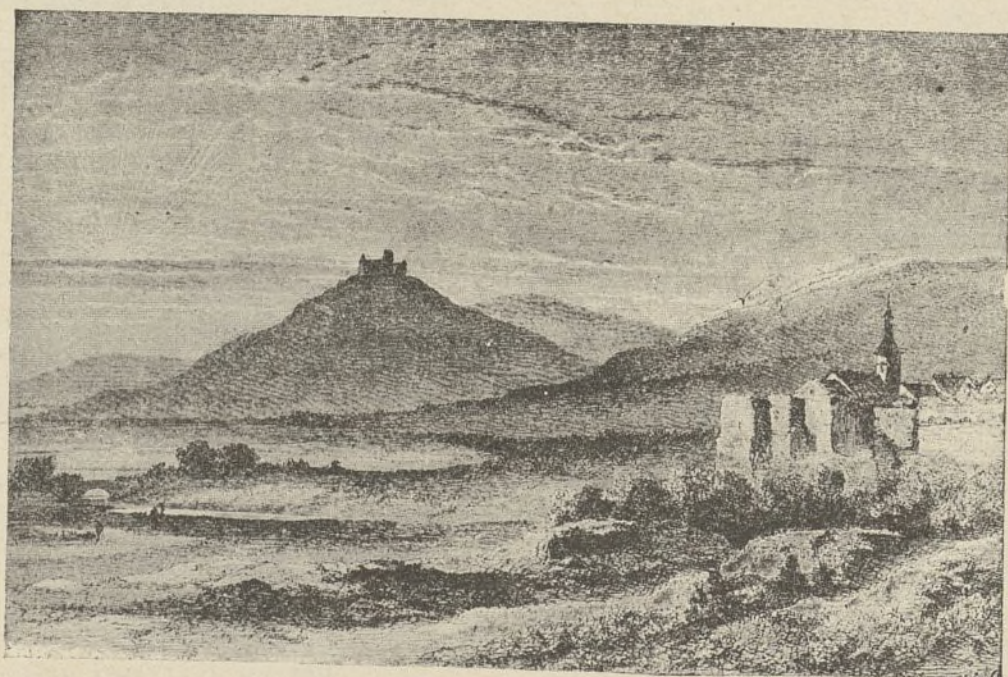
Cerrada la poterna de entrada,

el pastor Hans, desde la torre, dijo al trompetero que avanzó para intimar la rendición, que se permitiría la entrada a las tropas españolas si su jefe aseguraba por su honor que no serían maltratados los habitantes del pueblo, siendo igualmente respetadas sus haciendas.

—De lo contrario—añadió el improvisado caudillo—la guarnición se defenderá con tenacidad mientras quede un hombre en pie.

Aceptadas tales condiciones por el jefe español, que se comprometió personalmente a empeñar su palabra al pie de la torre, fué abierta la poterna y penetraron las tropas de Oggersheim.

Mientras los soldados iban de asombro en asombro al ver que estaban desiertas las calles y vacías todas las casas, Hans contaba al general español por qué había permanecido allí y simulado el poder hacer una enérgica defensa.



El general, no sabiendo qué admirar más, si el ingenio acompañado del valor que puso en evidencia el pastor, o el hermoso rasgo de amor conyugal, fué conducido, a instancia suya, ante la parturienta, que esperaba intranquila el resultado de la estratagema de su esposo.

El jefe español, haciendo honor a la hidalguía de la raza, mandó formar sus tropas, y ante ellas rindió

sentido homenaje a quien, sobre todo, había mostrado ser un hombre bueno.

A los pocos días el recién nacido fué bautizado solemnemente, actuando de padrino el jefe de las tropas, que siguieron su camino, cumplidas al pie de la letra las condiciones de la capitulación entre los dos ejércitos pactada.

WONFHER

VIAJANDO POR
EL MUNDO

UN FARO CORRECCIONAL

Viajaba yo por las costas de la Florida y un viejo patrón que en el mismo barco venía, al divisar el faro de Hazard, situado junto a la desembocadura del río San Juan, contóme, en calidad de testigo presencial, un episodio muy parecido a tragedia, de cuando él era grumete.

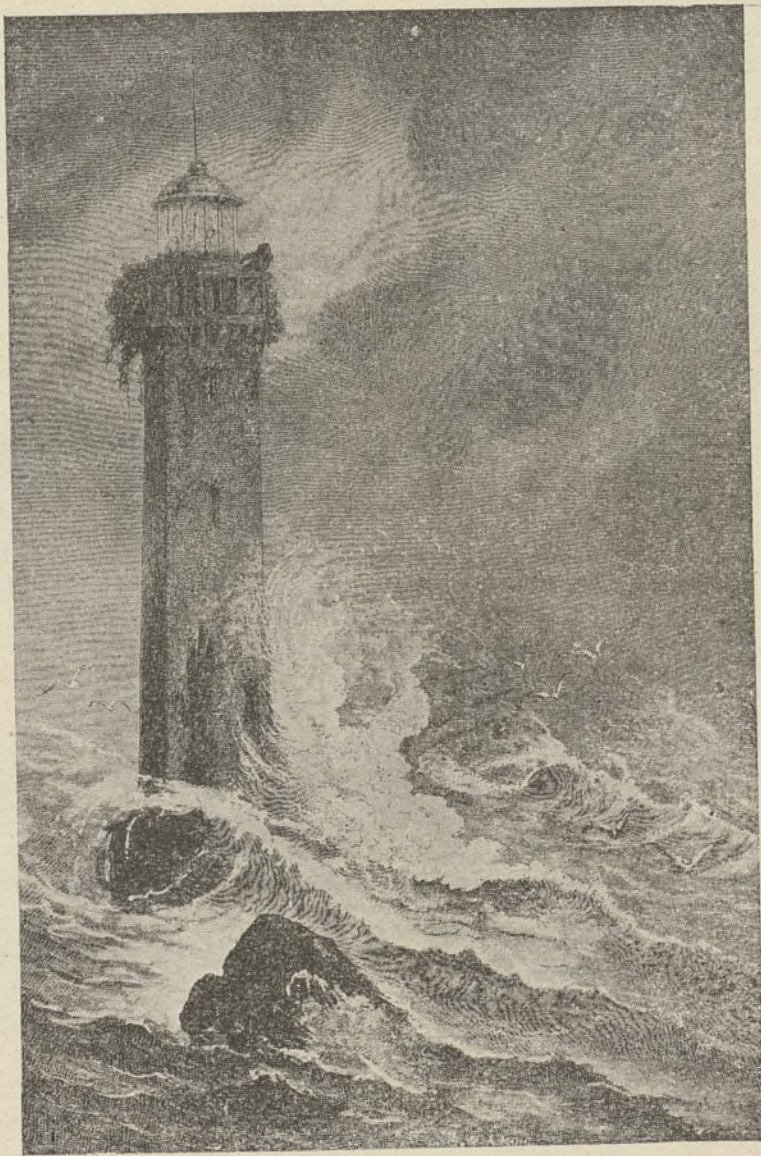
—Navegábamos — me dijo — en una goleta de esas que cortan el viento airosas, haciendo nacer hasta sentimientos de orgullo en quienes las tripulan, cual si de cosa propia se tratara.

Sin duda cruzábamos por este mismo sitio, pues recuerdo perfectamente la silueta cuadrada del faro, cuyo pie baten siempre las olas con el tesón que ahora lo hacen.

Edificado sobre un islote rocoso, en el que existe una pequeña playa, como a simple vista puede usted ver, asombra pensar el esfuerzo que su construcción significa; tiene, aunque no lo parezca, quince metros largos desde la superficie del agua hasta la luz, que es fija y de dos colores: blanco y encarnado.

Aquella tarde, al acercarnos como a un kilómetro para rodear la península, ceñidos a la costa en busca de una brisa favorable, el vigía de guardia anunció que desde lo alto del faro una mujer hacía señales desesperadas que no estaban comprendidas en ningún código internacional.

Enterado el capitán, dispuso desembarcar y que



El faro de Hazard.

le acompañara yo. Puesta al paio la goleta y echado el ancla, en un bote ligero nos dirigimos a la playa, sólo visible y accesible durante la marea baja.

Sin comprender cómo nos las arreglaríamos para subir permanecimos un momento, hasta que la misma mujer que nos llamara desde la plataforma arrojó una escala de cuerda por la que, no sin trabajo, pudimos llegar a lo alto.

Una linda señora nos aguardaba y de sus labios oímos el por qué hacía señas tan desesperadas.

Fany B., así se llamaba, hija de un capitán de la marina americana, tuvo unos amores que dieron que hablar más de lo prudente, y su padre, inflexible en creencias sobre el honor, al corresponderle regentar el faro seis meses, arreglóselas de modo que llevó a su hija con él.

La pobre muchacha, en aquel islote desierto, sin más compañía que su padre, cada día más hosco, y un criado negro, lloró desconsoladamente los primeros días por verse presa, pues el obcecado marino, por si intentaba una fuga, arrancó la escala de hierro que conducía a la plataforma.

Una idea sirvió de consuelo a la gentil prisionera: la duración del servicio que su padre desempeñaba; arreglase para vivir lo mejor posible y con ayuda del criado, que cuando iba a tierra la traía flores

en abundancia, hasta improvisó un jardín en la plataforma.

Pasaron los seis meses y Fany vió con recelo que no aparecía el bergantín en el que debiera llegar el relevo de su padre; sospechando algo abordó con éste la situación, produciéndole verdadero terror lo que oyera.

El terrible marino había solicitado prestar servicio permanente en el faro y pensaba permanecer en él los doce años que le faltaban para obtener el retiro.

Entre indecisiones y luchas, pensando más de una vez de arrojar al mar, pasó un año; al cabo de éste, el marino, efecto de un fuerte ataque de reuma, quedó imposibilitado para moverse.

Fany dedicóse a cuidarle con esmero y hasta aprendió el cuidado del faro para cuando el sirviente iba a tierra en el bote de que disponían en busca de víveres.

Pudo entonces escapar, ayudándola el criado, pero sintiéndose hija antes que nada, ni siquiera un momento pensó en dejar allí moribundo a quien le diera el ser.

Con halagos y mimos procuró convencer al viejo para que pidiese ser relevado sin conseguir nada.

Loca de desesperación convenció al criado para que llevase dos cartas al puerto de Pablo, el más cercano: una era para el doctor del servicio, dándole cuenta de la enfermedad de su padre; la otra iba dirigida al hombre por cuyo amor se veía en tan triste reclusión.

Sin que se supiera la causa ni volvió el criado ni las cartas dieron resultado alguno; quedaron solos el padre y la hija, sin comunicación con el mundo, pues como no tenían bote, no podía la joven arriesgarse a pedir socorro.

El vapor que les llevaba víveres fondeó dos veces en el sitio de costumbre, pero al ver que no acudía, el bote levó anclas suponiendo que no necesitaban nada.

Empezaron a faltar víveres en el faro: acabóse el agua y gracias a una casual provisión de cerveza no murió el enfermo abrasado por la sed.

Empezaba a ser extrema la situación cuando quiso Dios que nuestro vigía advirtiera la desesperante llamada de Fany.

Mi capitán, que era una buena persona, insistió en llevar a su barco al padre y a la hija; ésta se negó en absoluto a ello, fundándose en los peligros que para los navegantes podía acarrear el apagarse el faro.

Con algunas cosas que les dejáramos podría esperar sin agobios a que la dirección enviase el relevo; escribió una larga carta al jefe de Jaksonville y nos hicimos cargo de ella, alejándonos, no sin volver muchas veces la mirada en busca de la torre, que tan próxima estuvo a convertirse en tumba.

Algunos días después—terminó el narrador—personalmente vi salir el vapor que llevaba el relevo del marino, a quien obsesiones del honor encerraran en el faro. Aseguro a usted que hasta el momento aquel no dormí tranquilo; me perseguía en sueños la imagen del moribundo y la silueta dolorosa de su hija.

Quedé solo en cubierta y mientras pude distinguirlo no aparté mi vista del faro de Hazard; ¡qué de reflexiones hice contemplando su luz rutilante!; ¡cuán cierto es que viajar causa emociones, que quienes jamás salen de su tierra acaso no puedan comprender!

CAMILO

TRIBUNALES DE HONOR EN ITALIA

Los duelos se prohíben en el Ejército italiano, pero, sin embargo, los oficiales están obligados a batirse siempre que un "tribunal de honor" declare que no puede hacer nada por impedir el lance.

Cuando surja un "conflicto de honor" entre dos oficiales cada uno de ellos nombrará dos padrinos, quienes deben primeramente hacer lo posible por arreglar amigablemente el incidente. Si esto no fuese posible, los padrinos informarán sobre el caso a un "tribunal de honor" constituido en la forma descrita más abajo.

Los cuatro padrinos redactan y firman una exposición de los hechos que han causado el incidente, y solicitarán del "tribunal de honor" el oportuno fallo. Dado el caso de que los padrinos no se pongan de acuerdo sobre algunos puntos relacionados con el conflicto, los representantes de cada parte redactan y firman informes separados. Si en casos muy graves ambos adversarios desean que no expongan los detalles de su conflicto, debe dejarse constancia de este hecho en el informe presentado por los padrinos.

El informe o los informes se colocan en sobre cerrado y lacrado, en cuyo exterior se escriben los nombres y grados de los adversarios y de sus padrinos.

La autoridad a que va dirigido el sobre, sin leer su contenido, ordenará la inmediata formación de un "tribunal de honor" compuesto de un presidente y dos miembros, que serán elegidos entre oficiales en servicio activo y más antiguos que los adversarios. Se remite en seguida el sobre al presidente con las instrucciones en cuanto al lugar y fecha en que deberá constituirse el tribunal.

Este, después de estudiar el informe y, si fuese necesario, entrevistarse con los adversarios y sus padrinos, emite su fallo. Si los adversarios desean presentarse ante el tribunal, debe accederse a ello.

Un tribunal de honor debe hacer una de las tres declaraciones que siguen a continuación:

- a) Que no existe causa para un duelo.
- b) Que debe efectuarse una reconciliación.
- c) Que "declina intervenir en el conflicto", lo que significa que el duelo debe tener lugar.

EL IMPERIO JAPONES

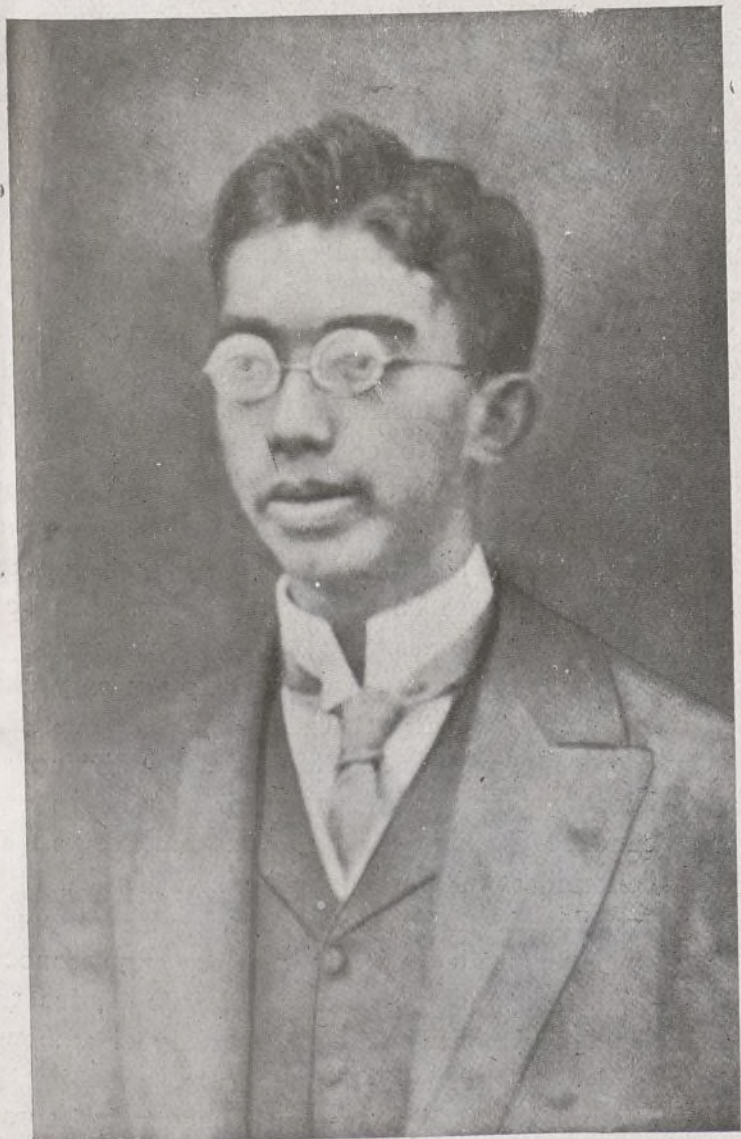
Con motivo de la muerte del Emperador Yoshihito, ocurrida el 24 de diciembre pasado, es ocasión recordar los detalles de una dinastía que perdura en el poder, después de dos mil seiscientos años y de la que el difunto Emperador era el ciento veintitrés mikado.

La vida de Yoshihito ha sido una larga agonía. Era hijo del gran mikado Mutsuhito, autor de la revolución del Meiji y creador del Japón moderno. Nació en 1879 y se había casado el 10 de mayo de 1900 con la princesa Sadako, hija del príncipe Kujo Michitaka, que le dió cinco hijos. Muy enfermo subió al trono en 1912, inaugurando su reinado, que debía señalarse por la intervención del Japón en la gran guerra. Su salud, cada vez más precaria, le obligó en noviembre de 1921 a dejar la dirección de los asuntos del reino en manos de su hijo mayor, Hirohito, que se encargó de la regencia.

El fenómeno de la prolongación de la dinastía durante cerca de treinta siglos ha sido posible porque en el Japón se practicó la poligamia hasta el reina-



El emperador del Japón, recientemente fallecido.



El príncipe Hirohito, que ha sido nombrado sucesor del emperador a la muerte de su padre.

do del difunto soberano. El emperador Yoshihito era hijo de una concubina. Esta antigüedad es teniendo solamente en cuenta el período histórico, pues para encontrar los orígenes legendarios de esta dinastía habría que remontarse muy lejos, ya que se enorgullece de descender del dios Izana-Gi y la diosa Izana-Mi.

El primer soberano del período histórico Jimmu, vivía unos seiscientos años antes de Jesucristo. Era un señor de la isla Kiu-Siu que conquistó con su sable una buena parte del archipiélago japonés y tomó el título de Mikado, que quiere decir venerable, y estableció el régimen hereditario, según una regla que permitía al soberano designar su sucesor. Muerto en 585, a los ciento trece años, según se asegura, legó la corona a su tercer hijo Inizei. La conquista del Japón terminó con el tercer siglo de la era cristiana. Desde esta época los japoneses tratan de conquistar el país de la Mañana tranquila, con lo que dieron comienzo las guerras que debían terminar en el siglo VII con el aplastamiento de los japoneses bajo la acción combinada de China y Corea. Por aquella época el emperador Temmun repartió los japoneses en ocho familias y de aquí proviene la división en clases que tan importante papel ha jugado en los anales nipones.

Poco a poco, cediendo a las facilidades de la existencia, los soberanos japoneses se dejaron despojar de las realidades del poder por los cortesanos y, tratados como divinidades, encerrados en el palacio, no

fueron soberanos sino nominalmente, mientras las grandes familias feudales se disputaban el poder. Una de estas familias —los Fujiwara— ejerció influencia preponderante y se reservó el monopolio de los matrimonios con la familia imperial. En el siglo IX el secuestro del mikado no les parece bastante garantía a los que se aprovechan del poder y exigen la abdicación de los soberanos desde su mayoría de edad y, por lo tanto, los emperadores son todos menores.

En 1185 se convierte en hereditaria la institución de los alcaldes del palacio con el título de shogun y poco a poco fueron convirtiéndose en verdaderos soberanos temporales. En 1331 el mikado Daigo, adelantándose en cinco siglos a la revolución del Meiji, intentó librarse del yugo de sus guardianes y, aunque derrotado por el shogun, mantuvo sus derechos y durante sesenta años hubo dos emperadores nominales en el Japón. Los shogunes eran verdaderas dinastías, de las cuales las más famosas fué la de Tokugawa, que ejerció el poder hasta la revolución de 1868.

Esta revolución, que estalló al día siguiente del advenimiento de Mutsuhito, fué la reacción del orgullo de los japoneses contra la debilidad de los shogunes que habían humillado al país aguantando la intervención extranjera. El emperador Mutsuhito elevó la grandeza del Japón a un grado elevadísimo, utilizando los servicios de una línea de estadistas ilustres los admirables cuadros de las clases militares.

El nuevo emperador, aunque no ha cumplido los treinta años, tiene un pasado, pues es de hecho el soberano desde hace cinco años. Ha dado muestras que es capaz de tener voluntad y capaz también de tomarse ciertas libertades con las costumbres de sus antecesores. El idilio de su matrimonio con la princesa Nagako hace honor a la decidad de su corazón y a la voluntad de su espíritu. La princesa Nagako era un partido honroso, puesto que era hija del príncipe Hussi, de una rama colateral de la imperial familia, pero no pertenecía a una de las familias entre las cuales debe el mikado, según una tradición, elegir su legítima esposa. Esto fué origen de una larga resistencia dirigida por el mariscal Yamagata, que a pesar de ser uno de los héroes militares del nuevo Japón permanecía fiel al culto del pasado. Hasta que el mariscal Yamagata no hubo muerto, el príncipe Hirohito no pudo casarse con la dama de sus pensamientos.

El nuevo soberano ha recibido una educación muy moderna. Ha vivido en América y en Europa y durante la gran guerra visitó los campos de batalla. A él se debe que en el Japón se haya implantado el sufragio universal.

El difunto emperador vivía en Hayama cuando se agravó en su enfermedad y rápidamente fué trasladado a Tokio. La noticia de su muerte ha llegado hasta nosotros con incertidumbre y retrasos porque

es costumbre en el Japón que el trono no permanezca un momento sin ocupante y se ocultó la muerte del emperador hasta que el príncipe hubo tomado posesión del trono.

Hasta que el cadáver del mikado no fué trasladado a Tokio y la entronización del príncipe heredero no fué un hecho, el Japón no supo que el emperador había muerto con la sola excepción de los miembros de la familia imperial y de los palatinos.

El entierro se realizará dentro de un mes, tiempo prudencial para que los Estados europeos puedan desplazar sus enviados extraordinarios.

Las fiestas nacionales de la coronación de Hirohito no se celebrarán hasta que pase el luto oficial de la corte de Tokio, que dura algo más de un año.

Hirohito tomará el título de Teimo o el de Hati, que son los que se emplean oficialmente en los documentos comunicados remitidos a las potencias extranjeras.

— BIBLIOGRAFIA —

LA MEDICINA, EL OCULTISMO Y LA METAFISIQUICA, por José Poch Noguer.

Este curiosísimo libro que acaba de publicar la Editorial Maucci, es un compendio en el que se levanta el velo de los misteriosos secretos de los antiguos archivos hieráticos y se muestran en su verdadera esencia los enigmas del esoterismo medioeval, los siniestros arcanos de los procesos de brujería y posesos que alumbraron con tetricos resplandores los ámbitos de Europa.

Las Artes Ocultas, dice el autor en el prólogo, son tan antiguas como el mundo. El afán esencial del nombre es la consecuencia del poder sobre cuanto le rodea, y este anhelo se ve puesto en práctica a partir de las primeras noticias que transmite la Historia positiva. Resultándole imposible conseguirlo por medios normales, acudió a potestades sobrenaturales, y al convencerse de que éstas permanecían sordas a sus exhortaciones, valiéndose de otros medios, y tomó a aquéllas por excusa para completarlos y darles más apariencia de potencialidad con el misterio.

Cuando los proyectos ambiciosos del individuo en su lucha para dominar a sus semejantes no se vieron secundados, valiéndose de causas puramente morales, contenidas en los límites de la Psíquica, buscó los medios de fingir los efectos que se proponía con la aplicación de exóticas recetas, cuyo conocimiento se reservó como el más preciado de los tesoros. La ignorancia de la colectividad y el ambiente de la época fueron el complemento.

El objeto de este libro es, pues, poner las cosas en su debido punto, desvaneciendo leyendas y profundizando en hechos aparentemente misteriosos, y, en realidad, embrolladas simplemente.



Alemania y el desarrollo de su aviación comercial

Una de las aviaciones comerciales que al terminar el año 1926 han conseguido más desarrollo, es sin duda alguna, la alemana. Basta echar una ojeada sobre el plano que publicamos para que se conozca inmediatamente la extensión que ha tomado en Alemania esta moderna vía de comunicación. Igual que una Compañía ferroviaria, la Luft Hansa, ha publicado una guía con indicación de las horas de salida y llegada de los aviones a cada estación aérea, las correspondencias y los precios de los viajeros. El gráfico que publicamos da la impresión por el número de líneas en explotación de una importante red ferroviaria con sus cincuenta y dos líneas con un desarrollo de 17.000 kilómetros, en el curso de los cuales, los aviones recorren 40.000 kilómetros diarios. Este es el resultado a que ha llegado Alemania en unos años. Si se tiene en cuenta que empezó a estudiar y a realizar esta poderosa organización cuando el marco tenía un valor casi nulo, cuando el déficit del presupuesto del Estado se cifraba con números fantásticos, no hay más remedio que preguntarse cómo se ha conseguido tan notable éxito.

Cómo nació la red aérea alemana

A falta de medios financieros, no podía el Estado asumir la carga de esta organización. Además, sus servicios administrativos no hubieran sido suficientes a la obra técnica enorme que había de realizar y es probable que el objeto de su empresa hubiera pasado

desapercibido a aquéllos que debían ser llamados a utilizar sus servicios.

Cierto número de empresas autónomas, libres en sus movimientos, utilizando sus propios recursos, se encargaron de organizar las líneas aéreas regionales, destinadas a unir por vía aérea sus más importantes centros. El triángulo Leipzig-Plauen-Dresde, la región Manheim-Baden-Baden-Stuttgart y la provincia industrial por excelencia, Essen-Crefeld-Dusseldorf-Colonia-Dortmund.

Estas regiones comprendieron inmediatamente el interés que tenían en estar unidas entre sí, y de esta manera se constituyó la poderosa red aérea interior de Alemania. El triángulo de Leipzig se unió a esta red por el aeródromo de Halle y Cassel; la región de Manheim, se une con esta red por Francfort, Giessen y Cassel y, por último, la provincia industrial de Essen se unió a la red general por Francfort y Cassel.

La labor del Estado en la aviación

El Estado, por su parte, favoreciendo cuanto podía las empresas regionales, se ha preocupado por coordinar todos los esfuerzos y crear las líneas internacionales.

Es evidente que las ventajas de tráfico aéreo crecen con la distancia; así pues, las grandes líneas tienen un papel de primer orden. Y estas grandes líneas son tanto más frecuentadas cuanto mejor atendidas están y mejor jalonadas se encuentran.

La primera red creada por el Estado, comprende

las grandes transversales: Copenhague, Hamburgo, Basilea, Ginebra y Marsella; Estocolmo, Stettin, Berlín, Hal Munich e Italia; de oeste a este, las líneas que de Amsterdam, Bruselas y París convergen sobre Berlín y allí se bifurcan sobre Koenigsberg y Breslau.

Las líneas existentes actualmente en servicio con Suecia, Noruega, Polonia, Rusia, Persia, Austria, Suiza, Holanda, Francia y pronto España y todo el sureste de Europa.

Es innegable que la mejor línea que une Inglaterra con las Indias pasa por el Mediterráneo y por lo tanto por Francia. Alemania prepara una línea que permita el vuelo día y noche y la navegación con cualquier tiempo, para unir Inglaterra y la India. Ya están organizadas las bases de salida, los relevos a lo largo del litoral norte del Mar Negro y en Tiflis. Si equipa esta línea es probable que se encarguen de ella los aviones internacionales. Llevar en seguida el tráfico por el Mediterráneo será difícil, pues mientras Alemania comienza a recoger los beneficios de su explotación y mantiene la línea en perfecto estado de navegación, la creación de una nueva línea exigirá grandes gastos que no estarán equilibrados con ingresos suficientes. He aquí un ejemplo demostrativo de que el jalonamiento y organización terrestres de una línea aérea son de gran importancia y susceptibles de desviar el tráfico aéreo en provecho propio.

Preparar una vía aérea es asegurar a los aviones que la habrán de recorrer todas las seguridades posibles y terrenos convenientes de aterrizaje. La preparación implica: creación de aeropuertos bien equipados para abrigar, avituallar, reparar los aviones y motores y para estar en comunicación constante entre sí; instalación de una red radiotelegráfica; un servicio meteorológico; balizaje luminoso de la línea y, quizá, un balizaje con faros hertzianos, y por último, terrenos de socorro para casos de avería.

Para que haya interés para utilizar el avión mejor que el ferrocarril o el automóvil o para confiarle una correspondencia urgente, hay que prevenir medios de comunicación rápida con las ciudades más próximas de los terrenos de aterrizaje y con los centros más importantes de la región a que corresponda el aeropuerto.

Los alemanes han comprendido muy bien esta necesidad. Por ello van a unir su aeropuerto Berlín con la ciudad por medio de una línea especial de metropolitano, al mismo tiempo que un sistema especial de tubos neumáticos asegurará el envío de las cartas desde las oficinas de correo al aeropuerto y viceversa.

Los aeropuertos y las líneas aéreas

En estos momentos la mayor parte de las grandes ciudades alemanas poseen un aeropuerto perfectamente acondicionado. Constantemente entran y salen de él biplanos ingleses o belgas, monoplanos de todas las naciones, Farman franceses, etc.

En una hora puede calcularse que salen siete avio-

nes comerciales, todos ellos con su máximo de carga.

Ya hemos dicho cómo se han creado las líneas regionales, cómo se han unido éstas por una red interior y cómo se ha creado la red internacional.

En el campo de aterrizaje de Halle, que es punto de unión de estas líneas, se pueden contar, desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde, catorce llegadas y catorce salidas de o para todos los lugares de Alemania. Los viajeros que salen de Halle no siempre desean recorrer grandes distancias. Aunque esta ciudad no está más que a 150 kilómetros de Berlín y servida por excelentes trenes día y noche, se ha comprobado que muchos médicos, dentistas, estudiantes, propietarios agrícolas y artistas utilizan el avión. Y es natural que así sea, pues viendo que veintiocho aeroplanos cruzan diariamente aquel cielo creen en la realidad del transporte aéreo. Además han pagado para la creación de estas líneas y la prensa local no deja de llamar constantemente la atención sobre las ventajas del tráfico aéreo. El avión se presenta a sus horas, lo mismo que el tren, y asegura las correspondencias con otras salidas de otros aeropuertos.

La organización financiera

Ya hemos dicho cómo al principio los municipios y las Cámaras de Comercio ayudaron al desarrollo de la aviación comercial en Alemania, ayuda que no podía asumir el Estado por su mala situación financiera. En 1925 treinta ciudades dieron trece millones de marcos para los transportes aéreos. En 1924 la aeronáutica estaba en mala situación. Existía una lucha entre el Aero-Lloyd y las líneas Junkers. Los dos grupos pedían al Estado, a los organismos bancarios y a las ciudades el apoyo que necesitaban. De esta manera encontraron las cantidades que acabamos de mencionar.

Hoy no existe esta lucha, pues los dos grupos se han fusionado y han constituido la Luft Hansa, que interviene en toda la aviación comercial. Ella recibe las subvenciones oficiales. Cabe preguntarse si los organismos regionales verán el mismo interés en subvencionar esta amplia compañía, que puede repartir a su capricho las cantidades obtenidas. Además, los impuestos han aumentado mucho en 1926 y en los presupuestos hay amenazas de déficit.

Los recursos regionales de la Luft Hansa están en disminución. El presupuesto de la aeronáutica del Reich, que es de dieciocho millones de marcos, ¿podrá emplearse en ayudar las líneas interiores?

La Luft Hansa pide al Reich dos marcos por kilómetro de vuelo realizado, o sea una cantidad de 80.000 marcos diarios. Si se calcula en trescientos los días de vuelo serán veinticuatro millones de marcos. Los beneficios se repartirán de esta manera: las dos terceras partes a las sociedades explotadoras y el resto a los grupos regionales encargados del cuidado de los aeropuertos.



El avión Junkers para transporte de viajeros.

El material de las líneas

Alemania no ha tratado de producir aparatos susceptibles de realizar hazañas y superar marcas. Su objeto es asegurar, con la construcción en series de tipos bien estudiados, la regularidad de funcionamiento de las líneas tanto de noche como de día y en todo tiempo los aviones cargados.

Aviones de tonelaje medio, de una potencia de 400 HP, levantan 1.100 kilos de carga útil (diez pasajeros y su equipaje de mano.)

La construcción de los aparatos está hecha con objeto de que sirvan para el mayor número de horas de vuelo posible. Los motores pueden girar doscientas horas sin necesidad de revisión. Los alemanes utilizan motores de enfriamiento por aire, lo que les permite realizar una notable economía y ganar los doscientos kilos que representa la cantidad de agua necesaria para el enfriamiento y el lugar del radiador.

Lo que ha permitido a Alemania el desarrollo en tales proporciones de su aviación comercial es la prohibición hecha por el Tratado de Versalles de tener una aviación comercial. Los cortos trayectos de las redes regionales se amoldan a los aviones de tonelaje reducido (hasta 75 HP.) mientras que un país como Francia, que no tiene red interior, sino solamente líneas internacionales, tiene necesidad de aviones que tengan gran radio de acción. Las subvenciones del Reich pueden consagrarse por completo a la aviación comercial.

Para las líneas internacionales los alemanes fabrican aviones de gran potencia. Así la casa Junkers acaba de establecer un superavión trimotor de 1.200 HP., con cabina de dos pisos y compartimentos separados. Los acuerdos de París han devuelto la libertad a la industria aeronáutica alemana y eso ha hecho posible que se pueda poner en servicio este aparato. El "G 31" Junkers tiene una superficie aproximada de 100 metros cuadrados. Su fuselaje, de dos pisos, es casi el doble de los aviones anteriormente construidos por Junkers. El interior, de tres metros de ancho, está dividido en seis compartimentos.

Este avión gigante tiene todos los perfeccionamien-

tos, y el más notable es la instalación de una sala de máquinas auxiliares, en la que hay un motor para el alumbrado, la T. S. H. y un compresor para despegar.

La educación de los pilotos

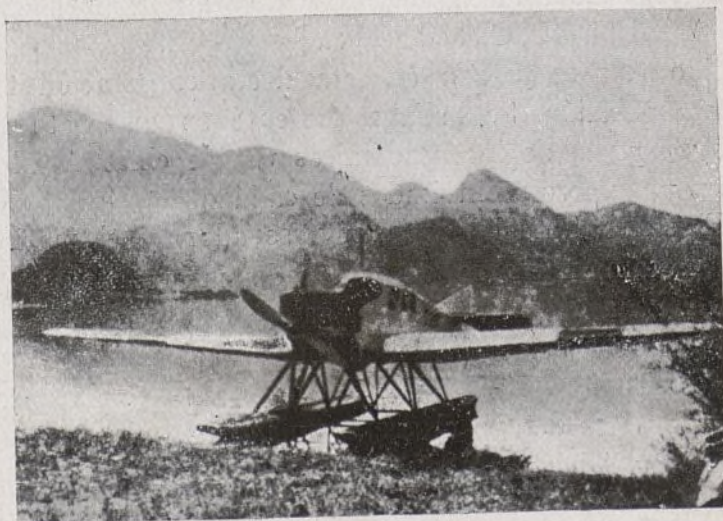
La explotación regular de las líneas aéreas exige un personal numeroso y especializado. La formación de los pilotos alemanes ha sido concebida para dar a los viajeros el máximo de seguridad.

Los alumnos pilotos deben ser admitidos primero en una escuela de pilotaje que existe en casi todas las grandes ciudades. Esta admisión se basa en las condiciones físicas del futuro piloto y se admite con preferencia a los jóvenes que tienen un título deportivo (sportalzeichen).

La formación del piloto de avión de transporte (verkehrspilot) se hace en dos etapas. La primera comprende la obtención del título A, es decir, de aviador deportivo, después que el candidato tiene un título intermedio para el cual ha tenido que realizar treinta vuelos solo, tres aterrizajes en un campo de 250 metros de largo y 50 de ancho y un vuelo de destreza. Para el título A realiza un vuelo de altura (una hora por encima de 2.000 metros) y una marcha de 300 kilómetros, con dos aterrizajes fijados de antemano y en menos de tres horas. Este aprendizaje dura seis meses y cuesta al piloto 5.000 marcos oro.

Es más difícil la obtención del título B (piloto de avión comercial). El candidato no debe tener más de veinticinco años (treinta para los aviadores de la guerra); tienen que poseer cierto grado de cultura equivalente a la mitad del bachillerato, o conocimientos técnicos especiales. Se necesitan dieciocho meses para formar un buen piloto experimentado. Los candidatos cubren próximamente una distancia de 20.000 kilómetros y los gastos se elevan a 15.000 marcos, que el piloto puede solicitar que se le conceda el pagarlos a medida que sus medios se lo permitan.

El examen para el título B comprende tres aterri-



El aparato F-13-W equipado en hidroavión.

zajes en un campo de 250 metros por 50; un descenso con el motor parado desde una altura de 500 metros y dos aterrizajes nocturnos.

A pesar de estas difíciles condiciones es tal el número de pilotos que no pueden contar con una colocación inmediata. Estas exigencias de la aviación comercial del Reich han contribuido mucho a su desarrollo, porque dan el máximo de garantías a los viajeros.

Recepción del Rey de Bélgica en la Academia francesa



El rey Alberto I, elegido en febrero pasado por la Academia de Ciencias Morales y Políticas, fué recibido el mes pasado en esta docta corporación en solemne sesión. Se hallaba presente en este acto la mayor parte de los académicos de las cinco Academias y numerosos invitados de calidad.

El señor Rafael-Jorge Leoy, senador, y el mariscal Petain, miembro de la Academia, recibieron al soberano a la entrada de la galería de bustos, en la que acababa de ser instalado uno en mármol del ilustre cardenal Mercier, poderosa obra de arte, delante de la cual se detuvo el grupo un momento.

El rey Alberto se colocó a la derecha de la presidencia, entre el señor Louis Barthou, de la Academia Francesa, vicepresidente del Consejo, y el mariscal Petain, compañero de armas del rey.

Después de la lectura dada por el señor Lyon Caen, secretario perpetuo, del decreto del Presidente de la República, aprobando la elección y entrega de la medalla de académico, el señor Leoy dijo el discurso de salutación y bienvenida al nuevo miembro:

—Es un día memorable éste, en que recibimos en esta Academia al heroico defensor de la moral política.

Evocó los días trágicos y gloriosos en que la débil Bélgica dijo al formidable coloso: "No pasarás", y en que echó en la balanza del destino, con grave riesgo de su vida, el noble peso de la lealtad a la palabra dada, es decir al Derecho y a Dios.

La sala entera aclamó vibrante de entusiasmo al héroe del 3 de agosto y de Dixmude, este rey que fué, sin reino, más grande que todos los príncipes de la tierra.

El rey, muy emocionado, dió las gracias y manifestó su alegría por entrar en esta Academia, en la que encontraba junto a antiguos presidentes de la República y antiguos compañeros de armas, a lo más escogido de la inteligencia y el arte francés, que brilla en el mundo con tan vivo resplandor.

Evocó la memoria del presidente Wilson, caballero del idealismo, la del cardenal Mercier, venerado por todos los belgas, y terminó recordando que esta nueva demostración de afecto estrecharía los lazos tan estrechos de amistad que unen a Francia y a Bélgica.

Una nueva y prolongada ovación acogió estas palabras. La sesión continuó como de costumbre con las lecturas de los señores Carton de Wiart, Lacour-Gayet y el mariscal Petain, quien dijo con su autoridad lo que fueron los ejércitos franceses del Gran Rey y trazó retratos concisos y llenos de vida de los grandes capitanes que fueron Condé y Turenna y del poderoso administrador Louvois.

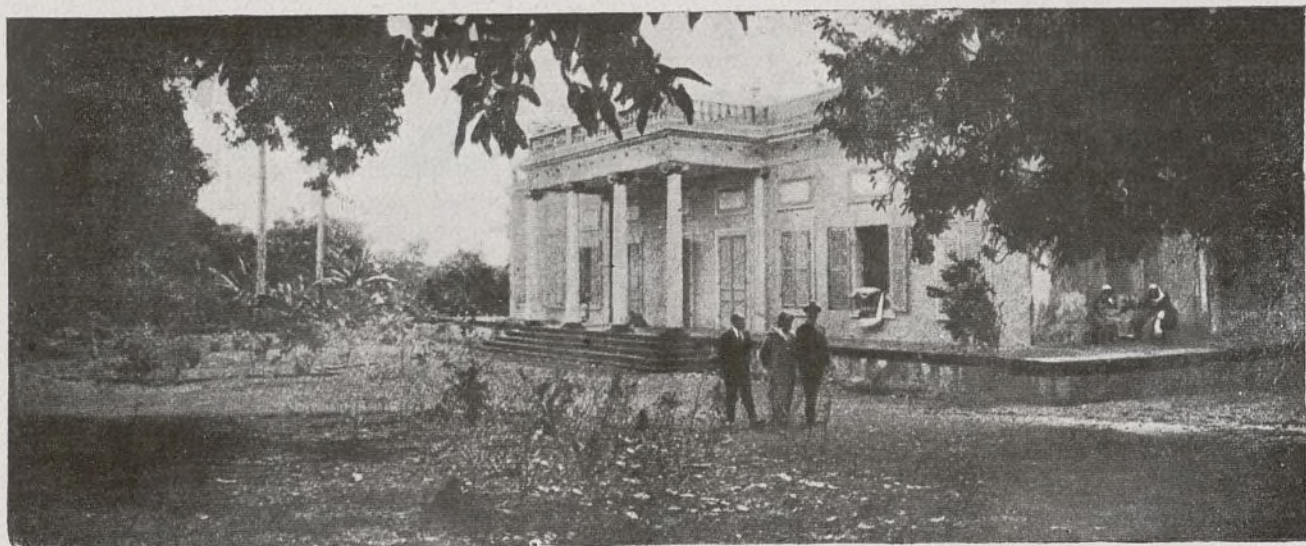
Hermosa efeméride que tuvo como colofón las aclamaciones que el público tributó en la calle al noble soberano, al salir del palacio de la Academia.

La instrucción táctica de la aviación marítima

A consecuencia de la investigación realizada por iniciativa del presidente Coolidge, la Oficina de Aeronáutica ha dispuesto ejercicios de adiestramiento táctico para la aviación marítima, los cuales se llevarán a efecto en la primavera del año en curso.

La aviación marítima tiene pocas oportunidades de ejercitarse en las maniobras tácticas de bombardeo y de caza por flotillas, que debe ejecutar de improviso, si ha sido empleada independientemente de la flota en un ataque aéreo.

La marina enviará grupos de oficiales a las escuelas militares de Kelly Field y Langley Field, para estudiar los métodos de la aviación militar. A su regreso, estos aviadores servirán como instructores en las escuelas tácticas de la aviación marítima que se trata de crear.



El cabecilla Abd-el-Krim en el destierro

Un acontecimiento de importancia es éste para aquel lejano país, poco abundante en distracciones, pero acostumbrado a recibir a personajes caídos: en otro tiempo, Said-Ali, sultán de Comoras, y la reina Ranavalo; ayer Tanh-Tai y su hijo Duy-Tan, emperadores de Amam; hoy Abd-el-Krim.

En estas páginas hemos publicado fotografías de Abd-el-Krim y los suyos camino del destierro; hoy le presentamos en la residencia que se le ha señalado.

Vamos a dar algunas notas de la llegada de los cautivos a Saint Denis el domingo 10 de octubre. De toda la isla habían acudido a presenciar la llegada del nuevo huésped hombres, mujeres y niños en automóviles y carricoches. La plaza del Gobierno, tan tranquila de costumbre, no había presenciado nunca tanta afluencia de gentes de todas clases.

Pero Abd-el-Krim esquivó su persona a las miradas de los curiosos separándose de sus familiares y criados para trasladarse en automóvil a la capital distante del puerto unos 35 kilómetros. Era día de carreras de caballos en Saint Denis y muchos deportistas abandonaron el hipódromo para verle. Entre tanto, Abd-el-Krim, detenido en la Vigía, contemplaba extasiado el espléndido panorama que ofrece Saint Denis, inmenso tapiz oriental de tonos cálidos y abigarrados, bordeados del césped verde esmeralda de los campos de carreras. Luego, evitando los curiosos, consiguió lle-

gar sin ser reconocido, con el capitán Sagues, su hermano y su tío, al castillo Morange, situado a tres kilómetros próximamente de Saint Denis.

Para llegar a este famoso castillo hay que atravesar una especie de arrabal y luego seguir por un camino polvoriento y lleno de hierba. A decir verdad, la asombrosa vegetación tropical y el decorado del fondo de montañas dan a este recorrido un aspecto encantador: mangos regordetes, esbeltos cocoteros, espesos macizos de finos bambúes, ylang-ylang de ramas perfumadas y, de pronto, en una vuelta del camino, a través de los barrotes de una gran reja, guardada la puerta por un gendarme, aparece, blanco y pequeño en medio de un desbordamiento de verdura, un elegante hotelito de estilo italiano, adornado con columnatas y galerías: el castillo Morange.

Este hotel, de construcción reciente, deshabitado por falta de comprador, tiene un patio interior de género hispanomarroquí, pero sus habitaciones, numerosas y amplias, están destartadas, sus techos se resquebrajan y sus suelos se hunden. Sin embargo, Abd-el-Krim y su séquito (veintinueve personas) han podido instalarse cómodamente en las doce habitaciones que están habitables.

Alrededor de este hotel existe un parque de siete hectáreas lleno de grandes árboles; mangos, cocoteros, árboles de cacao, un verdadero bosque de bananos (15.000 pies) y un huerto.



El cabecilla Abd-el-Krim con los oficiales encargados de custodiarle en el destierro.

Un periodista francés que le ha visitado hace el relato siguiente:

"Primero vienen Amghar, primo de Abd-el-Krim; Hassan, su íntimo amigo, ambos vestidos de moros, y Mohamed, su hermano, vestido irreprochablemente a la europea.

"Por fin sale del hotel el propio Abd-el-Krim y lentamente da un paseo por el parque, discutiendo gravemente con el capitán Sagues.

"Vestido con el traje árabe que no abandona nunca, chilaba gris, turbante y los pies desnudos en las babuchas, Abd-el-Krim camina un poco inclinado; un poco de melancolía en su mirada y una ligera sonrisa que a veces le da una expresión de bondad. Sus maneras son afables y educadas y su primer aspecto simpático. A las preguntas que le hacemos responde por mediación del capitán Sagues, porque no sabe francés. Se propone aprender este idioma. Sus hijos irán al liceo Leconte-de-Lisle en cuanto tengan edad para empezar sus estudios. Salió del Rif con

dos mujeres y cuatro hijos y su familia directa ha aumentado en un hijo, que estuvo a punto de nacer en el camino.

"Quiere consagrar una parte de su tiempo a la jardinería y al automóvil; podrá, pues, cuando esté autorizado para ello, recorrer la isla de la Reunión en todos sentidos y con el espectáculo de algunos grandiosos lugares de este país, puede que sienta intensa emoción al recordar Marruecos."

Algunas personas creen que la vecindad de los 1.500 musulmanes que viven en la Reunión puede presentar peligros. Será conveniente hacer notar que estos musulmanes son de origen indio, no practican los mismos ritos ni entienden el árabe.

Una delegación de estos musulmanes se presentó en el castillo Morange, pero fué recibida por el capitán Sagues, quien, en nombre de Abd-el-Krim, la recibió muy cortesmente y la dió a conocer el propósito del desterrado de no mantener relaciones con sus convecinos.



CUADROS MILITARES.—Ronda de noche, por Reembrand.



LOS TANQUES EN INGLATERRA Y FRANCIA

Como ya dijimos en nuestro número anterior, la Conferencia Imperial ha sido en Inglaterra motivo para cierto número de manifestaciones militares destinadas a hacer valer ante las potencias asociadas a la Gran Bretaña, la potencia guerrera de esta nación, tanto por tierra como por mar; la fuerza es, en efecto, la mejor garantía para las amistades sólidas. Una de las manifestaciones más importantes es la que se celebró en Cumberley con los carros de asalto o tanques y de la que dimos cuenta ligeramente en nuestro número anterior.

El material automóvil estaba compuesto por gran cantidad de carros de asalto ligeros, de una sola plaza, armados con ametralladoras y presentando la propiedad de poder circular con la misma libertad sobre una carretera bien cuidada que sobre un campo lleno de accidentes, propiedad debida al empleo de un doble procedimiento de propulsión: en el campo utilizan la correa sin fin de los tanques y en la carretera ruedas corrientes con neumáticos. Sólo necesitan dos o tres minutos para sustituir uno por otro cualquiera de estos dos procedimientos de propulsión.

Estos tanques están hechos con piezas tipo de modelo comercial lo que facilitaría su fabricación en

Además de estos tanques y de los denominados "luna de miel" se presentaron en estas maniobras grandes tractores capaces de arrastrar un cañón de gran calibre a una velocidad de veinte millas por hora (32 kilómetros) y el tren delantero con el personal necesario para el servicio de la pieza. Cañones antiaéreos. Coches de reconocimientos con ruedas "orugas", que lo mismo pueden ir por carretera que por el campo. Tractores para arrastre de cañones de tiro rápido. Tanques de batalla pesados con torre central giratoria para cañón de tiro rápido de tres libras (47 mm.) y cuatro torres para ametralladoras. Este tanque pesado, tipo 1926, está destinado a reemplazar el tanque Mark-V* de la guerra.

Es interesante comparar con las francesas las so-

luciones adoptadas por Inglaterra, que, en efecto, son muy distintas, con excepción del Mark-V*, que está en servicio en ambos lados del Canal de la Mancha. Este tanque, que pesa unas treinta toneladas, lleva un motor Ricardo de 150 HP. que acciona dos cadenas caterpillars que rodean el vehículo.

Su armamento se compone de dos cañones de tiro rápido de seis libras (57 mm.) en medias torres y de cuatro ametralladoras de 7,70 mm. La dotación de este tanque es de catorce hombres.

En lo que se refiere a los tanques ligeros son bastante diferentes las ideas que se tienen en las dos naciones. En Francia es contraria la opinión respecto de los tanques individuales. En un tanque, según los franceses, se necesita:

1.º Asegurar la dirección del vehículo, dirección tanto más difícil cuanto más pequeño es el tanque, puesto que influyen más en él las desnivelaciones del terreno.

2.º Vigilar el terreno del lado del enemigo y del lado en que se halla el jefe de la sección de tanques, pues el tanque que quiere realizar sólo su acción no es útil.

3.º Manejar el cañón ó la ametralladora.

Por razón de sus múltiples funciones, el tanque pequeño de un sólo hombre aparece como muy peligroso en tiempo de guerra. En tiempo de paz desaparecen muchos de estos defectos y encuentra numerosos partidarios.

La experiencia ha demostrado que el tanque debe

llevar, por lo menos, dos hombres: uno encargado de la dirección; otro, jefe del tanque y tirador. Ha demostrado además, que el armamento del tanque debe ser, en principio, un cañón de tiro rápido, acompañado en caso necesario de una ametralladora como arma acesoria. Las operaciones de Marruecos y Siria han afirmado a los franceses en esta opinión. Al principio de la campaña de Marruecos se pidieron cañones de tiro rápido de 37 o de 47 mm., en lugar



El tanque gigante inglés, provisto de un cañón de tiro rápido del 47.



Piezas ligeras de artillería arrastradas por pequeños tanques complementarios.

de ametralladoras, ante la necesidad de desalojar al enemigo de sus abrigos, grutas, cavernas, etc. En Siria se hicieron las mismas pruebas y en Dalmasco, principalmente, es donde los franceses comprendieron las ventajas de los tanques con cañón.

Si los ingleses tienen una manera de ver distinta de la de los franceses en lo que se refiere a los tanques ligeros, es que tienen en cuenta el caso de acudir a operaciones en las colonias contra adversarios poco temibles.

En Francia no existen los coches de propulsión mixta. Prefieren emplear a los automóviles de seis ruedas, del tipo que ha dado tan buenos resultados en el Sahara, o los coches de cuatro ruedas motrices. Estas dos clases de vehículos permiten la circulación con suficiente facilidad por terrenos accidentados. También les ha parecido a los franceses inútil montar sus cañones antiaéreos sobre autos "orugas", porque es muy raro que tengan absoluta precisión de salir de las carreteras.

En cuanto a los tanques de batalla propiamente dichos, el mejor tipo es el de veinte toneladas, que tiene suficiente potencia y es fácilmente manejable.

El tanque de treinta toneladas es muy grande y su empleo restringido por incómodo. Los franceses tienen algunos: unos del modelo Mark-V*, de origen inglés, y otros, pocos, restos de un pedido hecho durante la guerra.

En Francia, país creador de los carros de asalto, no se descuida ninguna de estas cuestiones. Se preocupan particularmente de los fusiles llamados "antitanques", y que pasan del calibre 13 mm., empleado por los alemanes, al calibre 25 y 30 mm. Los blindajes pronto tendrán que alcanzar espesores cercanos a los 30 mm. de buen acero. También progresan rápidamente las ametralladoras.

Los perfeccionamientos realizados por el ejército inglés en la construcción y empleo de los tanques, parecen haber despertado en ellos un entusiasmo guerrero de lo más característico.

De este entusiasmo puede juzgarse por el artículo del señor John Foster Fraser, del que ya dimos algunas opiniones. Dice así:

"Fué uno de esos sábados de los Dominios destinados a dar graves motivos de meditación a los primeros ministros de Ultramar cuando regresen de sus patrias.

"Hace quince años contemplaban la majestad de la flota británica; hace ocho días comprobaban la supremacía de la Gran Bretaña en el dominio de la T. S. H.; ayer se dieron cuenta de la superioridad que tendremos con el empleo de los carros de combate en la próxima guerra."

Y termina en estos términos:

"Fué un maravilloso espectáculo; teníamos delante los modelos más recientes destinados a la próxima guerra.

"¡Y decir que hace dos días sólo pensábamos con humildad en lo que habíamos hecho en la guerra pasada!"

Tal es el desarrollo y perfeccionamiento alcanzado por estos artefactos guerreros hasta el punto de considerarlos una de las más ofensivas máquinas de guerra. Inglaterra y Francia han puesto especial cuidado en conservar la primacía de estas máquinas que tanta utilidad ofensiva demostraron en la gran guerra.

Los nuevos modelos lanzados por estas dos naciones, comprenden desde el tanque gigante provisto de varias torres blindadas y con artillería del 47, hasta el diminuto provisto de una sola ametralladora y capaz para dos servidores.



Intervención de las potencias en el problema chino.—Los comunistas rusos.—La actual situación.

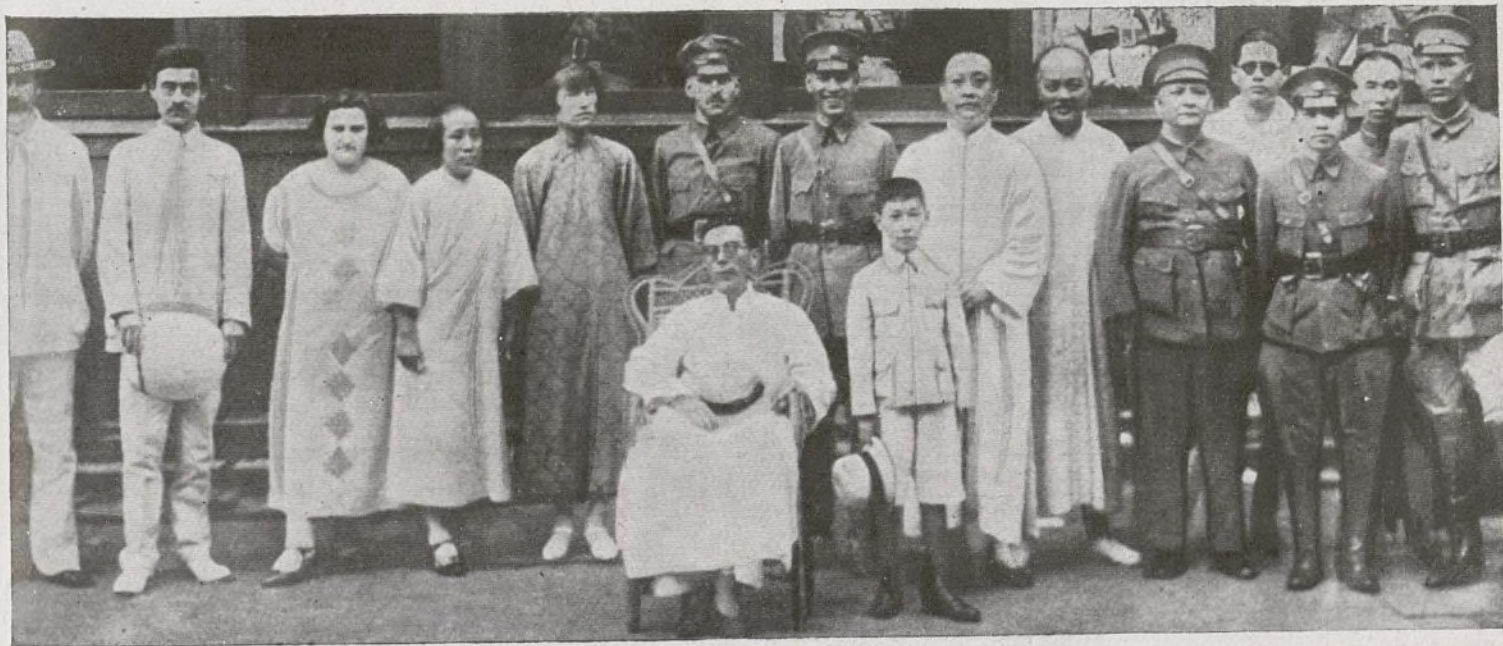
EL CAOS CHINO

Algo se ha aclarado en los últimos tiempos la situación caótica de China en la que, al parecer, hasta hace muy poco, a pretexto del nacionalismo, los generales contrarios sólo buscaban el predominio del gobierno de Pekín. Esto fueron las guerras en que intervinieron Chang Tso-lin, Wu Pei-fu y Feng Yu-siang. La ayuda que este general recibía de los soviets se contrarrestaba con las que otras potencias prestaban a los otros generales y así la lucha no era sino la fratricida guerra civil de la que sólo iban a beneficiarse, en definitiva, las potencias que hasta la fecha y desde la revolución boxer principalmente eran dueños de China con la sola intervención de las concesio-

de implantar su programa que, por lo bien meditado, parece responder a su noble propósito de independencia y de afán de resurgimiento que se traduce en triunfos firmes y continuados del pequeño ejército de Cantón contra sus rivales, representantes de todos los imperialismos.

Este programa comprende los 33 puntos siguientes:

1) Una vez resuelta la situación militar, se convocará a una reunión preliminar para preparar la definitiva Conferencia del Pueblo, con vistas a la formación de un Gobierno de unidad nacional, tal cual lo recomienda el doctor Sun Yat-sen, que se encargará de afrontar los siguientes problemas del país.



La influencia soviética en China.—Borodin (primero de la izquierda), su esposa (tercera de la izquierda). El general ruso Gallent (sexto de la derecha), general Chang Kai-Shek (séptimo), general Li Fuklum (décimo), general Li Chai-sum (onceavo), T. V. Song (detrás de los anteriores con gafas negras) y Chung Ching-Kong (sentado).

nes, concesiones que si han aprovechado a los que las explotaban han aprovechado mucho más a los chinos, llevándoles un comercio y una industria de que carecían por efecto de la decadencia tremenda, casi incomprensible a que había llegado como tal Imperio el Celeste Imperio.

No queremos decir que al aclararse la situación haya mejorado; antes al contrario, nuestra opinión es que China atraviesa un período crítico del que bien pudiera salir la prosperidad y la suerte de la República.

En primer lugar, el movimiento nacionalista es cierto. Un grupo, obediente a las leyes dictadas por el primer presidente de la República China del Sur, Sun Yat-sen, al amparo de la Rusia de los Soviets, ha perfeccionado sus métodos, se ha afirmado en sus teorías y durante varios años se ha preocupado por prepararse, dispuesto a dar la batalla con el objeto

2) Abolición de los "Tratados desiguales". Redacción de nuevos Tratados que aseguren la soberanía de China en el mismo nivel internacional que las otras naciones.

3) Alejamiento de todas las fuerzas militares y navales extranjeras destacadas en China.

4) Abolición de la jurisdicción consular.

5) Restitución a China de las Concesiones.

6) Restablecimiento de la autonomía fiscal.

7) Autonomía en materia de educación.

8) Prohibición a los extranjeros de sostener o crear Bancos, o emitir dinero sin consentimiento del Gobierno chino.

9) Establecimiento de un Gobierno firme. Extirpación de toda forma de corrupción burocrática.

10) Asegurar al pueblo la completa libertad de Prensa, de discusión, de culto, de residencia y de asociación.

ARMAS Y LETRAS

11) Establecimiento de un control financiero central. Abolición del "likin"—el actual impuesto interno.

12) Supresión de los impuestos extraordinarios sobre el campo. Prohibición de recaudar entre el elemento necesitado de la población, dinero para fines militares.

13) Eximir a los distritos pobres de nuevas cargas.

14) Prohibición del cultivo, transporte y comercio de opio.

15) Asegurar la cooperación entre el soldado y el pueblo. Castigo de desórdenes y de tentativas de ocupación de residencias o de domicilios privados.

16) Reorganización de la propiedad nacional. Fomento de la industria.

17) Regulación en los precios del arroz. Confiscación de las propiedades de los jefes antinacionalistas en beneficio del fisco nacional.

18) Velar por el desarrollo de la industria, la agricultura, el comercio y por las organizaciones culturales. Lucha contra toda ingerencia política ilegítima.

19) Practicar en las provincias una tutela acertada del Gobierno nacional. (Tutela es la segunda etapa en el programa de Gobierno republicano ideado por el doctor Sun Yat-sen. La primera etapa es la acción militar, luego viene el régimen de tutela, y, por último, el régimen constitucional.)

20) Perfeccionamientos del sistema de cultivos. Mejorar la situación de la población rural.

21) Promulgación de una legislación social referente a salarios mínimos, buen trato del obrero, trabajo en las fábricas, etcétera.

22) Recaudación de fondos destinados a la instrucción pública, y que no podrán ser destinados a otros fines. Aumento de honorarios a los maestros.

23) Elevar la educación del soldado. Instruirlo. Asegurar la vida y vejez del soldado inválido, empleando en ello parte de los fondos recaudados al confiscar las propiedades de los jefes antinacionalistas.

24) Garantizar y aumentar el sueldo de los funcionarios en las escalas más bajas. Reconocerles el derecho de asociación.

25) Colocar sobre una base de igualdad a hombres y mujeres. Extensión a la mujer del derecho

electoral y de toda otra garantía jurídica otorgada al hombre.

26) Elaboración de un censo.

27) Organizar la vigilancia en el país.

28) Organizar la defensa de los distritos rurales a base de voluntarios.

29) Construcción de carreteras.

30) Obras fluviales e hidráulicas.

31) Fomento de los bosques.

32) Reforma del sistema monetario. Limitación de emisiones.

33) Ayuda a las cooperativas de producción y consumo mediante créditos oficiales.

Esto, como puede verse, explica mejor que cualquier otra cosa la realidad de un movimiento nacionalista puro que como tal no puede ser ahogado a cañonazos, aunque momentáneamente los cañones enemigos pudieran ganar la batalla.

Así, sin duda, lo ha comprendido Inglaterra que es la principal potencia interesada en China y su memorándum de diciembre pasado se ponía en la realidad, aunque sin declararse reconocedora del gobierno de Cantón, a pesar de saber que a estas alturas Pekín no representa nada, pese a la importante personalidad de Wellington Kóo que inútilmente se esfuerza en dar un aspecto de gobierno a lo que él mismo sabe que es una sombra a las órdenes del virrey de Manchuria, el tristemente célebre mariscal Chang Tso-lin.

Las demás potencias interesadas, como Francia y el Japón, han adoptado una actitud de expectación y

no han reconocido el memorándum británico, y el Japón, a pesar de su enemistad secular con China y su necesidad de expansión exterior, tal vez porque ve de cerca la importancia del movimiento, se niega a intervenir y se manifiesta opuesto a toda idea que pueda arrancar de este supuesto. Es cierto que en las aguas chinas ya no caben más acorazados extranjeros y que las aguas del Yang Tse se han cambiado en grises de tanto buque de guerra como han entrado en ellas; pero las tropas de Cantón mandadas por Chiang Kai-shek y dirigidas, según se asegura, por el general ruso Gallent, no sólo tiene en su poder Hanken, centro de China y población de casi tanta im-



El general Chiang Kai-shek.

portancia comrecial como Shanghai, sino que avanzan sobre esta capital y esperan tenerla en su poder antes de que termine el mes de enero; esperanza que ha causado desasosiego en los dos generales contrarios, Chang T'so-lin y Wu Pei-fu y, sobre todo, del general gobernador de Shanghai Sun Chan-fang. A ellos se ha unido, reconciliados por el momento, Chang-Chun-Chang, de Changtung, y Tan Chi-yas, del Yu-nan.

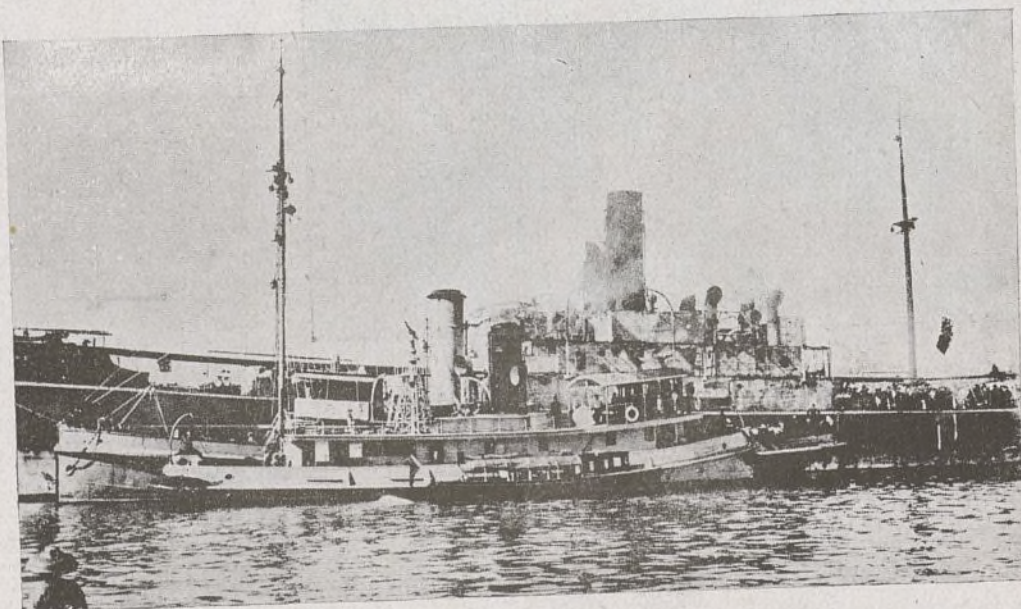
Por otra parte, estos generales no pueden olvidar que Feng Yu-siang está en Kalgan y que si los soviets le quitaron su ayuda cuando quiso aprovecharla en provecho personal, puede volver a tenerla de un momento a otro y en combinación con los rusos, que tienen en su poder media Manchuria, coger de revés y por la espalda los ejércitos del Norte y facilitar la victoria decisiva de las tropas del Sur.

Desde luego la victoria de Chiang Kai-shek y el triunfo de su programa sería un golpe mortal a los privilegios de los extranjeros, tal como hoy existen, y así lo comprende toda la prensa extranjera, principalmente la antisoviética, que aprovecha la ocasión para tratar de difamar a los rusos, llegando a atribuir a Borodin una importancia que no tiene y que no ha tenido nunca, ni cuando fué en Escocia mister Brocon, ni cuando fué en España el señor Grusenbergr. Jacobo Borodin puede que sea el jefe de la propaganda que las tropas del Sur hacen en los lugares que conquistan y en los que se propone conquistar; es muy posible que sea el jefe de lo que pudiera llamarse ejército civil del nacionalismo; pero los discípulos de Sun Yat-sen y continuadores de su obra no se habrán entregado en brazos de un agitador comunista y sólo en aquellos puntos en que coincidan los programas comunista y nacionalista, Borodin podrá tener la autoridad máxima, inferior desde luego a la que el señor Eugenio Chen, ministro de Negocios Extranjeros de Cantón, tiene en el presente movimiento.

Otra cosa prueba que este nacionalismo es el regulador del movi-



Ocho de los piratas que realizaron el ataque y saqueo del "Sunning", y que fueron apresados por la tripulación.



El vapor inglés "Sunning" remolcado a Hong-Kong después del ataque e incendio por los piratas.



Fuerzas navales británicas custodiando la sucursal del Shanghai Banking Corporation en Hanken.



Junco chino hundido por un buque inglés en el Yang-Tse-Kiang.

miento chino y es la reacción de los ejércitos del Norte ante la amenaza británica de defender su concesión de Shanghai, para que no le ocurra con ella lo que con la de Hanken, que está en poder de las autoridades chinas y de la que han sido evacuados los súbditos extranjeros.

España también ha tenido que sufrir en este movimiento. Varios conventos y misiones de Fu Chen y un Orfelinato han sido asaltados y saqueados por la multitud, a pretexto de que los misioneros de todas las nacionalidades más que de convertir a su región, se ocupaban de la política, del poder temporal y de aumentar sus riquezas. España, para proteger a sus súbditos, ha enviado el "Blas de Lezo".

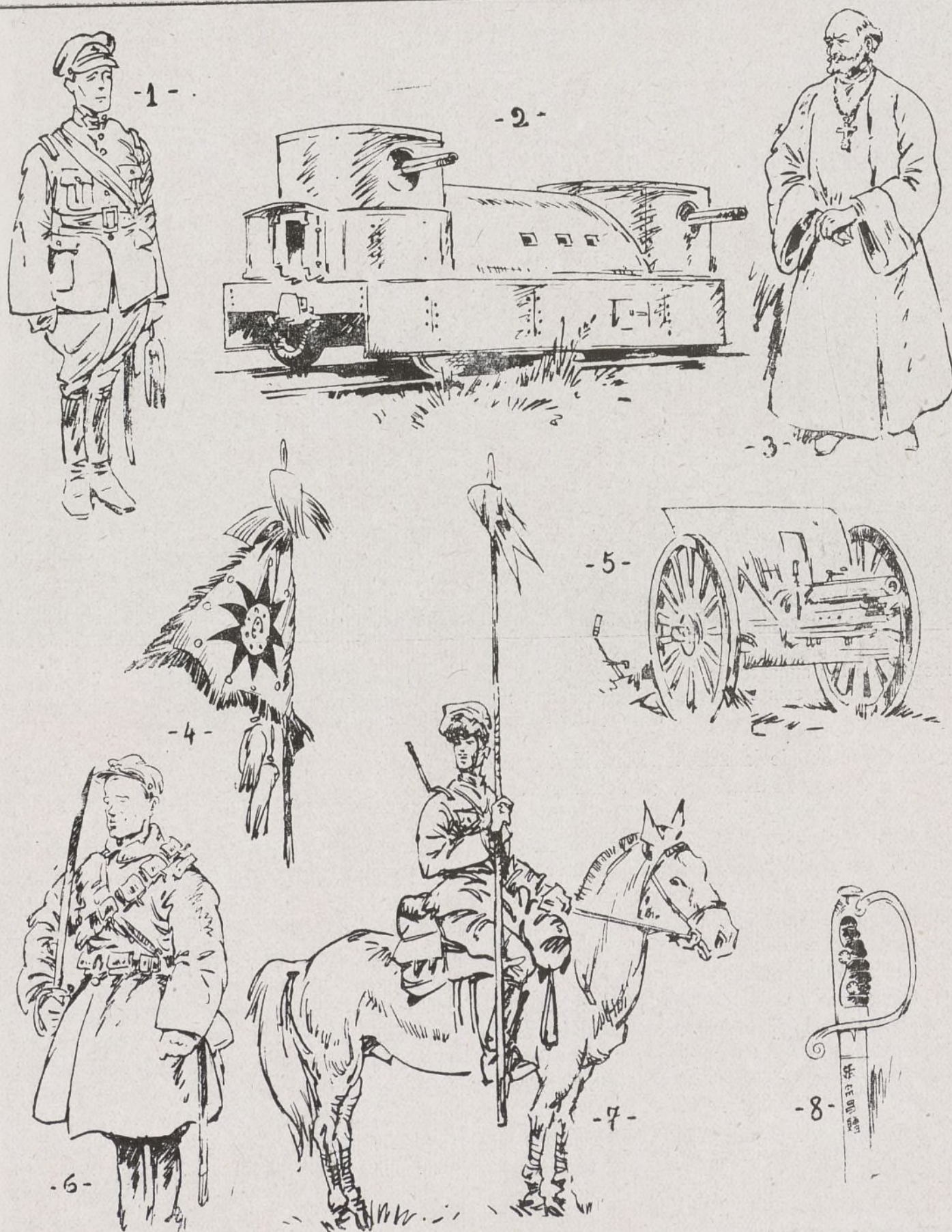
Pero estos son accidentes que en una nación en guerra (ya se demostró durante la guerra europea) no tienen otra fuerza que la de servir de pretexto a una intervención que se desee realizar a todo trance. Son hechos que como los actos de piratería de las costas no pueden achacarse a los directores del movimiento nacionalista, porque responden a la preparación que tiene el pueblo chi-

no después de estos pasados quince años de guerras civiles, en las que se ventilaban intereses personales y las tropas se reclutaban con la oferta del botín que se iba a conseguir en los saqueos de las ciudades conquistadas. Estos eran los ejércitos de Chang Tso-lin y Wu Pei-fu y así se daba el caso que los soldados en los momentos difíciles de la lucha se pasaban al enemigo que más probabilidades tenía de conseguir botín y traicionaban a sus jefes con la misma facilidad con que los jefes mismos se traicionaban entre sí. Ejemplo los dos generales citados, que tan pronto han luchado juntos como aliados, que frente a frente como enemigos.

Al margen, pues, de estos acontecimientos, puede considerarse el episodio a que se refieren dos de nuestros grabados y que figurará en los anales de la piratería china. El paquebote británico "Sunning", de 2.555 toneladas, salió de Shanghai el 11 de noviembre con dirección a Sowa-tow, al sur. En Amoy tomaron pasaje unos cuarenta viajeros de aspecto inofensivo; pero el día 15, poco antes de llegar a Sowa-tow, aquellos viajeros, armados de revólveres y después de haber inutilizado el puesto de radiotelegrafía, obligaron a los oficiales a dirigir el buque a la bahía de Bias, al norte de Hong-Kong, que es una de las más conocidas guaridas de los piratas. Luego exigieron un rescate a los pasajeros y saquearon los equipajes. Entre tanto, la tripulación se había rehecho de la sorpresa y dió la lucha a los piratas los que, sintiéndose en estado de inferioridad, prendieron fuego al buque, acto que precipitó su perdición, pues el capitán hizo maniobrar el buque de manera que el viento llevara el humo hacia el lado donde los piratas se habían hecho fuertes. Algunos se apoderaron de las lanchas de salvamento y ganaron el mar. En este momento, un "steamer" japonés que pasaba por aquellas proximidades dió la alarma por T. S. H. y varias unidades de la flota británica, el "Bluebelle", el "Vindictive", el "Despatch" y el correo "Hermes" acudieron a aquel lugar. El incendio fué dominado, los piratas que se hallaban a bordo capturados, y los habían huído en las lanchas fueron apresados con su botín. El "Sunning" fué remolcado a Hong-Kong con serias averías.



Sección de ametralladoras británicas desembarcadas cerca de Hanken para cuidar de los súbditos británicos allí residentes.



1. Oficial del ejército ruso al servicio de las tropas chinas.—2 y 5. Unidades blindadas enviadas por los rusos.—3. Pope.—4. Estandarte ruso.—5 y 7. Soldado y cosaco ruso que combaten en las fuerzas cantonales.—8. Sable del general Chang Kai-shek.

Para terminar, trataremos de dar una idea del estado del pueblo chino ante esta nueva revolución: La gran burguesía hace causa común con los generales, así como los grandes terratenientes y los comerciantes que trafican con los extranjeros; pero la pequeña burguesía, los pequeños comerciantes y el pue-

blo propiamente dicho, hace causa común con los más avanzados revolucionarios para lograr la realización del programa del Kuo-min-tang, o, por lo menos, del programa mínimo: anulación de los tratados unilaterales, independencia aduanera, retirada de las fuerzas extranjeras, restitución de los territorios de las



Con motivo de los sucesos de China la escuadra inglesa está en una completa actividad. La presente fotografía nos muestra seis acorazados ingleses con rumbo a Shanghai, para proteger a los súbditos y concesiones, amenazados por el caos chino.

concesiones, supresión de la extraterritorialidad y reunión de una Asamblea Nacional, es decir: soberanía de China y reconocimiento de esa soberanía.

El Kuo-min-tang no es, según confesión propia de los comunistas, un partido bolchevique, aunque el bolchevismo sea su fermento. No le conviene a Rusia un triunfo definitivo de los nacionalistas chinos, aunque sólo tenga en cuenta la debilidad de su frontera desde el lago Baikal a Vladivostok.

Bélgica, consciente con su actitud de 1914, ha reconocido tácitamente la injusticia de los tratados unilaterales renunciando a la soberanía de las concesiones, aunque no renuncia, por ahora, a la propiedad sobre los terrenos.

Esta es una afirmación más de lo que decíamos al empezar: que se trata de un movimiento nacionalis-

ta puro y que la situación se ha aclarado bastante en medio de lo que siempre se ha llamado "el caos chino".

Así lo reconoce también Norteamérica. Las palabras pronunciadas por el señor Kellogg son una prueba terminante de que los americanos están dispuestos a ponerse en este caso de parte de la justicia. El señor Kellogg ha dicho que, a pesar de que los buques norteamericanos están en aguas chinas para proteger la vida de sus súbditos, en el caso de que las autoridades chinas anden remisas en el cumplimiento de su obligación, el gobierno de los Estados Unidos está dispuesto a negociar nuevos tratados por los que renuncie a la extraterritorialidad y a intervenir en la cuestión aduanera, porque América ve con simpatía el despertar del nacionalismo chino.



Eran lo
asolaban
mar, la é
nois. Un
que una
dos hasta
surcaba e
to el día
ricas mer
antiguas

De pro
y que seg
pirata. M
sa, la nav
ble, llega
se defienc
tativa de
daje, en v
lo cual se
los pira
cierta di
y comier
de allí u
incesante
ñón y m
tería.

Los es
tenían v
cañones;
de nada
vieron,
tan pro
mo un h
muerto
arma, o
de igual
libre. No

Esta l
cabo de
entrar a

El cap
tholome
dónde v
emular

Dueño
barco y
piratería

Cierte
en un
tres nav
llegado
para ha
superior

La aventura del pirata Bartholomew

Eran los días en que una nube de barcos piratas asolaban las costas de nuestras posesiones de Ultramar, la época sangrienta de los Morgan y los Olnois. Un galeón español, cargado de ricas mercancías que una tripulación de sesenta y dos hombres armados hasta los dientes estaba encargada de defender, surcaba el mar de las Antillas. Había salido del puerto el día antes, y volvía á España cargado de aquellas ricas mercancías que tan famosas hicieron a nuestras antiguas colonias.

De pronto, el vigía anuncia que hay barco a la vista, y que según todas las apariencias se trata de un barco pirata. Mientras los españoles se apresuran a la defensa, la nave desconocida, impulsada por viento favorable, llega junto al galeón; pero los tripulantes de éste se defienden valerosamente y logran rechazar la tentativa de abordaje, en vista de lo cual se retiran los piratas a cierta distancia, y comienza desde allí un fuego incesante de cañón y mosquetaría.

Los españoles tenían veinte cañones; pero de nada les sirvieron, porque tan pronto co-

mo un hombre intentaba acercarse a una pieza, caía muerto de un balazo; cada marinero que tocaba un arma, o se acercaba a una cuerda, o a una vela, caía de igual manera. La puntería de los piratas era infalible. No había modo de huir ni de defenderse.

Esta lucha singular, continuó durante seis horas, al cabo de las cuales los piratas pudieron impunemente entrar al abordaje, esta vez sin encontrar resistencia.

El capitán de aquel barco pirata se llamaba Bartholomew. Nadie ha sabido jamás quién era ni de dónde venía; pero evidentemente estaba dispuesto a emular las proezas de todos sus compañeros de oficio.

Bartholomew, sentenciado a muerte

Dueño del galeón, Bartholomew abandonó su viejo barco y con la nave conquistada dedicóse a ejercer la piratería en las costas de Cuba.

Cierto día, la nave del pirata disponíase a entrar en un puerto para hacer agua, cuando aparecieron tres navíos de guerra españoles. Los corsarios vieron llegado el término de sus hazañas y se prepararon para hacer una resistencia desesperada. Pero ante la superioridad numérica y la intrepidez de los marinos,

nada valía el valor y la ferocidad de aquellos tigres del océano. El galeón transformado en barco pirata, fué destruído, y sus tripulantes muertos o hechos prisioneros. Después, la flotilla española continuó su camino llevando en la sentina a sus cautivos. Al llegar a Campeche, anclaron los tres barcos y se permitió a la población la entrada en ellos. Precisamente, no muchos meses antes, había hecho Bartholomew de las suyas en aquel puerto, y tan pronto como entraron en las naves los primeros visitantes, reconocieron entre los prisioneros al jefe pirata.

Aquel reconocimiento fué su sentencia de muerte. Sin más preámbulos, se fijó el día para la ejecución de Bartholomew.

La fuga

Un hombre de temple de un capitán pirata no le

resignaba fácilmente a morir. Así, tan pronto como Bartholomew supo su sentencia, empezó a pensar en la fuga; pero la empresa no era sencilla. Se le había encerrado en un camarote aislado sobre cubierta y ante la puertecilla del mismo paseaba



constantemente un centinela, que espiaba hasta su menor movimiento.

Sin embargo, el corsario formó pronto su plan. Esperó a que se hiciese de noche, y cuando todos se encontraban entregados al sueño, después de prolongados esfuerzos, consiguió sacar una de las manos de las esposas. (En el mismo momento se abrió la puerta; era el centinela que, habiendo oído el ruido de los hierros trataba de averiguar su origen. Esto era precisamente lo que buscaba Bartholomew. De un golpe con las esposas tendió sin vida a su guardián, y en seguida, saliendo a cubierta, se lanzó al agua protegido por la oscuridad. Para el mejor éxito de su empresa, tuvo cuidado de llevar consigo dos botas de las que sus carceleros empleaban para darle el agua, las cuales había llenado previamente de aire de modo que pudiesen hacer el papel de vejigas.

Ya en el agua, el fugitivo midió con la vista la distancia que le separaba de la costa, en la que la luz de la luna esbozaba siluetas de árboles tropicales. Había, lo menos, una milla; una milla de agua agitada y negra, sobre la que se destacaban ráfagas fosforescen-

tes, producidas por la piel de centenares de tiburones. Pero ¿qué importaba todo esto si había una sola probabilidad de salvarse?

Perseguido por los perros de presa

Poco después, el capitán pirata ponía el pie en tierra firme. Su primera preocupación fué hacer desaparecer su pista, seguro de que apenas rayase el alba se lanzarían en seguimiento suyo feroces jaurías de sabuesos adiestrados en la caza del hombre. Buscó un riachuelo, y apenas lo hubo encontrado, lo remontó durante algunos kilómetros, con agua hasta medio muslo.

Al amanecer estaba rendido de cansancio. Encontró un árbol cuyas raíces salían sobre el agua formando una especie de pabellón y se ocultó bajo ellas. Poco después llegaban a sus oídos los ladridos de los primeros perros.

Durante cuatro días pasaron por aquel sitio numerosas partidas de hombres y canes en busca del preso escapado, el cual hubo de permanecer todo aquel tiempo escondido bajo las raíces, sin comer absolutamente nada ni beber más que el agua verdosa y nauseabunda del riachuelo. Júzguese cuál sería su emoción cuando un negro y un español tomaron asiento sobre aquellas mismas raíces para descansar de la persecución, y sobre la cabeza misma del que era objeto de ella pusieron a discutir sobre lo que harían con el premio ofrecido por su captura.

Al fin pareció cesar toda persecución y Bartholomew reanudó la marcha, una marcha penosísima, una verdadera odisea a través de la selva virgen. Medio desnudo y sin armas, se moría de hambre no atreviéndose a satisfacerla con hierbas y raíces por temor de que fuesen venenosas. Sus pies desnudos, desgarrados por las espinas, pisaban a cada momento asquerosos insectos y reptiles hediondos.

Un duelo a muerte con un yaguar

Una tarde, en un claro del bosque, Bartholomew encontró los restos de una hoguera. Aprovechó las últimas brasas e hizo una gran fogata. Después, desgajando una gruesa rama, la puso al fuego hasta que

empezó a retorcerse chisporroteando, y así obtuvo una especie de cachiporra.

Aquella misma noche pudo apreciar el pirata la utilidad del arma que acababa de fabricarse. Habíase encaramado a un árbol para dormir, por miedo a las fieras, y cuando empezaba a amanecer vino a despertarle el contacto de un cuerpo vivo y caliente. El pirata abrió los ojos y vió a su lado un yaguar. Bartholomew saltó al suelo, y la fiera se lanzó sobre él. La lucha fué breve y terrible. El hombre, animado por el valor que da la desesperación, logró esquivar las acometidas del animal y, asestándole tremendo golpe con su cachiporra, lo tendió muerto.

En seguida arrancó con los dientes la piel de la fiera y con ella envolvió sus pies ensangrentados. Después, sentándose sobre la fresca hierba, se dió un banquete de carne cruda.

Cómo se vengó el pirata

Todavía estuvo andando Bartholomew tres días por la selva. Al cuarto, llegó al término de la espesura y vió el mar y la playa. En ésta, a poca distancia, se veían dos tiendas guardadas por un centinela, y algo más lejos había un navío varado, cuyo casco calafateaban unos cuantos carpinteros. La alegría de Bartholomew no tuvo límites. Aquellos hombres eran piratas.

No hay que decir cuál sería el asombro de éstos al ver salir del bosque aquella figura rota y ensangrentada.

Bartholomew les contó su historia y pronto tuvo cien hombres dispuestos a secundarle en la venganza.

Pocas noches después, los piratas, llevando a Bartholomew al frente, presentábanse en el puerto de Campeche y atacaban al barco en que había estado prisionero. Todos los españoles que lo tripulaban fueron echados al agua, atados de pies y manos. Sólo se perdonó la vida a uno, a quien el capitán pirata envió a la ciudad con el romántico encargo de rogar a los habitantes que ofreciesen a las viudas y huérfanos de los marineros que acababan de morir, la cantidad prometida como premio de la captura del feroz corsario.



No es
clase de d
mente po
porque la
de Madri
detalles e

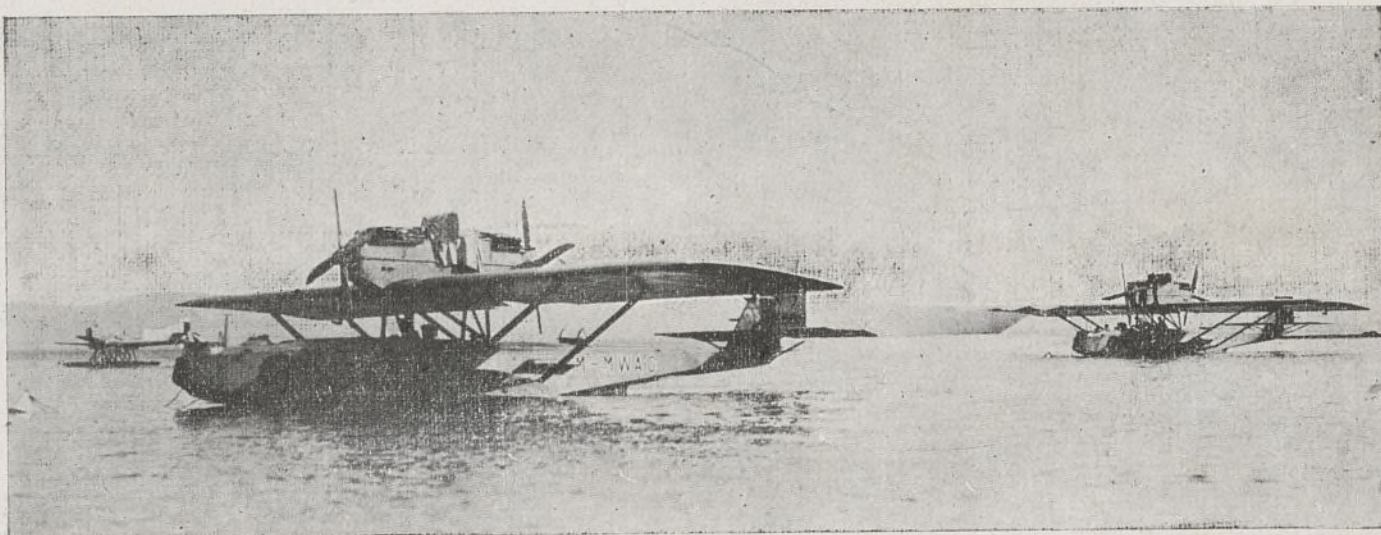
Salidos
de Melilla
cuenta lle
espléndido
aviones,
números

El nú
por el co
te, jefe d
el obser
ves; el
gento Na
nico, sol

El nú
por el cap
mano de
lla, con
Martínez
servador
y el me
sada.

Y el n
por el p
ménez;
tán Rub
capitán
nico, sol

Por u
en el mo
mero 5,
los avia
su propo
el 12, a
ñana sa



EL VUELO MELILLA-GUINEA

No es esta la ocasión de volver a dar con toda clase de detalles el vuelo a Guinea realizado recientemente por una escuadrilla española de hidroaviones, porque la prensa toda y particularmente "El Sol", de Madrid, dieron en su tiempo con toda clase de detalles esta expedición tan felizmente terminada.

Salidos el 10 de diciembre pasado de la base aérea de Melilla, a las ocho de la mañana, a las doce y cincuenta llegaban a Casablanca, después de un vuelo espléndido en el que los favoreció el tiempo. Los hidroaviones, eran los Dornier números 1, 5 y 7.

El número 1, tripulado por el comandante Llorente, jefe de la patrulla, con el observador, capitán Vives; el telegrafista, sargento Navarro, y el mecánico, soldado Naranjo.

El número 5, pilotado por el capitán Llorente, hermano del jefe de la patrulla, con el piloto capitán Martínez Merino; el observador, capitán Grande, y el mecánico, soldado Quesada.

Y el número 7, tripulado por el piloto, capitán Jiménez; otro piloto, capitán Rubio; el observador, capitán Cañete, y el mecánico, soldado Madariaga.

Por una pequeña avería en el motor del aparato número 5, no pudieron salir los aviadores, y como era su propósito, el día 11, pero el 12, a las ocho de la mañana salieron de Casablan-

ca, despedidos por el entusiasmo del vecindario congregado en los muelles. A las cuatro de la tarde llegaban a Las Palmas después de un vuelo feliz.

En Las Palmas, por causas del mal tiempo, permanecieron hasta el día 18 en que vuelto el buen tiempo, la escuadrilla "Atlántida" pudo salir de la bahía de Gando con dirección a Port Etienne, adonde llegaron a las tres y veinte de la tarde. En Río de Oro tuvo que amarrar el jefe de la escuadrilla para reparar una pequeña avería.

De Port Etienne salieron los aviadores a las diez y media de la mañana del día siguiente y llegaron a Dakar a las dos de la tarde.

El día 20, a las ocho y media de la mañana, se elevaba la escuadrilla "Atlántida" y a las seis menos diez minutos tenía cubierto el trayecto entre Dakar y Konakri.

La etapa de Konakri a Monrovia se efectuó, según noticias de París, el día 22, y por despachos recibidos de Konakri en Londres y por radios que tuvo la Dirección de Marruecos y Colonias se confirmó que la etapa se hizo el día 22, llegando a Monrovia a las doce de la mañana.

El día 23, a las nueve y treinta, salieron de Monrovia los hidros de la "Atlántida" y llegaron a mediodía a Gran Bassam.

De Gran Bassam remon-



El comandante Llorente, jefe de la escuadrilla "Atlántida."



Itinerario del vuelo seguido por la escuadrilla "Atlántida"

taron el vuelo y a la una y veinticinco de la tarde pasaban sobre el río Aka, que está a mitad del recorrido Gran Bassam-Lagos.

En Lagos amararon los hidros a las cinco de la tarde.

El poblado contempló con entusiasmo a los aviadores y les aplaudió y felicitó con alegría.

Los aviadores, antes de descender dieron tres vueltas sobre la ciudad y amararon después en el lago donde se hallaba instalado el dique de reparación de buques.

A lo largo de los muelles se apiñaba una muchedumbre enorme, que acogió con delirante entusiasmo a los hidroaviones; era la primera vez que los habitantes contemplaban artefactos de esa clase.

En la mañana del día 25 a las nueve y media, y después de llenar los depósitos de gasolina, los "hidros" de la "Atlántida" reanudaron el vuelo con dirección a Fernando Poo.

A las cuatro de la tarde amaraban majestuosamente en el fondeadero que se les había asignado en Santa Isabel.

El general Núñez de Prado, ilustre aviador, con todas las autoridades y un enorme público delirante de entusiasmo, tributaron un recibimiento emocionante a los aeronautas.

Los aviadores fueron llevados en triunfo desde la

ensenada de Biafra al Gobierno general.

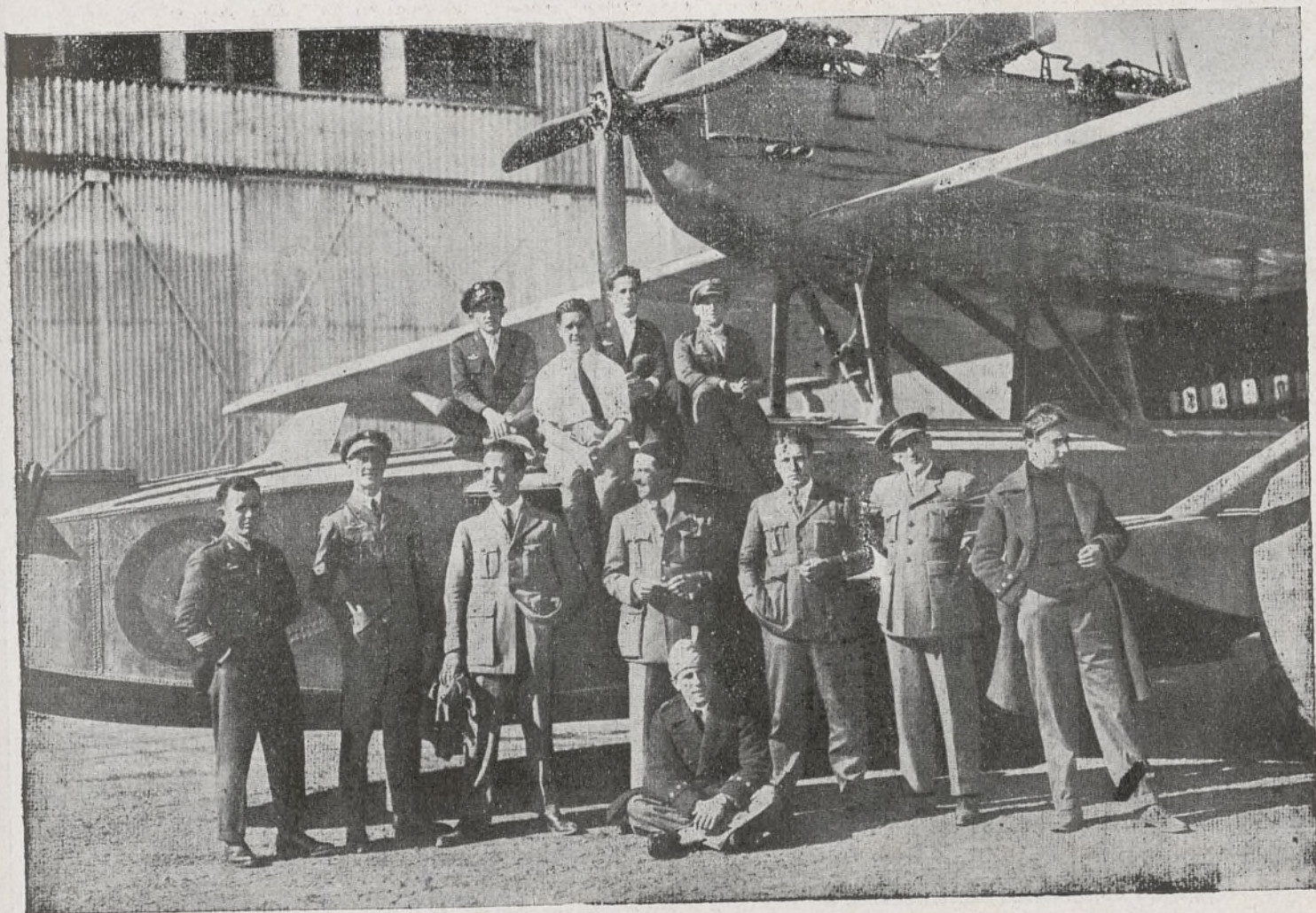
Pero no es esta la parte más importante del vuelo ni el trabajo de los aviadores se limita a llevar sus pájaros de acero por lugares en que hasta ahora eran desconocidos.

Conseguido el efecto político sobre la población blanca y de color, y apagado el bullicio de entusiasmo, empieza la escuadrilla su más valiosa labor, callada y sin otras resonancias que las que lleguen de sus vuelos de exploración a los centros técnicos, que, al poner en orden las fotografías de todo el territorio, obtendrán un plano, si bien menos detallado que los de Iradier y los más completos de D'Amon-te, más útiles que los de esos exploradores que en su escasez de medios y en su incomunicación por falta de caminos y veredas frecuentemente inundados en época de lluvias y muchas veces impracticables para europeos con aparatos, impedimenta y servidores, hacían trabajos parciales.

En los planos fotográficos de los aviones se han de basar los trabajos posteriores para un levantamiento planimétrico formal de la Guinea continental, especialmente, pues Fernando Poo es casi su totalidad conocido palmo a palmo por los europeos, y no sería necesario tal viaje para este objeto.



El "Cabo Falcón" que llevaba la provisión de gasolina y que acompañó a los aviadores en la primera etapa de Melilla al puerto de Las Palmas.



Tripulantes, observadores y mecánicos de los tres hidroaviones Dornier que componen la escuadrilla "Atlántida."

Levantar un plano fotográfico recorriendo aquellos parajes es de tal punto imposible, en primer lugar, porque la vegetación exuberante cierra el horizonte y no hay medio de efectuar la triangulación del terreno, y después, porque el que a tal empresa se aventurase, tendría que luchar, en su marcha, con las dificultades inherentes a las zonas que nadie ha osado atravesar; como son, abrirse paso a través de espesísimos bosques y luchar con frecuencia con las fieras que viven en ellos.

La fotografía en su aplicación a la topografía salva los inconvenientes, ya que hoy es de todo punto realizable la obtención de un plano topográfico desde un globo o un avión, por medio de la fotografía.

El toposeriógrafo resuelve por completo la cuestión pues con él, por medio de sucesivas fotografías tomadas a la misma altura, se obtiene la planimetría instantáneamente y la altimetría se deduce de ciertos cálculos sencillos.

El toposeriógrafo es como otras muchas cámaras automáticas para la obtención de fotografías aéreas en que la duración de la impresión de una fotografía a otra es reglable por un dispositivo de velocidades intercalado en la transmisión del motor, que sirve para ponerlo en movimiento. Este dispositivo está al alcance del observador, y distrae muy poco su atención, hasta el punto de que podría en un aparato de una sola plaza manejarlo el piloto.

El mecanismo del toposeriógrafo está accionado por un motor eléctrico, que va sujeto por tornillos en el fondo del aparato y efectúa todas las operaciones sincrónicamente desde el momento que el observador o piloto ponga el toposeriógrafo en conexión con su motor. Este aparato emplea placa-película en rollo. Fué creado en la gran guerra por la necesidad de dejar al observador fotográfico no sólo en libertad de movimientos para defenderse con sus ametralladoras, sino el poder dedicar también su atención al examen de la zona enemiga, estudio de sus obras, baterías, etcétera; se necesitaba, pues, que las operaciones de escamoteo, montaje del roturador y disparo, necesario para cada impresión, quedasen totalmente suprimidas, y esto se consiguió con los aparatos automáticos de que estamos tratando, en los que basta, una vez calculadas la exposición e intervalo de disparo correspondiente (según la altura y velocidad del avión), poner en marcha el aparato por medio de un contacto eléctrico y vigilar de vez en cuando si los registradores indican su buen funcionamiento.

De este modo, y pasando por la vertical del asunto elegido, se va impresionando una película de él, abarcando una extensión, que naturalmente, depende de la altura, foco del objetivo y tamaño de la película. Este aparato de construcción alemana es perfeccionadísimo.

El vuelo directo

El día 19 toda la Prensa de Madrid y provincias publicó extensas informaciones y fotografías relacionadas con el vuelo directo de Sevilla a la Guinea. Técnicos prestigiosos, en largas columnas, explicaban e por be las características del aparato.

En el aeródromo de Cuatro Vientos, a las diez de la mañana, se congregaron los coroneles de Aviación, Castejón y Kindelán, muchos jefes y oficiales de Aeronáutica y gran cantidad de público.

Cuando Barberán y González Gil subieron al aparato se les tributó una cariñosa ovación.

Pocos minutos después se supo que el aparato que debía cubrir 4.300 kilómetros, y en el que había puestas tantas esperanzas, había aterrizado en Torrejón de Velasco, partido judicial de Getafe, provincia de Madrid, y sin llegar siquiera a la frontera de la provincia de Toledo.

Los capitanes Barberán y González Gil regresaron a Cuatro Vientos.

Una avería en este vuelo a Sevilla, por haber forzado el motor, impidió que el "Loring R. III" realizara el vuelo directo; pero los aviadores no han desistido de su empresa y esperan la ocasión favorable mientras prueban el aeroplano con vuelos continuados en los que se han conseguido resultados realmente satisfactorios.

Uno de los últimos vuelos ha sido el realizado por los señores Barberán y González Gil, quienes durante quince horas volaron sobre el sur de España y el norte de Africa y pudieron poner a prueba el aparato, todo él de construcción española.

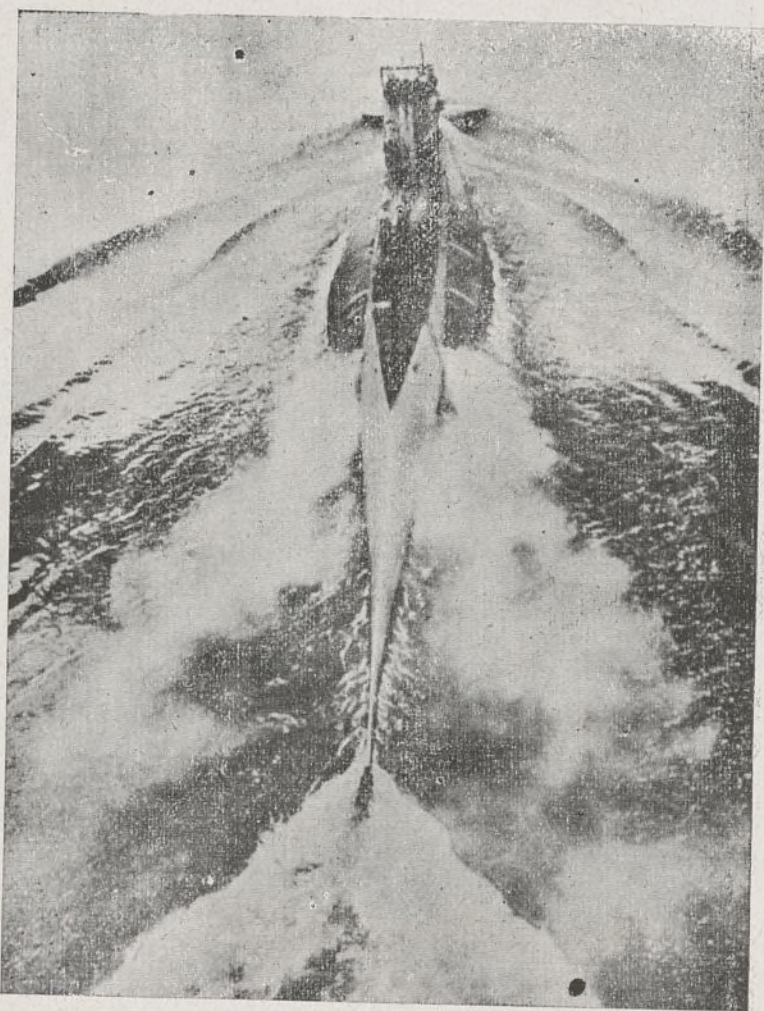
Se espera que muy pronto se realice esta hazaña de unir en vuelo directo Guinea con la Península, atravesando el desierto de Sahara.

Mientras tanto, la escuadrilla "Atlántida" ha terminado sus trabajos en Guinea y ha comenzado el vuelo de regreso, del que se espera que sea un éxito como lo fué el de ida.

La labor de nuestros aviadores, comenzada hace muy poco tiempo, ha alcanzado inmediatamente gran preponderancia por razón de la perfecta preparación de nuestros aviadores. El vuelo a Buenos Aires, el de Manila, este de Guinea y los realizados por el capitán Jiménez y otros pilotos expertísimos, nos han puesto en el extranjero a la altura de las demás naciones.

La Asociación Internacional de Aviación, reunida en París, ha premiado a Franco, Alda, Loriga y Galarza, por haberse distinguido durante el año 1926, y el primer premio, consistente en el título de mejor aviador y diez mil francos, se ha atribuido a Pelletier D'Oisy, después de una reñida lucha entre los partidarios de concedérselo a Franco y a Allan Cobham.

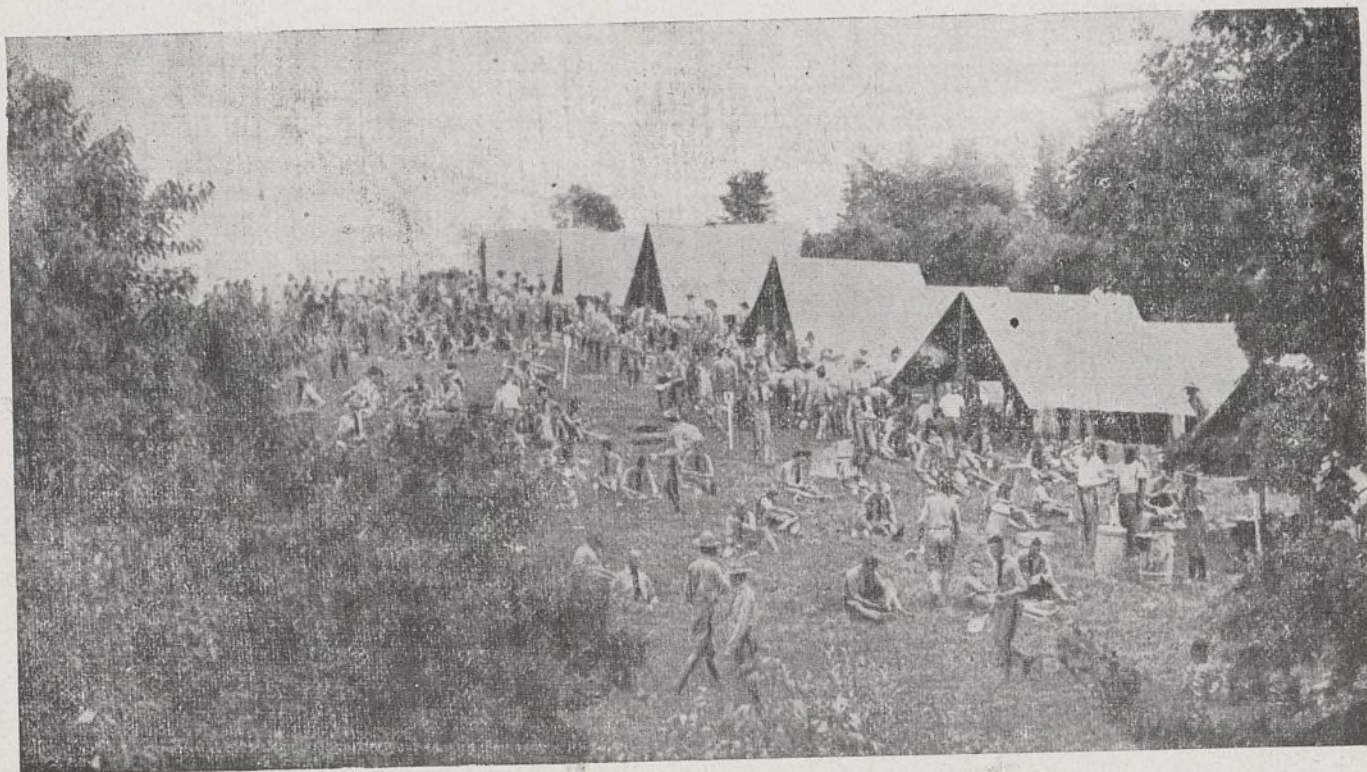
FUERZA Y BELLEZA



Las antiguas embarcaciones, inclinadas y deslizándose sobre el mar, sin ruido y sin dejar, por decirlo así, la más pequeña huella de su paso, tenían una belleza graciosa y casi aérea. En su marcha lenta, el agua se cerraba en su popa sin producir olas.

Pero la ciencia moderna ha venido a cambiar completamente este espectáculo para proporcionarnos otro que también subyuga aunque de otra manera. La embarcación grácil ha dado lugar a otra más poderosa; el aspecto aéreo se ha convertido en algo que podía llamarse aeronáutico. El agua, antes suavemente movida como por la caricia del viento, se quiebra violentamente y se abre en olas paralelas. De este conjunto se desprende una impresión de poder y de brutalidad, mientras que la embarcación antigua daba más bien la impresión de calma y suavidad.

La forma del submarino es más afilada detrás que delante, porque la depresión y la succión producidas por el paro de esta caricia rápida son más molestas a la marcha que la resistencia del agua a ser cortada por la proa. Los peces tienen la misma forma: cabeza redonda, cola estrecha. Se desprende del submarino una nubecilla: son los gases de los motores Diessel que propulsan el buque en la superficie. Así va el progreso. Todavía no ha destruido el pasado y ya se nos presenta a nuestros ojos con grandiosas y encantadoras visiones que hacen mayor el contraste con la vida de ayer y la vida de hoy.



Campamento de tropas norteamericanas en maniobras.

El nuevo uniforme del Ejército norteamericano

Norteamérica cuida de su ejército con una atención que manifiesta su enorme vitalidad. Con las enseñanzas tenidas por su intervención en la Gran guerra, sus métodos de enseñanza cambiaron radicalmente y las prácticas y ejercicios constantes formaron al nuevo soldado, cuya militar educación le hace encontrarse preparado para cualquier eventualidad.

Las normas inglesas que adoptaron, van desapareciendo lentamente en una orientación propia. Su potencia marítima ocupa un lugar preeminente en las escuadras del mundo. Sus fuerzas aéreas están dotadas con los aparatos más potentes y novísimos, y su ejército, en general, cuida de conquistar una supremacía mundial.

Nada regatean para ello. Hasta en el uniforme buscan un modelo vistoso para desterrar el equipo de color kaki, demasiado sencillo y vulgar.

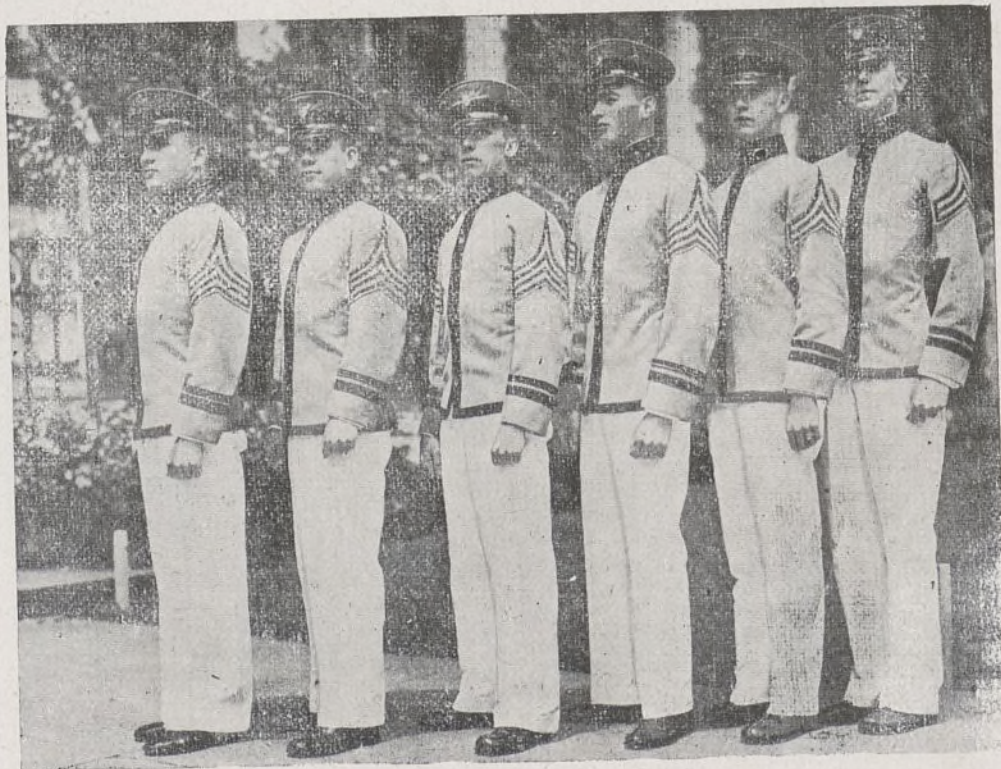
Es costumbre

en el ejército norteamericano de vestir a sus soldados con trajes hechos a la medida y procurar que lo vistan con el mayor aseo y marcialidad. Es común verlos paseando dos a dos, tres a tres, alta la cabeza, saliente el pecho, paseando bullangueros por los paseos céntricos.

En nuestra fotografía puede apreciarse el nuevo modelo adoptado, en el cual quieren armonizar la visualidad del mismo con la sobriedad de un corte elegante, dentro del aspecto práctico que debe presidir en la elección de esta clase de trajes.

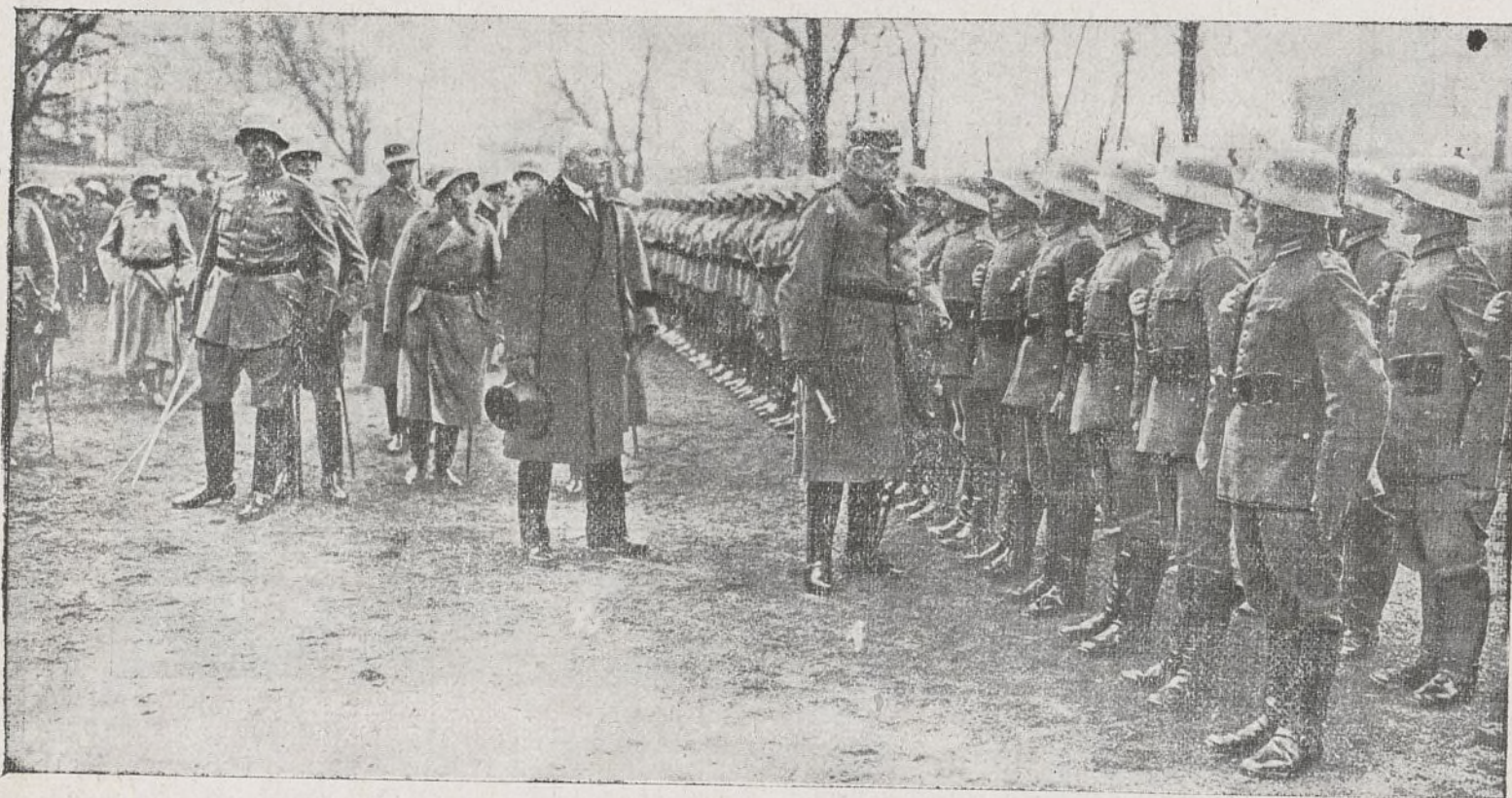
Todo ello tiende a que el voluntario se adentre en la vida militar con pequeños detalles como éste, que le sugiere un prestigio de la nueva profesión al que piensa alistarse como soldado.

Y así, el ejército norteamericano pronto será el primero por su instrucción y su organización detalladas.



Grupo de cadetes de la Escuela militar de West Point con los nuevos uniformes adoptados por el gobierno norteamericano

Hindenburg en la nueva Escuela de Infantería de Dresde



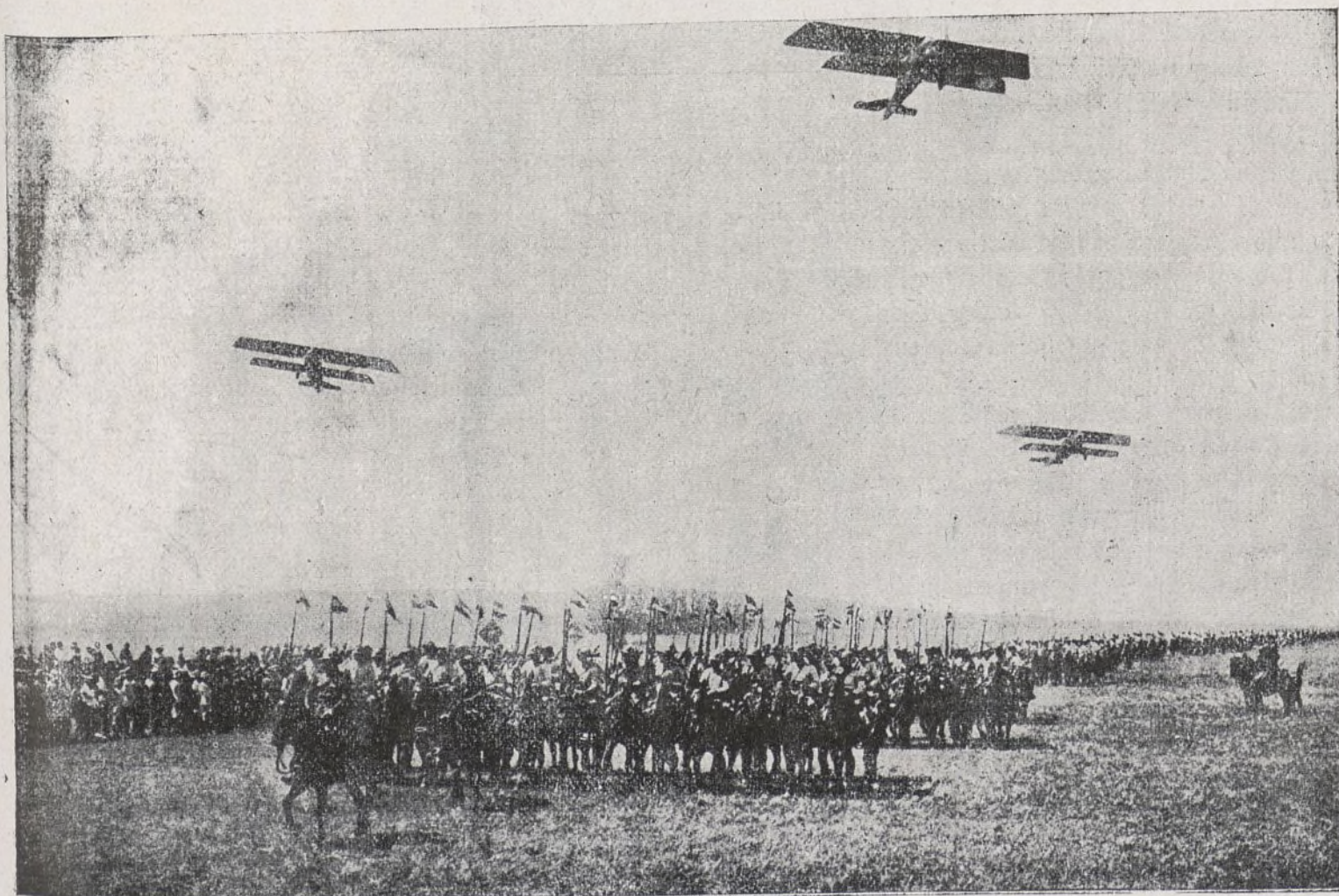
Dos momentos interesantes de la visita hecha recientemente por el general Hindenburg a la nueva Escuela de Infantería creada en Dresde. En la fotografía de la parte superior el mariscal aparece con el doctor Gessler, jefe de la "Reichswehr", la guardia nacional alemana, y con el general Von Amsberg, director de la nueva Escuela militar. Puede apreciarse en estas fotografías la marcialidad y uniformidad y el perfecto estado de instrucción de las fuerzas que revista el Presidente de la República alemana.



Maniobras del ejército argentino en Moceretá



En Moceretá se han celebrado interesantes maniobras del ejército argentino, en las cuales se han puesto de manifiesto su preparación técnica y el moderno material de guerra con que está dotado. Las dos fotografías que publicamos dan perfecta cuenta de la importancia de los ejercicios llevados a cabo. En la primera aparecen los agregados militares a las legaciones extranjeras acreditados en la Argentina y algunos jefes concurrentes a las maniobras de las tropas del ejército en Campo de Mayo, y la segunda el desfile final de las tropas y los aeroplanos militares al terminar los ejercicios.



TEATROS

En el Teatro muchos siguen siendo los llamados y pocos los escogidos; aunque si bien lo vemos son pocos los llamados y cada vez van siendo menos también. La pasada generación va, poco a poco, cayendo en el fondo de su agotamiento, y quitando la siempre igual imaginación de Muñoz Seca (unas veces acierta y otras no) y algún destello de Benavente, el buen Benavente que no llega sin embargo a "La Malquerida", va poniéndose en el primer plano una generación nueva que sin llegar a ser lo que la anterior en sus buenos tiempos, ocupa los carteles de los teatros con el beneplácito del público. Puede en esta nueva generación considerarse a Marquina, que este año con "Fruito bendito" ha dado una nueva idea de su capacidad versificadora y de su honda preocupación de renovación del Teatro. Puede en ella considerarse también a Ardavín, quien por haber empezado muy temprano parece veterano ya. Y juntos a ellos están Luis de Vargas, que con "Charlestón" dió el éxito de la temporada a Loreto y Chicote, y Luis Manzano que hizo la misma buena obra con Alba y Bonafé en el Alkazar, dándoles "Doña Tufitos", y Juan Ignacio Luca de Tena que es quien con mayores vuelos ha entrado en el Teatro por la puerta grande y en el puesto que consiguió allí se sostiene firme y seguro. En la presente temporada no ha estrenado hasta la fecha otra cosa que "El huésped del Sevillano", con Reoyo y el maestro Guerrero, en Apolo. Esta obra, de la que no se puede decir que sea de calidad igual a otras por Luca de Tena estrenadas, es un motivo bien ordenado y comprendido para darle al maestro Guerrero ocasión de hacer música toledana, música que el joven maestro siente porque es la de su patria chica. En este sentido, el libro de Luca de Tena y Reoyo llena un propósito a las mil maravillas y Apolo se sacó la espina de una temporada desdichada que llevaba por culpa de los estrenos anteriores. Luca de Tena prepara y próximamente se estrenará en Lara, una comedia. Y se habla de otras dos o tres comedias que las empresas se disponen a estrenar próximamente.

Al lado de estos autores, está Joaquín Dicenta, quien abandonando decididamente el teatro cómico (cómico con minúscula ¿eh?), vuelve por el Teatro

de sus primeros tiempos con tanto éxito continuado con "Son mis amores reales". La compañía Díez Artigas tiene una comedia en verso que seguramente será estrenada la temporada presente. También esta compañía lleva una obra de José Castellón, que al ser estrenada en Oviedo alcanzó un lisonjero y merecido éxito. José Castellón, a quien puede considerarse como novel, es una promesa para el teatro del porvenir.

En Lara estrenó también un autor casi novel, José L. Mayral, y tuvo un éxito rotundo con su comedia dramática en tres actos y en verso, "La jaca torda". Compaginar la labor de crítico con la de autor, es un trabajo meritísimo, pese a los destructores de esta simultaneidad. La crítica suele ser negativa casi siempre en España y cuando al sentido crítico se añade el afán creador, hay muchas probabilidades de que la crítica pueda realizar una labor verdadera con la que beneficie el público y el autor. Para esto no basta entender de Teatro, porque se tenga espíritu crítico; es necesario saber hacer Teatro, conocer el defecto, la buena cualidad y los "¿por qué?" de ambos. De otro modo, el crítico se limita a hacer una reseña con la peor intención

posible, procurando que los defectos que creyó encontrar se vean agrandados a través de sus líneas, cuando no se los lanza a la cara del autor como un par de bofetadas a las que no se puede responder de la misma manera. Rusia así lo ha entendido y en la escuela de periodistas que ha creado, exige que el crítico sea un autor que haya tenido éxito por lo menos con una obra. De esta manera podrá entrar en la "cofradía" algún exigente, pero no será el tipo de hombre amargado el que se prefiere para criticar la labor de quien con buena fe busque aplausos y dinero. Con este procedimiento, ya lo hemos dicho, se beneficiará el público y el autor. Y en España, el Teatro joven no verá cortadas sus alas apenas las mueva en el primer intento.

A punto de entrar el número en máquina nos enteramos de dos estrenos más. El de los hermanos Ramos Martín "Así se pierden los hombres", con música de Soutullo y Vart, que ha sido un fracaso en Apolo, y el de Paradas y Jiménez "El sobre verde", en Barcelona.



Juan Ignacio Luca de Tena, autor de "El huésped del Sevillano".

EL COMBATE A CABALLO NO HA PASADO A LA HISTORIA

Después de la guerra ruso-japonesa y europea ha habido muchos escritores militares que sostienen que ya ha terminado para siempre el rol de la antigua caballería y que sus legendarias cargas lanza en ristre han pasado a la historia debido a la modernización de la artillería y al mortífero efecto del fuego de ametralladoras.

Desgraciadamente, entre los autores que atacan las cargas de caballería figuran algunos oficiales del arma: pero lo que es más sensible es que clasifican de "pobre objetivo de caballería" a las múltiples misiones en que le tocará actuar. Más todavía: sostienen que su papel está en llevar sus fuerzas rápidamente donde sea oportuno para sorpresas, flanqueos, defensas y ataques de punto del terreno, pero solamente como cooperación a las otras armas, es decir, como infantería montada.

Penoso es para nosotros, los oficiales del arma, que tanto hemos trabajado por mantener su espíritu tradicional, leer artículos firmados por compañeros, que con legítimo orgullo llevan la guerrera celeste olvidando, tal vez, en un momento de ofuscación, el importantísimo rol táctico y estratégico de la caballería, la existencia del combate a caballo en la guerra de movimiento y, lo que es peor, estimando al caballo como un mero medio de locomoción.

No es mi ánimo entrar en una polémica sobre si es o no posible en los tiempos actuales el combate a caballo en las unidades mayores que el escuadrón o si es tal o cual su verdadero papel; pero sí que pienso probar a mis compañeros que no sólo en la guerra ruso-japonesa sino también en la última gran guerra ha habido cargas de caballería con éxitos muy halagadores.

La mayor parte de los autores europeos que atacan las cargas de caballería se basan en la famosa carga del capitán Kasorotov, que lo hizo contra una batería japonesa con un escuadrón de cosacos y fracasó en su intento.

Pero no analizan que la carga se llevó a efecto en un campo abierto y que durante el ataque, Kasorotov y todos los oficiales fueron muertos recayendo el comando del escuadrón en manos de un sargento. El escuadrón fué mal conducido por el sargento hasta 10 pasos de los cañones enemigos y por falta de exploración se precipitó en una alambrada donde murió el sargento.

La tropa, sin comando, no encontró qué hacer y se retiró sin capturar los cañones cuando sólo a veinte pasos del punto donde estaban había campo sin alambrados.

En vista de este fracaso, el Inspector general de la Caballería rusa, el Gran Duque Nicolás, se preocupó intensamente de la instrucción de su arma, pero considerando la carga como el primer y primordial objetivo de la caballería.

Las espléndidas cargas de la caballería rusa durante la última guerra mundial, son una gloria del Gran Duque Nicolás y sus generales de caballería, quienes también fueron siempre partidarios de la carga.

Casi desde el primer día de la guerra, en las llanuras de la Galicia, en la Prusia Oriental y en la Polinesia, empezaron una serie de ataques de caballería a cual de todos más brillantes.

Entre las más destacadas de estas cargas citaré las siguientes:

La del 4 de agosto de 1914, cerca de la aldea de Gerodoc, por los cosacos de la 1.ª línea del Regimiento Coulán de la II División unida de cosacos contra los



El Alto Comisario General Sanjurjo y a su izquierda el heroico capitán de la Legión D. Fernando Lizcano de la Rosa, a quien solemnemente se le ha impuesto la cruz laureada de San Fernando

Húsares Húngaros del General Zarembo.

La carga de este mismo primer Regimiento de línea y la captura de una batería cerca de Bouchach en agosto de 1914. Este ataque empezó a una distancia de seis kilómetros de su objetivo.

Un teniente y varios jinetes avanzaron a un kilómetro del Regimiento como exploradores. A dos kilómetros de la batería húngara encontraron un gran pantano que sólo tenía dos pasos, que fueron descubiertos por los exploradores.

El Regimiento atravesó por estos parajes, se dispersó rápidamente y llegó hasta la batería húngara. Los artilleros húngaros se refugiaron bajo las piezas haciendo fuego con sus pistolas, pero todos fueron pasados a sable por los jinetes rusos y a pesar de la intervención de un escuadrón de Húsares húngaros, que protegía la artillería, ésta cayó en poder del enemigo.

La captura de una batería alemana en la Prusia Oriental en agosto de 1914 por el Regimiento de guardias "Konny".

El capitán Barón Weangnell fué quien con su escuadrón se apoderó de los cañones. Este mismo oficial fué más tarde el General en Jefe del Ejército contra los bolcheviques.

La carga de la XII División de Caballería bajo las órdenes del general Kadeline durante la gran batalla de Galicia (agosto de 1914) contra la infantería austriaca atrincherada. En esta carga se capturó las trincheras y toda la infantería.

La carga del primer Regimiento Volgky de cosacos a cargo del coronel Pecajay contra tres líneas de trincheras austriacas ocupadas por infantería y ametralladoras en las cercanías de la aldea Vetrzino en diciembre de 1914. Las trincheras fueron tomadas, pero del Regimiento murieron el coronel, siete oficiales y como cien cosacos. Estas enormes pérdidas se debieron a que la tropa no usaba lanzas y con sus sables no podían alcanzar a los infantes que se oculta-



El bravo Jefe de la Legión Extranjera Millán Astray, al frente de sus soldados durante la ceremonia

ban en zanja para reanimar sus fuegos tan pronto como les era posible.

Largo sería seguir enumerando todas las cargas de caballería habidas en el frente oriental durante la última Gran guerra, pero estoy seguro que los nombres de los generales de caballería que defendieron las cargas serán por muchos años recordados en vista de los buenos éxitos obtenidos.

Como dato ilustrativo, quiero dar a conocer a mis compañeros de arma la respuesta dada por el general Foch.

Respondiendo a una consulta hecha por el coronel Pedro P. Martínez, del ejército peruano, sobre el empleo de la caballería, con las

armas de fuego y con las armas blancas, publicada en la revista del Ejército y de la Marina de Méjico, dice:

"En los países accidentados como el Perú, particularmente para reforzar un punto importante que la infantería no puede alcanzar rápidamente, y en donde, por consecuencia, sean difíciles las comunicaciones, pueden hacerse intervenir las ametralladoras en auxilio de los escuadrones vecinos; quiere decir que su lugar es en la reserva del Regimiento de Caballería.

Resulta de ahí que sin quitar a la caballería su carácter de arma montada, no será nunca superfluo instruirla para combatir a pie, y en el tiro, haciéndole conocer las armas de fuego, inspirando confianza en ellas y dejando la intervención de los sables para las conclusiones.

La carabina y la ametralladora serán las armas del principio o de la mañana; el sable, armamento final o de la tarde."

Para terminar quiero traer a la memoria de los que impugnan las ideas que dejo expuestas, los artículos del teniente coronel inglés y ex-adicto en Chile, Rusel R. M. sobre "La Caballería Británica en Palestina, 1917-1918", publicados en los Memoriales del Ejército de Chile de febrero, marzo, abril y mayo de 1922.

H. GOMEZ

Mayor de Caballería.



LA SUPERCHERIA DEL FAQUIRISMO

El notable periodista francés, señor Paul Henzé se ha dedicado desde hace tiempo a criticar ciertos fenómenos que se pretendían presentar como maravillosos. El fué quien tomó la iniciativa de la famosa investigación que hizo la Sorbona sobre el ecto plasma y quien confundió a los mediums que decían producirlo.

El faquirismo no es una novedad. Existe en la India desde hace siglos y todos los viajeros que regresan de aquellas regiones, se complacen en contar estupendas manifestaciones de esta religión. ¿En qué cantidad hay que pretasr crédito a estas manifestaciones?

El propósito del señor Henzé ha sido estudiar este asunto, porque los faquires han estado de moda en Europa este año. En Madrid, no hace mucho tiempo, fué el circo de Price teatro de estas exhibiciones que dió mucho que hablar a la prensa diaria.

El señor Henzé convocó hace pocos meses a numerosas personalidades de la ciencia para reproducir ante ellos las experiencias realizadas por los faquires. Después de haber eliminado aquéllas en que sólo se trata de ilusionismo de trucos, como la catalepsia, hizo los ejercicios de la plancha de clavos y de los alfileres.

Una tabla de un metro 50 de longitud y 0,50 metros de ancho por 2 cm. de grueso llena de clavos de 10 cm. de altura colocados en rectángulos de 5×4 centímetros fué colocada en el suelo y sobre ella se hizo poner el señor Henzé con el torso y las piernas al desnudo, y sobre este lecho de aspecto terrible, permaneció durante unos minutos. Cuando se levantó presentaba en la región dorsal algunas depresiones con eritema, producidas por los clavos.

Uno de los médicos presentes cogió unos alfileres de los llamados agujones de sombrero, y le traspasó ambas mejillas de la forma como aparece en la fotografía. Paul Henzé conservó puestos estos alfileres durante un cuarto de hora, tiempo necesario para dejarle examinar y para que se tomaran fotografías y radiografías. Luego fueron retirados los alfileres según sus indicaciones y, como había previsto, de

uno de los orificios salió sangre mientras los otros dos permanecían secos.

Con esto demostraba el Sr. Henzé que era innecesario el estado especial de insensibilidad que dicen necesario los faquires, pues estas experiencias no producen ningún dolor sino, todo lo más, una pequeña molestia fácilmente soportable. Además ha puesto de manifiesto que no se necesitan dotes especiales sin ninguna preparación, pues el Sr. Henzé se ha revelado faquir al primer intento y ha demostrado que el faquirismo está al alcance de todos y, por consiguiente, no existe en estas demostraciones públicas.

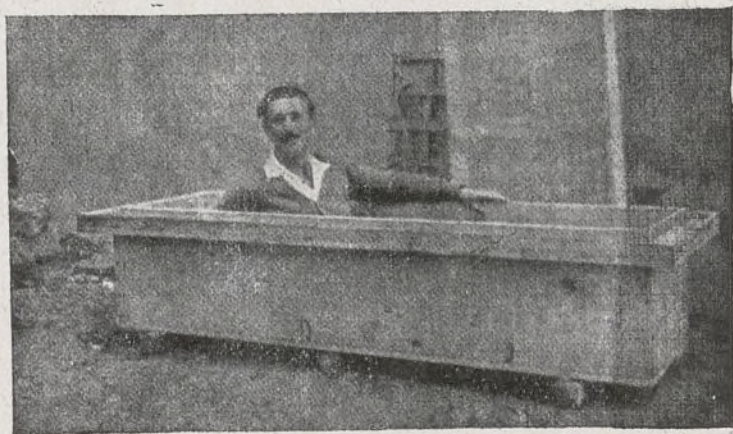
Pero como en estas demostraciones había realmente una laguna que llenar, posteriormente, el señor Henzé ha completado sus demostraciones. Había que explicar cómo algunos faquires se encerraban y enterraban durante cerca de una hora en sarcófagos de dimensiones corrientes; era preciso ver cuánto podía resistir un hombre normal la permanencia

encerrado en estas condiciones sin daño alguno.

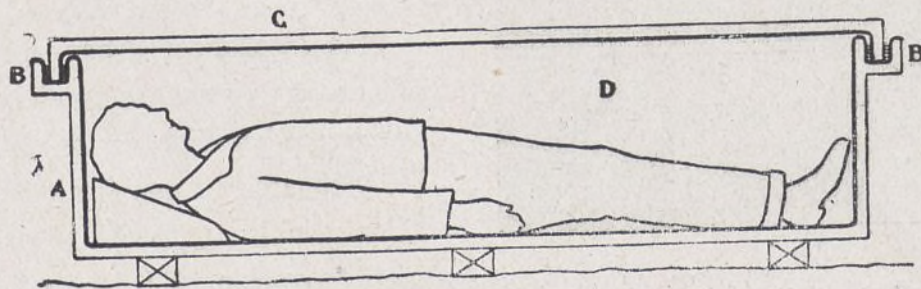
Teóricamente, con un ritmo de 16 aspiraciones de medio litro de aire por minuto se conseguiría permanecer 50 minutos en ese encierro que viene a tener 400 litros de aire. Pero en la práctica, el aire expulsado por los pulmones, contiene oxígeno y se forma una nueva mezcla. Además, a medida que se vicia la atmósfera, se acelera el ritmo respiratorio. Los sabios, consultados, dieron respuestas que variaban de 15 a 40 minutos.

Fiel a su método de experimentación directa, Paul Henzé hizo construir una caja herméticamente forrada de zinc soldado y cuya cubierta encajaba en una canal llena de agua. El aislamiento era completo por lo tanto.

Ante varios testigos, entre ellos varios doctores en Medicina, Henzé se hizo encerrar en esta caja, cuya capacidad era de 469 litros (de los que hubo que deducir los 70 litros equivalentes al volumen del cuerpo.) El paciente permaneció durante el encierro en comunicación con los testigos por unas se-



El señor Paul Henzé preparándose a hacer la prueba de su enterramiento.



Vista del aparato empleado por el señor Henzé en su reciente experimento.

ñales convenidas y sólo después de hora y cuarto dió muestras de sentir incomodidad. Fué puesto en libertad y se hallaba ligeramente congestionado y durante unos minutos su respiración fué fatigosa. (De 40 a 45 inspiraciones por minuto.)

Según sus observaciones, la sensación de malestar y la aceleración del ritmo respiratorio comenzaron después de los 50 minutos, lo que no impidió la prolongación de la prueba.

De estas pruebas, en las que hay que alabar la audacia y la virtud convincente, resulta que un individuo normalmente constituido puede subsistir durante hora y cuarto en 400 litros de aire sin experimentar ningún trastorno serio, y los entierros de faquires han durado mucho menos tiempo, sin contar con que las exhibiciones hechas en los "music-halls" los faquires se encierran durante unos minutos nada más en sarcófagos que no son herméticos.

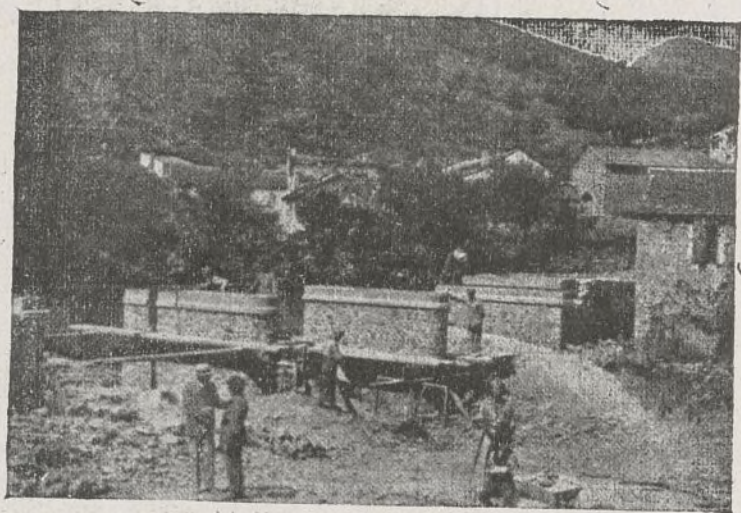
Utilización práctica de las maniobras militares

Muchas veces se han escrito fantasías acerca de las ocupaciones civiles en que se emplea al soldado durante su servicio en activo. Pero he aquí—y este es un caso poco corriente casi sin precedentes—que los soldados franceses han sido encargados de realizar una obra de interés público en un pequeño pueblo francés del Mediodía.

San Marcial, del departamento del Hérault, de unos cien habitantes, está atravesado por un río—un río que en algunos sitios es solamente un arroyo—, el Cessiere, cuyos desbordamientos en tiempo de tormenta o en invierno son verdaderamente terribles. Cuando llueve (y allí llueve con la violencia de las



Los soldados franceses, en sus maniobras realizan la obra práctica de construir una carretera



Puente construído por el ejército francés durante unas maniobras

regiones meridionales) el río se hincha, sale de su lecho y corta las comunicaciones entre el país y los lugares cercanos de aprovisionamiento. Añádase a esto que la carretera que conduce a San Marcial es execrable.

Pues desde hace poco tiempo todo ha cambiado completamente: se ha empedrado el camino, que se ha convertido en una magnífica carretera, y se han construído dos puentes. Y esto lo ha realizado una compañía del 2.º parque de ingenieros, de guarnición en Montpellier, que ha dedicado sus maniobras anuales a trabajos tan eminentemente prácticos, necesarios y al mismo tiempo dentro de sus estudios. Alegrementemente lo han hecho los pontoneros y zapadores, y gracias a ellos, campos que hasta ahora eran inaccesibles se cultivan con facilidad, y el pueblo no tiene la amenaza de verse aislado de los restantes del cantón.

Se trata, realmente, de un hecho bastante nuevo, en el que seguramente ha influído mucho la enseñanza adquirida durante la guerra y no hay que olvidar que han tenido buena parte en la iniciativa las autoridades civiles del Hérault que la han provocado y las militares que han dado su consentimiento y cuantas facilidades han tenido al alcance de su mano.

Estas enseñanzas deben aprovecharse en todas las naciones y destinar las maniobras de sus ejércitos respectivos al beneficio de los obras públicas en los pueblos y lugares en que sus prácticas se desarrollen.

Con ello las naciones tendrían la recompensa del dinero invertido en las prácticas militares, en beneficio de la cosa pública.



Utilización de la energía térmica de los mares tropicales

En la Academia de Ciencias de París, el señor Georges Claude explicó recientemente el invento realizado por él y su compañero Paul Boucherot, según los cuales se pueden extraer de los mares tropicales millones y millones de caballos vapor.

Ambos inventores no son utopistas, sino poderosos realizadores: Georges Claude el "pionner" de los gases líquidos, del amoníaco sintético, de las supresiones, y Paul Boucherot, el creador de las grandes centrales termoeléctricas, como la de Gennevilliers, con sus grupos electrógenos de 60.000 caballos.

En una atmósfera de intensa emoción intelectual, ante lo más selecto de la ciencia, Georges Claude, junto a unos frascos—una fábrica en miniatura—habló con voz a la vez fuerte y vacilante, ardiente y seguida, cortando las sílabas, aplastando a veces con su puño cosas invisibles.

Recordó la temperatura de los mares tropicales: de 28 a 30 grados en la superficie, 4 a 5 en la profundidad, es decir, el frío del Polo y el calor del Trópico reunidos en un mismo punto del globo. "Es una diferencia de temperatura maravillosamente constante en todas las estaciones y con cualquier tiempo—dijo—y aplicada respectivamente al agua de las profundidades, constantemente enfriada por las corrientes que llegan de los mares solares y al agua de la superficie, perpetuamente calentada por el sol.

"Si hasta ahora no se ha prestado la atención que merece a este hecho capital, ha sido, sin duda, porque parecían oponerse a su utilización dos razones esenciales."

Estas razones, a juicio del inventor, son la inaccesibilidad aparente de las aguas frías (1.000 metros de

profundidad) y la pequeña separación de las temperaturas.

Y, sin embargo, esta pequeña separación contiene potencias formidables. El vapor de este agua a 28 grados, pasando por una turbina de una enorme potencia. Basta hacer el vacío a un centésimo de atmósfera en los recipientes que contienen este agua para que ésta se ponga a hervir, produciendo abundantes vapores que van en seguida a condensarse en otro recipiente enfriado a 405 grados. El autor añade:

"Cada kilogramo de este vapor de 0,03 atmósfera, cuya presión es 700 veces menor que la del vapor a 20 atmósferas no producirá más que un trabajo cinco veces menor que este vapor de 20 atmósferas, al reducirse de 20 a 0,2 atmósferas. Estas conclusiones parecen a primera vista tan sorprendentes, que hemos querido dar una prueba práctica y experimentada de su exactitud."

El señor Claude hizo funcionar sus aparatos. La pequeña fábrica estaba formada por un recipiente de cristal conteniendo veinte litros de agua a 28 grados próximamente; un pequeño "condensador" lleno de hielo y, en el recorrido de uno a otro, una turbina Laval, preparada para presiones de veinte atmósferas.

Se había hecho el vacío a una centésima de atmósfera. El sabio hizo funcionar un grifo de cristal que ponía en comunicación el condensador y el frasco de agua templada, la cual empezó a hervir inmediatamente; el vapor se precipitó hacia el condensador, la turbina se puso en marcha y alcanzó rápidamente 5.000 revoluciones por minuto, y con ayuda de una dinamo accionada por la turbina, tres lámparas de

2 watos 5 se encendieron instantáneamente con un blanco resplandeciente.

Y mientras que las venerables cabezas blancas se agitaban, y algunas como la del eminente físico Jean Perrin, se acercaban para ver mejor el prodigio, el inventor continuó con sus maravillosas confirmaciones.

"La energía que veis aquí la tienen los mares de los trópicos, aumentada millones de veces. ¿La dificultad para elevar las aguas frías de la profundidad? Ninguna. Un tubo de 1.000 metros la llevará a la superficie de una manera constante y por millares de metros cúbicos.

"Supongamos que el agua caliente se enfríe en cinco grados por su ebullición, lo que no afectaría mucho a su tensión vapor. Hay, pues, 5.000 calorías extraídas por cada metro cúbico de agua de la superficie o sean ocho kilos de vapor que, utilizados entre 0,03 y 0,01 atmósfera, dan teóricamente 100.000 kilográmetros. Esta es la enorme energía, equivalente a la que este metro cúbico de agua produciría al caer desde 100 metros, que se puede sacar del mar en cantidades ilimitadas.

"Se ve cuán incomparablemente sobrepasa esta solución a la de las mareas, en la que el metro cúbico no produciría más—y con qué deplorable irregularidad—que lo que representa el trabajo de un metro cúbico cayendo desde tres metros.

"Estos 100.000 kilográmetros, deducidos todos los desgastos y pérdidas, nos dejan 45.000 kilográmetros por metro cúbico, o, por 1.000 metros cúbicos por segundo, una potencia neta de 45 millones de kilográmetros, o 600.000 caballos vapor.

"Y estas fábricas no costarían más caras que las fábricas hidroeléctricas más baratas."

El señor Claude recordó que el petróleo se agota rápidamente. Según ciertos cálculos, antes de diez años no tendrán nada los Estados Unidos; la hulla escaseará antes de un siglo y se agotará en unos centenares de años. La humanidad, unida de una manera vital por su industria a estas dos fuentes de energía, comienza a prever la angustia del hambre

suprema: la de la energía. La energía de los saltos de agua es muy inferior a las necesidades del mundo. La salvación puede estar en este invento, puesto que estas fábricas de 600.000 caballos pueden multiplicarse hasta el infinito.

"Es cierto que no podrá lograrse que inmediatamente estas inmensas estaciones (que en sus dimensiones han de encontrar la seguridad contra las tempestades) floten sobre el mar profundo—generalmente bastante lejos de las costas—ni podrán transmitir a la tierra sus torrentes de energía".

Los inventores han estudiado los medios de realizar una fábrica de demostración de 12.000 a 15.000 kilovatios, en un puesto próximo a las aguas profundas y unida a ellas por un tubo que se sumerja rápidamente bajo la superficie líquida. Al mismo tiempo que estas fábricas producen energía producirán enormes cantidades de frío. La fábrica de 600.000 caballos, por ejemplo, suministrará el frío aproximado de 200 millones de kilos de hielo por hora, es decir, que permitirá hacer habitables y casi confortables las regiones más ardientes del globo.

El señor Georges Claude terminó su disertación con este grito de fe que la Academia entera aplaudió largo rato:

"A menos de una revolución, como la que traería la transformación directa de los rayos solares o la utilización de la energía atómica—si nuestro amigo Juan Perrin consigue hacerlo en grande—nada impedirá al hombre que tome posesión del mar para esta nueva conquista".

Indudablemente se pondrán objeciones al invento de los señores Claude y Boucherot, pero no son objeciones lo que hay que poner, sino dar facilidades para que se pueda llevar a efecto tan importante teoría y que un día próximo sea un hecho el que la energía acumulada en los mares tropicales pueda venir en ayuda de la industria moderna, siempre creciente y que está amenazada si son ciertos los temores de que se agote pronto el petróleo y escasee la hulla.

Las fuerzas aéreas norteamericanas en 1927

En 1927 habrá veintiuna flotillas aéreas agregadas a los buques de superficie, y cinco de ellas se asignarán a cada uno de los nuevos buques portaaviones, incluyendo aviones de caza, de torpedos, de bombardeo, de exploración y de observación.

Tres flotillas de observación y de bombardeo estarán a bordo de los acorazados en el Pacífico, y dos a bordo de los acorazados agregados a la escuadra de exploración del Atlántico.

Los destructores de la flota del Pacífico se repar-

tirán, entre ellos, una flotilla de aviones de observación.

Tres flotillas de exploración y diversos aviones de tipos experimentales serán agregados a la base de la flota del Pacífico.

La división de cruceros ligeros del Atlántico llevará una flotilla de aviones de observación, de los que se lanzan con catapultas.

En las aguas asiáticas, habrá dos flotillas de bombardeo y de torpedos, a bordo del "Wright".

Todo el día cubrió los campos densa humareda; por ella cubierta, la pálida busca víctimas en las que saciar su furor.

Al ocultarse el sol, los estampidos cesan; disíbase la niebla que, según algunos, es un efecto de la civilización; ¿terminó el combate?; ¿se agotaron mal empleadas energías?

Es lo cierto, que el más cabal silencio reina en los campos africanos, cuando las sombras de la noche aparecen aquel día; uno de tantos, en que la sangre de quienes para ser hermanos nacieran, regó tierras ingratas.

Corto tiempo pasa; la luna, pareciendo hacerlo con intensa tristeza, rasga un instante las nubes que la cubren; alumbra restos mutilados, seres que fueron ruínas humeantes; de vez en vez cruzan el espacio lamentos inconfundibles que hacen pensar en un último suspiro.

Misteriosos aleteos llenan de negruras el ambiente; acaso son almas huérfanas de cuerpo, que vuelan hacia otros mundos lanzadas por el más terrible azote de la humanidad.

En los momentos en que el astro de la noche ilumina el cuadro de horror que los humanos trazaran, con espeluznantes graznidos, aléjanse espantadas unas cuantas aves para quienes las batallas constituyen festín.

Entre las espinas del frondoso jaral, un cuerpo parece debatirse; quizá es corto regreso a la vida, para, de una vez y para siempre, abandonarla.

A la incierta claridad, un herido se advierte; lenta y penosamente respira, cual si le fuese faltando el poderoso elemento vital, que por las rasgaduras de su carne fluye.

Las ropas indican que se trata de un jinete; en el brazo ostenta la insignia del más modesto escalón de mando; no lejos, termina su vida en corto estremecer, el corcel que tal vez por salvar a su dueño, sacrificó la existencia.

Ruido de piedras que resbalan unas sobre otras, murmullo de tímida conversación, indican que alguien se acerca.

¿Es que la luna quiere contribuir a una bella acción? Así lo hace pensar la rapidez con que saliendo de nuevo, por entre las nubes, envía rutilante luz: a sus destellos se vislumbran, en el fango de un barranco próximo, dos seres que penosamente avanzan, evidenciando, sin embargo, conocer bien el camino; son dos mujeres de las que creen en Alah y en Mahoma, su profeta.

El caído, por un refinamiento del instinto de conservación, advierte que alguien llega; trata de incorporarse, mas sólo consigue lanzar un gemido de dolor, que le hace desfallecer.

Las moras, rápidamente se dirigen hacia donde notaron la queja dolorosa; al ver que se trata de un infiel discuten unos instantes; piensan de modo distinto.

Triunfa el bello sentir de la mujer de todos los países; el que fué jinete, cuidadosamente colocado en improvisadas angarillas, es conducido por las piadosas mahometanas en dirección del barranco.

No sin esfuerzo llegan las improvisadas enfermeras a una choza de mísero aspecto; dentro de ella, amparado por noble sentimiento de hospitalidad, queda el herido y junto

a él la que desde el primer momento mostróse decidida a socorrerle.

Su compañera, que aun no sintiendo cual ella, tuvo la abnegación de ayudarle, dirigiendo al lecho del dolor una mirada, en la que hay poca piedad, sale de la cabaña.

En la pobre estancia, Zulima, la que los suyos creen hija de una estrella, por su belleza y lo noble del sentir, a pesar de la débil luz, con delicado manejo, aplica un bálsamo a la herida del que salvara de morir abandonado.

Después acerca a sus labios artístico vaso de transparente cristal, lleno de perfumado té, que el herido toma con avidez, adormeciéndose dulcemente.

Poco más de una hora transcurre; en la puerta de la choza aparece un moro de gallardo continente y atezado rostro; contempla, complacido, el cuadro de piedad, y después de oír el relato de su hija, apoya-



do en la espingarda, dando a sus palabras acento de bendición, la dice murmurante:

—Cumpliste sagrado mandato con darle asilo...
cúidale y restitúyelo a su Dios.

Jamás consejo alguno fué tan delicadamente seguido; el cabo Antonio Gutiérrez, quizá echara de menos a su madre, porque a ésta no hay quien la sustituya; pero no logró, aun pensando mucho en ello, advertir qué cuidados pudieran faltarle.

La juventud, lo vigoroso de su ser; acaso tanto como dichos elementos, la sentida exquisitez de los cuidados que le prodigaban, ahuyentó pronto el peligro de funestas complicaciones, pasando a ser la curación asunto de días.

Mientras aquéllo, pudo observar que quienes le cobijaron bajo su techo, eran pobres; en cuanto a buenos, los encontraba tal y como si fuesen cristianos: sólo en el mundo, al parecer, hija y padre, se amaban con intensa ternura, rivalizando para evidenciarla.

Más de una vez, pareciendo dormir, observaba Antonio a Zulima, cada día, a su entender, más hermosa, y sobre todo, más atrayente que el anterior.

En tales ratos de dulce ensueño, recordaba algunos de los cuentos que leyera en la niñez, pareciéndole ser un príncipe recluso y que un hada muy bonita era su carcelero: gran contento inundaba su alma al pensar así, llegando a sentir la ilusión de que aquello perdurara; su alegría ¡cuán poco duraba ante la evidencia de la realidad!

Tomando cada uno palabras del idioma del otro, llegaron a entenderse, cual si hablasen el mismo; sus conversaciones, las más de ellas, tenían por objeto las bondades del país en que nacieran, que mutuamente ponderaban su patrio amor.

Zulima, que conocía poco el suyo, con frecuencia, para expresar sus bellezas, decía que nació su madre en él, haciendo sentir en el alma de Antonio tan delicado razonar, admiración íntima, pronto trocada en amor.

Aquél, al describir lo hermoso del país serrano en que naciera, casi siempre mirando a la morita con intensidad que arrebolaba su rostro, terminaba diciéndole:

—No le falta a mi tierra, para ser la mejor de todo el mundo, sino que hubieses nacido en ella tú.

Zulima le escuchaba complacida y con sonrisa ingenuamente inefable agradecía la flor, que más que entender presintiera.

El trato continuado hizo nacer gran confianza entre el herido y su linda enfermera; en alguna ocasión, el padre, al contemplar la sincera afectuosidad que a los jóvenes unía, contrajo su frente, cual si algo no agradable juzgara posible.

Pasados unos días, avanzó notablemente la curación

de Antonio; hubo de comprender que se acercaba con rapidez el momento de marchar.

Tenía la convicción de que ni el padre ni la hija, le tasarían la hospitalidad; por lo mismo, era poco lo que podría alargar su estancia, donde tan a gusto se encontraba: quería que cuando le recordasen lo hicieran con agrado, en todos los órdenes.

A pesar de que no alcanzó aun edad para ser gran observador, los numerosos e impensados detalles que hay ocasión de advertir, sobre cómo es un persona con quien se vive, le convencieron de que el amor que Zulima le inspiró, a punto de ser apasionado, era plenamente correspondido.

Si alguna duda tuviera, un hecho por demás sencillo vino a desvanecerla.

Utilizando ofrecimientos del padre, en cuanto le fué posible, escribió a su madre para tranquilizarla; supuso que en el regimiento le habrían dado por muerto o desaparecido; más bien lo primero, por lo serio de la sarracina que aquel día hubo.

Tardando poco, recibió carta de la buena mujer; como notara en el rostro de su enfermera infantil y afectuosa curiosidad, quiso leerle cuanto la madre le escribió; al terminar, la actitud de la morita hizo vibrar su alma con un sentimiento doloroso.

—A esas buenas personas—decíase en el último párrafo—dilas cuán inmenso es el agradecer de una madre, para quienes a su hijo cuidan; cuando te vayas de ahí ofréceles todo lo que somos y tenemos...

Zulima, como en éxtasis, mientras dos gruesos lagrimones se desprendían de sus ojos, murmuraba cual si rezara:

—¡¡Cuándo te vayas!!...

Ante prueba tan clara, se sintió aun más enamorado el bizarro jinete; al serle posible levantarse y comenzar a pedir nueva sangre al aire y al sol, menudearon las ocasiones para que los jóvenes se amaran.

Apoyado en el brazo de ella, siempre dispuesto, Antonio sentía dulces emociones que la hidalguía le vedaba comunicar a su dulce acompañante.

Nada tan fácil como escribir el desenlace en aquel poema de amor; pero el cabo Gutiérrez era un soldado de España, y los soldados españoles no cometen villanías; vallanía y no pequeña hubiera sido seducir a la gentil muchachita en quien la ternura y la bondad hicieron nacer el amor.

Tan intenso vino a ser el que por la morita sentía Antonio, que más de una vez pensó si sería posible llevarla hasta los pies de la Virgen de su pueblo y unirse a ella para siempre.

Las ilusiones propias de todo enamorado, hicieron que no pensara en alejarse de la choza, que a ratos tanto se parecía a la gloria; pero una mañana, al reunirse con Zulima en el sitio en que apacentaba sus corderitos, con rostro nada alegre, le anunció que

por la tarde, según su padre le indicara, le acompañarían a la posición española más próxima.

No creyó oportuno el muchacho alejar el momento, más o menos tarde, ineludible: como nada habían de resolver dos o tres días más, única prórroga posible, hizo sus preparativos de marcha.

Dedicó el día a cumplir lo que su madre le encargara, prodigando a padre e hija las más expresivas frases de agradecimiento; la pena, cada vez mayor, le llevó a proponer a sus amigos que fuesen a España a hacerle una visita.

La invitación, sin dejar de ser afectuosamente acogida, produjo distintas y sendas sonrisas en los habitantes de la choza; ambos, no obstante, expresaron imposibilidad, que el huésped, entristecido, comprendió.

Por precaución dilataron el momento de partir, hasta después de anochecer; el padre, que se había dado cuenta de los sentimientos caballerescos del cristiano, no quiso privar a su hija del placer espiritual que para ella significaba, completar la buena obra, dejando a salvo al que moribundo recogiera.

Después de largo y expresivo apretón de manos, cambiado entre los hombres, el anciano dió la señal de partir, diciendo mientras elevaba a lo alto su mirar:

—¡Alah es grande!

—¡Que te bendiga Dios!—contestó emocionado el cabo, marchando rápido a unirse con Zulima que iba hacia el barranco ya.

Brillaba la luna también; los enamorados, sintiendo la emoción de la noche y del momento, anduvieron largo trecho silenciosos; de vez en cuando paraban, y poniendo en el mirar todo su vivir, se decían poemas, que acaso con palabras no hubiesen sabido expresar de modo tan cabal.

En una de las paradas, turbó el silencio imperiosa exclamación de

—¡Alto!... ¿quién vive?

Bruscamente vuelto a la realidad, tardó un momento Antonio en contestar: al ir a realizarlo, a tiempo que sonó extridente un disparo, intenso dolor sentido en el corazón le hizo caer moribundo.

Quiso Dios ser piadoso con él; en los últimos instantes de su vivir, sintió que Zulima, trágicamente pá-



lida y temblorosa, acercaba a los suyos sus labios apasionados, ofrendándole dulce y largo beso de amor...

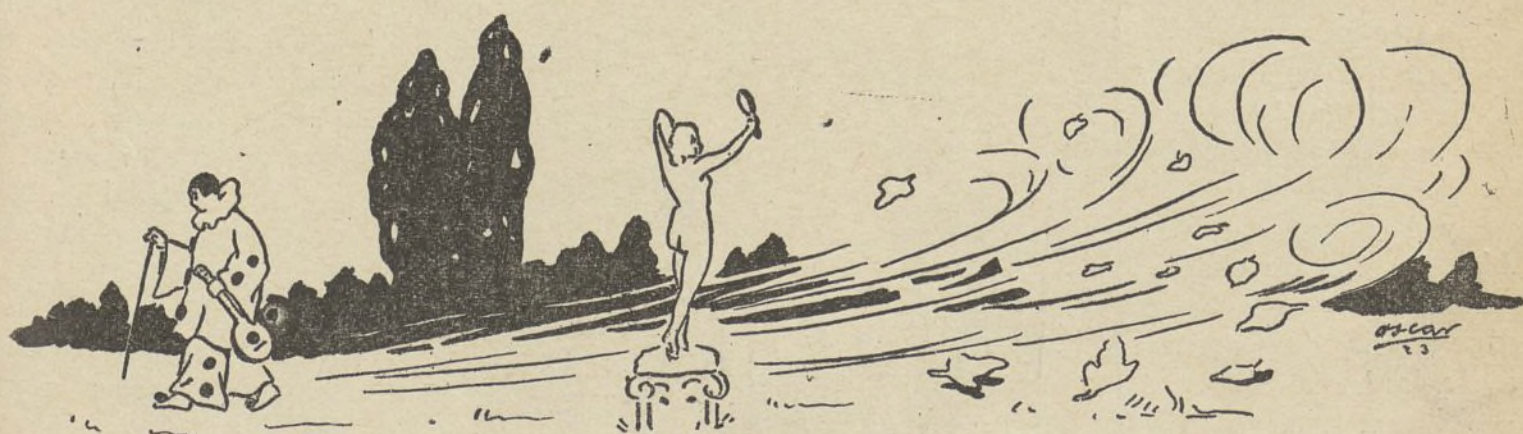
¡Así fué de inefable la expresión que en su rostro quedó para siempre!

Durante largo tiempo, a la hora imprecisa de las grandes emociones, muchas tardes, una mujer semejante a blanca sombra, permanece como en oración, en el sitio mismo que cortos instantes fuese a modo de tálamo nupcial.

Pensando que allí perdió para siempre al hombre a quien diera las exquisiteces de su alma, Zulima eleva al cielo su turbio mirar, hasta que las sombras de la noche la vuelven a la realidad.

Entonces se aleja murmurando—: ¡Dale, mi Dios, la paz que a las almas buenas tu Profeta ofreció!...

FERNANDO DE ALTOLAGUIRRE



LOS MISTERIOS DEL ESPIONAJE EN LA GRAN GUERRA

La reciente detención de varios extranjeros dedicados al espionaje por cuenta de algunas de las potencias que contendieron durante la pasada guerra, da más valor y actualidad al libro recientemente publicado por Ch. Lucieto, en el que bajo el título "La guerra de los cerebros - En misiones especiales - Memorias de un agente de los Servicios Secretos de la Entente" copia y detalla curiosos episodios y documentos relacionados con el espionaje alemán y el contraespionaje establecido por los aliados. De este libro es el siguiente capítulo.

UN RAID A CATTARO, BASE SUBMARINA AUSTROALEMANA

Fué una triste Navidad aquella. La víspera, un sumergible italiano nos había desembarcado a dos agentes montenegrinos y a mí en las proximidades de Cattaro, que sabíamos era una de las bases más importantes de los submarinos alemanes.

Al salir de Tarento habíamos acordado que el submarino volvería a recogerlos cuarenta y ocho horas después, pues la misión que nos habían confiado era más bien un raid que una información de gran impulso.

En la ciudad, que domina la masa importante de Lovcen, íbamos bajo la lluvia por las calles desiertas a la cita que nos había dado un agente sedentario montenegrino que tenía un tabernucho indigno en el que se reunía todo lo que la ciudad y sus alrededores contenía en malhechores, piratas y espías.

Nuestra misión ofrecía de particularmente peligroso el que este hombre no era seguro. En las altas esferas se le tenía por agente doble, pues nuestros jefes habían adquirido la certidumbre de que por lo menos una vez había suministrado un dato al enemigo.

Después parecía haberse enmendado y uno tras otro nos había dado informes de innegable valor que nos habían permitido realizar algunos afortunados golpes de mano.

Unos días nos había hecho saber que en diferentes ocasiones, por la noche, marineros vestidos de paisano, pero con aspecto militar y hablando alemán, habían ido a "consumir" a su casa.

Uno de ellos que parecía ser jefe, les había dicho:

—Volveremos la víspera de Navidad. Pero como no conocemos a nadie en el

pueblo—lo que era falso—¿quiere usted procurarnos todo lo que necesitamos para celebrar la fiesta a bordo?

Y como el tabernero había aceptado, el marinero le entregó, al mismo tiempo que una imponente lista de viandas, una importante suma en coronas austriacas.

Al darnos este dato el tabernero había añadido:

—Actualmente no existe ni en Cattaro ni en los puertos de los alrededores—por lo menos que yo sepa—ningún navío de nacionalidad alemana o austriaca.

Y añadió:

—A mi juicio se trata de la tripulación de un submarino alemán deseosa de pasar en tierra la noche de Navidad.

Para comprobar este dato habíamos ido a Cattaro. Existía en efecto en esta época por aquellos parajes un submarino que a pesar de todos los lazos que se le habían tendido, permanecía inaprehensible. Se le atribuían numerosas desapariciones de buques y como no se aprovisionaba en las bases corrientes, caía por su peso que existía un nuevo proveedor de los piratas y que debía estar instalado en Cattaro o en sus alrededores.

En cuanto me encargué de esta misión, me hice la siguiente pregunta:

—¿Por qué ese submarino, que debe tener un proveedor titular, se dirige a un tabernero para proporcionarse víveres?

Inmediatamente se me propuso este dilema:

—De estas dos cosas una: o el proveedor está momentáneamente en la imposibilidad de suministrarle víveres, o el tabernero es el mismo proveedor.

Como puede verse, el asunto se presentaba más





bien mal, pues nada nos probaba que no íbamos a caer en una emboscada.

Pero en estos asuntos no está permitida la menor vacilación, y sucediese lo que fuera, me era forzoso encararme con el individuo en cuestión.

Nos esperaba en el lugar convenido.

Del conjunto de las declaraciones que hizo a sus dos compatriotas que me acompañaban, resultó que los misteriosos marineros habían ido a recoger las viandas la víspera, pero que no había podido seguirles después de su marcha porque su establecimiento estaba lleno de gente en aquel momento.

—¿Sabe usted por lo menos en qué dirección se marcharon? ¿Se dirigieron hacia la costa o hacia el interior del pueblo?

—Lo ignoro por completo, pues cuando se marcharon yo no pude separarme del mostrador. Pero esto no tiene ninguna importancia dado que van a volver.

—¿Cómo? ¿Hoy?

—Dentro de un rato. Esta mañana uno de ellos ha venido para encargarme para las once de esta noche una damajuana de aguardiente y diez kilos de azúcar...

Miré mi reloj. Eran las diez.

—Bien, dije. Gracias por la noticia, el resto nos corresponde a nosotros.

Y entregando al tabernero la mitad de la prima que acababa de ganar—el resto no lo ganaría hasta después de cobrados sus informes—le dejamos y nos hundimos en la oscuridad.

Como es frecuente en estas regiones, la lluvia había cesado bruscamente y el viento del mar empujaba hacia el sur las nubes que se amontonaban sobre la

ciudad. El lugar en que estaba situado el tabernucho no tenía buena cara. A decir verdad, era siniestro. Lo mismo ocurría en las casas vecinas. La calle se animaba. De las casas, de los cabarets, salían personas que se dirigían sin duda a la misa de media noche. Ocultos bajo un pórtico, con las miradas fijas en la puerta del tabernucho, esperábamos la llegada de los clientes sospechosos del tabernero.

De pronto, de una calle vecina, desembocaron cuatro hombres. Tres de ellos estaban manifiestamente borrachos. El cuarto, por el contrario, no lo estaba. Pasó cerca de nosotros bordeando la acera y tarareando un lied. Luego, mientras sus camaradas se quedaron parados en medio de la calle, avanzando hacia el tabernucho, entonó el famoso aire de "Fausto":

Wilkomen, susser Dammerschein
Der du dies Heiligtum durchwebst;
Ergreif mein Herz, du susse Liebespein,
Die du vom Tau der Hoffnung schmachtend bebs (1)

Se trataba evidentemente de una señal, pues del interior del tabernucho salió la canción de los estudiantes alemanes: Grad aus dem Wirtshaus.

Había pues un boche en el interior del tabernucho y un boche letrado, pues la canción con que nos regalaba no era conocida por el gran público alemán. Debía ser un oficial o, por lo menos, un graduado.

Como, evidentemente, no había entrado desde que estábamos de vigilancia, debía estar en el interior de la taberna antes de nuestra llegada. ¿Cómo no nos lo había dicho así el tabernero?

Decididamente, este hombre era cada vez más sospechoso para mí. Inclinandome hacia mis compañeros les di cuenta de mis observaciones y les invité a que estuviesen prontos a cualquier eventualidad.

Con las brownings en la mano esperamos. Pronto salieron los boches, pero ahora, en vez de cuatro eran cinco. Dos llevaban la damajuana cogida por las asas, los otros dos llevaban unos paquetes bastante voluminosos. El quinto, con las manos en los bolsillos y el cigarro entre los labios, les precedía inspeccionando los alrededores y registrando los rincones sombríos. Pero donde estábamos colocados él no podía vernos, a pesar de que pasó casi rozándonos.

Les dejamos tomar una pequeña delantera y salimos detrás.

Cosa extraña; en cuanto estuvieron fuera de la ciudad y se hallaron en el camino rocoso que bordea el mar, la borrachera de los boches pareció disiparse. Con paso pesado, pero firme, sus botas de marinos martilleaban el suelo, se dirigieron hacia una de las mil y pico ensenadas que bordean esta costa caótica y desolada.

(1) Salud, suave crepúsculo que reina en este santuario. Apodérate de mi corazón suave pena de amor, que vive con el rocío de la esperanza.

ARMAS Y LETRAS

Sustituyendo nuestros zapatos por alpargatas para que ningún ruido denunciase nuestra presencia, les seguimos de lejos utilizando para mejor ocultarnos las menores asperezas del suelo, llegando en algunos momentos a avanzar arrastrándonos.

De cuando en cuando, el alemán, que a mi juicio era un oficial, se volvía para ver si eran seguidos. Pero teníamos tomadas todas las precauciones y la noche nos ayudaba: no podrían descubrirnos. Así anduvimos unos cinco kilómetros.

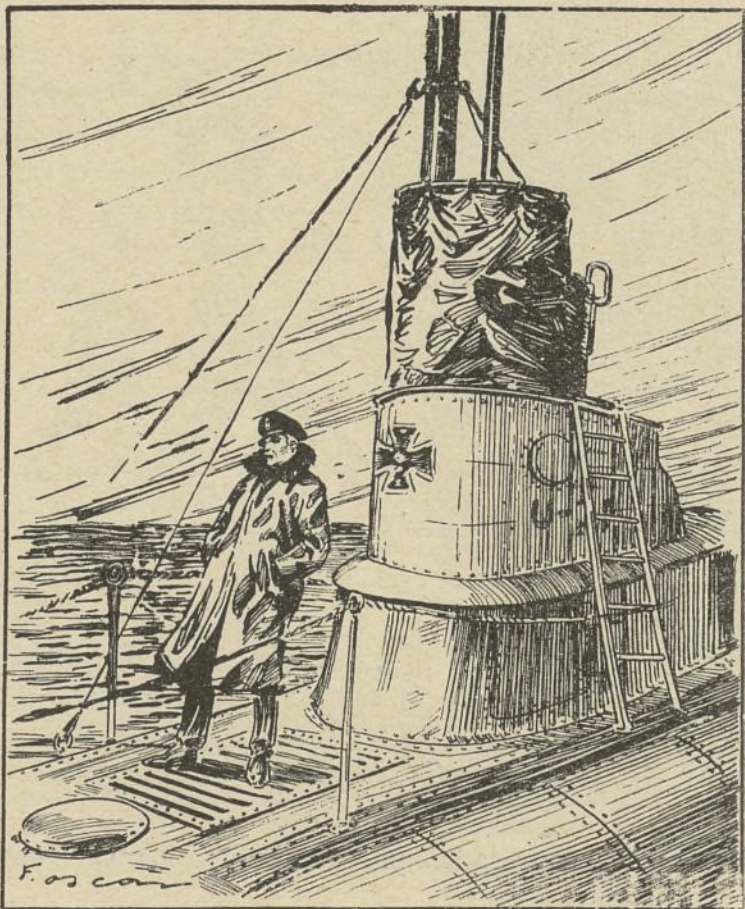
De pronto, nuestros hombres desaparecieron detrás de las anfractuosidades de las rocas, mientras un ¡werda! gutural nos avisaba de que nos acercábamos a nuestro objeto.

Al parecer, los marinos habían sido detenidos por un centinela. Por lo tanto se guardaban. Teníamos que obrar con extremada prudencia si queríamos evitar que nos vieran las gentes allí apostadas. Pero ¿quiénes eran? ¿Austriacos o alemanes? ¿Qué era su navío? ¿Submarino, guardacosta o destroyer? No íbamos a tardar en saberlo.

Marchando en la misma dirección pero a una treintena de metros de distancia—pues no era necesario que si uno de nosotros era muerto o detenido, los otros se viesan obligados a interrumpir sus pesquisas—avanzamos con lentitud, pegados al suelo y disimulándonos lo mejor que podíamos. En la cima de una roca, vuelto hacia el interior, es decir, hacia nosotros, vimos un hombre. Más lejos, a unos doscientos metros del primero, sobre otra roca, estaba el segundo. Centinelas sin ninguna duda.

Nos acercamos unos a otros y después de habernos puesto de acuerdo, como era inútil arriesgar el que nos cogieran o mataran a los tres, despedí a mis compañeros y seguí mi camino hacia delante. Tuve la suerte de descubrir un sendero abierto en la roca, para uso de los contrabandistas, sin duda, y que ofrecía la ventaja de bordear las posiciones ocupadas por el enemigo. Ningún centinela le guardaba y estaba completamente desenfogado.

Me metí por ese camino, y pronto, desde la cima de un macizo rocoso pude admirar un extraño espectáculo: en medio de una ensenada emergía un submarino sobre cuyo puente un centinela y un oficial paseaban. En la playa, cerca de una bandera alemana clavada en tierra, alrededor de una hoguera,



unos marinos alemanes cenaban presididos por uno de sus oficiales.

El número del submarino no era visible, pero su nacionalidad, dada la bandera, no podía dejar duda alguna.

Después de haber tomado mis datos de orientación y anotado sobre mi tarjeta el lugar preciso donde estaba el submarino, continué mi investigación.

Pronto—eran en aquel momento las dos de la mañana—el oficial que se encontraba a bordo del submarino dió una orden cuyo sentido no pude percibir. Inmediatamente los marinos que se encontraban en tierra apagaron el fuego, recogieron los restos del festín, y mientras que dos de ellos, dos graduados, se dirigían a bordo en una canoa, los otros se dirigieron hacia un lugar de la costa y separaron grandes bloques de piedra que disimulaban la entrada de una gruta.

En aquella gruta se encontraba la base de su aprovisionamiento.

Sacaron una cierta cantidad de cajas de mazut, varias de lubricantes, víveres y dos torpedos.





¡Definitivo!

por

E, G, A.

Nuestro amigo Fernando ha regresado de Tetuán en tal estado de neurastenia que sus distracciones le llevan a comprometerse y comprometer a cuantos hemos tenido o tengan la debilidad de acompañarle en sus paseos por esta villa y corte de los milagros.

Menos mal que con la tolerancia que le da la licencia que disfruta actualmente viste de paisano; de otra forma algo más difícil sería nuestra situación y de los compañeros de la tertulia en cuyo seno ha sido admitido con cariñosa benevolencia.

—Me estoy fijando—nos dijo un día—que no puedo vivir desapercibido; en este Madrid me saludan muchos oficiales y hasta soldados y clases de complemento; ¡mis años de Africa y el pasar tanta gente por allá!...

—¡Pero, hombre, no te van a saludar si estás de uniforme!

—¡Definitivo!; ya decía yo: por qué será, sin recordar, que estoy así trajeado para hacer una visita de etiqueta a las tres—. Y sacando su reloj prorrumpió en voz alta: —¡Caramba, y son las cuatro y veintidós!, cuando todos los relojes—menos el suyo—marcarían algo más que las seis y diez y siete minutos...

Otra vez, como si le recordásemos el poema que le escuchamos ante un comercio de Tetuán cantando las excelencias de una vulgar maleta de viaje:

—¡Ah, sí!—nos respondió—, pues me quedé con ella; por cierto que se la cambié a Rodrigo, el de las patillas, por una estupenda radio que le he dejado allí para que se entretenga!

—¿Y por qué no la has traído contigo? Aquí tienes más elementos y ocasiones de escuchar cosas buenas.

—¿Dónde la iba a traer? ¿No te he dicho que la cambié al hombre de las patillas, a Rodrigo, por la maleta.

—¡Definitivo!—como tú dices—; ¡ni una palabra más!

Tardes pasadas fué protagonista de un suceso que,

como a todos los que provoca, no daría más importancia que el “definitivo” de rigor.

La escena, por lo apasionada, tenía probabilidades de haber terminado en tragedia. ¡Apenas!; se ventilaba una cuestión al parecer baladí pero derivada en importante, y se ventilaba en el interior de un tranvía, de uno de esos A que tocan los dos extremos del transporte: o el imponente vacío o el completo con añadiduras.

Aquella tarde rebosaba de público, predominando el femenino; los asientos ocupados, las plataformas atestadas y hasta en el pasillo interior, donde se sostenía la polémica, se apiñaba la gente, más que molesta por los apretones, por los temores de que al llegar a las manos aquellos irritados caballeros pudieran resultar lesionados en la refriega.

—Le digo a usted y repito que no hay cultura—decía nuestro amigo al señor que, arrellanado en su asiento, parecía haber motivado su indignación.

—Yo soy más culto que usted aquí y en todas partes.

—Eso lo vamos a ver ahora mismo; y dirigiéndose al cobrador le gritó: “Pare”.

Intervinieron otros pasajeros, intervinimos nosotros en calidad de amigos, que juntos pasábamos la tarde y no había derecho a que por sus distracciones se estropease; ¡qué dirían en casa y nuestros conocidos al leer en la “Gacetilla de sucesos” nuestra intervención en la bronca del tranvía!...

—No se alteren ustedes; hay un principio de mutuo acuerdo y una exacta aproximación de juicios en ambos—manifestaba un caballero tan elegante en el decir como acérrimo partidario de la perpetua paz.

Otro añadió disculpante: “No merece la cosa tanto”.

Aquí creció en irritación nuestro amigo.

—¿Cómo no va a merecerlo?; ¿pero usted cree que es correcto y es galante no ceder el asiento a las señoras; permitir los caballeros que vayan de pie mientras ellos se arrellanan provocativamente en los asientos?

Se agravaba la cuestión.

—Provocativo lo está usted, y sepa, caballero, que no le tolero ni una palabra más.

—A tierra, a tierra y arreglaremos esto—gritaba nuestro amigo como un energúmeno.

Era forzoso intervenir nuevamente.

—Pero ¿adónde vas, criatura, que eres una criatura sin pizca de razón y mucho de distraído?

—¿Por qué, por qué no tengo razón?—pregutó enderezando su atlética figura—; tú, mi amigo, decirme que no tengo razón...

—Ahora es cuando la tienes—le repliqué con flemma al observar su gallarda y altanera transformación.

—¿Ahora sí y antes no? ¿Pero es que me vas a dar la razón como a los locos?

—Como a los locos no, pero sí como a los distraídos, Fernando; ¿no comprendes que hasta este momento has estado sentado cómodamente en tu asiento criticando con severidad un hecho que conscientemente te repugnaba?

—Y es verdad; perdona, chico; esto es *definitivo*. Y presuroso saltó del sitio que ocupaba casi estrujando a su contrincante, entre las risas contenidas del

pasaje, pero con tanta frescura que temimos que se reprodujera la cuestión, si el hasta entonces correcto público le hubiera dado por entender que había sido objeto de una burla grosera.

Andando y comentando lo acaecido atravesamos varias calles; llegamos a la plaza de Santo Domingo y nos dispusimos a separarnos: él hacia Sol, donde nos afirmó repetidas veces le estaría esperando su última conquista; nosotros a nuestro domicilio, prometiéndonos la desenfilada para sucesivas tardes.

Le volvimos a recomendar:

—Ya sabes, en un 14.

—Sí, hombre, sí; el 14; no soy tan distraído.

Nos despedimos; pero en espera de nuestro tránsito, todavía desconfiados, tuvimos tiempo para verle cruzar la plaza y montar diligente en un 41, que seguramente le llevaría hasta la misma Puerta de Hierro y aprovechar la ocasión—por el cambio—de cantarle unas alabanzas a la Casta Diosa, que, en noches serenísimas, alumbra esplendorosa aquellos poéticos sí que también solitarios extramuros..., ¡¡*definitivo!!*

EL PLATO DE LA GORRA

A comerse una ensalada
ayer en la ranchería
dispúsose el furriel Prada
con el ranchero Buendía,
una vez que fué aliñada.

Preveyendo el cabo Prada
la poderosa atracción
del «tufo» de una ensalada
dijo a Buendía: Dispón
un plato más, camarada.

En efecto, al poco rato
se presentó de repente
Juan Címorra, alias el Chato,

que es del médico asistente
y gasta gorra de plato.

Y a una leve indicación
(no esperó a hacerse rogar)
sirvióse al punto el «gorrón»
más de lo que es regular
y sin más contemplación.

Y a Buendía arma camorra
porque ha dicho sin recato
que el asistente Címorra
comió de ensalada un plato
«en el plato de la gorra.»

EDUARDO MATEO ALFARO

¿DE DONDE PROCEDEN LAS LETRAS?

Los reveladores divinos.
Descubrimiento de un niño.
La epopeya del alfabeto.
El monograma de los P. P.

Por distintos caminos, sin conocerse siquiera, ni tener referencias de sus respectivos éxitos, han llegado los sabios que últimamente se ocupan en el origen de las letras, su valor y representación a conclusiones análogas y semejantes, conviniendo en su conjunto en que el hombre, al querer dibujar sus ideas y fijar las exposiciones de su mente, no ha hecho otra cosa que dejar en sus idiomas las huellas de sus asociaciones primeras.

Una escritura es una convención y, naturalmente, no ha podido llegarse a ella sino después de convenir en establecerla para evitar un desorden y desbarajuste existente. Las primeras exteriorizaciones del pensamiento fueron así jeroglíficas; pero multiplicadas en seguida fué preciso recurrir a simplificaciones, a signos, que concretando los grandes

ses entraron entonces en los cuerpos de las aves, para enseñar a los hombres en su lenguaje.

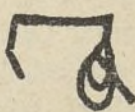
Los caracteres aviformes son los más persistentes y observables, en efecto, en casi todos los alfabetos; y, examinando detenidamente tales idiomas, se ve que las letras que tienen tal carácter dan el nombre al ave que representan. La comprobación más extraordinaria de esta verosímilísima hipótesis se debe, sin embargo, no a un sabio sino a una criatura de tres años, que viendo las cruces svásticas que acompañan al trabajo del profesor Carlos Von den Steinen sobre los "Dibujos y ornamentos prehistóricos (Prahistorische Zeichen und Ornamente)", no pudo menos de exclamar: "¡Anda, qué cigüeñas!" El grito de aquel chico valió por todas las razones, y aceptada la intuición infantil



Evolución de la K (ka en davanagiri).—El pavo real.



Evolución de la Kh davanagiri.—El quebranta-huesos.



Evolución de la Hh hebrea.—Un ave y su polluelo.



Evolución de la P griega.—La cigüeña (7)



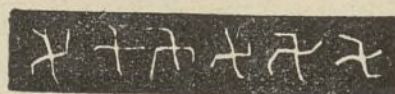
A, M, U y Z en los jeroglíficos egipcios.



Carácter chino que significa ave.



La I del alfabeto zendo.



Svástikas aviformes.



La cruz svástica.



Gallo y trileto.



Moneda liciana.



El monograma de la Compañía de Jesús.

grupos permitieran por leves alteraciones indicar las variaciones y desinencias. Que esto ha sido así lo comprueban los jeroglíficos egipcios, los alfabetos orientales y hasta nuestras mismas letras, degeneraciones muy degeneradas y regeneradas de los jeroglíficos primitivos.

El canto y la facultad parlera de algunas aves llamaron desde luego la atención de los hombres primitivos; y comprueban aquella admiración, la exaltación y preponderancia de las aves en los jeroglíficos, y la nominación análoga en muchos idiomas, de las aves y de las cosas sagradas, dioses, sacerdotes, etc. En algunas islas de Oceanía, las de Harvey, se llama a los sacerdotes los "pia-actua", esto es, "las cajas de los dioses". Los indígenas dicen que, percatados los dioses de la pristina ignorancia del hombre sobre las cosas sagradas, crearon a los pájaros para que les enseñasen tan sublime conocimiento; pero siendo inútil tal medida, por que los hombres oían sin entender, los mismos dio

por soporte de toda investigación, la teoría del origen aviforme de las letras quedó, si no firme, al menos bastante bien sentada, y desde luego como corroboración de que el dibujo y la escritura primitiva no han sido sino la expresión de las primeras asociaciones del hombre. La "k" davanagiri es la evolución de un pavo real: la "kh," nuestra j, transcribiéndola en carácter latino representa la evolución gráfica del quebranta-huesos. La "Hhé" hebrea, la de un polluelo y su madre, confirmando el valor alegórico de la letra que le daban los antiguos gramáticos cabalistas: el amor, el cariño. La "P" griega, es la evolución de una cigüeña; la "I" zenda de un pato, de un pelícano, de un cisne, acaso.

¿Es mentira? ¿Es verdad todo esto? No lo sabemos. La hipótesis tiene verosimilitud y eso es todo.

Lo que sí es evidente es que las formas animales han servido de modelo y patrón para la ornamentación, y que mil dibujos caprichosos y sin sentido, a primera vista, son reductibles a una for-

ma animal, como el tricelo, según ha visto Von den Steinen en las monedas licianas.

En este pie se ha ido más allá y se ha llegado a creer que el alfabeto universal, la figura primitiva de todas las letras no son sino el gráfico de una famosa epopeya en que actúan como héroes y guerreros la cigüeña y la serpiente. Todos los caracteres se han reducido ingeniosamente a esa lucha que por rara coincidencia, por extraña casualidad, se ve esquemáticamente trazada en el monograma de los jesuitas, al decir de los visionarios más exaltados

que para robustecer sus ideas recuerdan el papel de las cigüeñas en Troada, el papel profético que les asignaban los griegos y la fábula de Antígona, hermana de Priamo. Orgullosa aquella hembra de su magnífica cabellera, la diosa se la trocó en serpientes, hasta que apiadados los dioses de su tormento la convirtieron en cigüeña para que acabase con ellas.

Si las letras no vienen, en efecto, de los cielos, puede decirse que no han estado muy lejos de ellos.

RAFAEL URBANO

CUENTOS EXTRANJEROS

UNA PERRERIA

Un hombre que ocupaba un extremo del vagón del tren, y que vestía un magnífico gabán de pieles, dijo dirigiéndose a los demás viajeros:

—Denme ustedes la inteligencia de cualquier perro y no quiero más.

Y al hacer esta manifestación acariciaba a un hermoso can que le lamía las manos.

—Confieso—replicó otro viajero— que los perros son inteligentes si se les compara con algunos otros animales. Pero hay también perros muy brutos.

El hombre del magnífico gabán de pieles, se despojó de él, lo puso cuidadosamente al lado del asiento y sentó encima al perrito que, con las orejas gachas, parecía escuchar la conversación de los viajeros.

—Veo—replicó el hombre del gabán—que es usted de mi misma opinión.

—Desde luego repito que los perros son inteligentes—replicó el otro—, pero no hasta el extremo que se supone. Uno cree muchas veces que su perro le conoce y que esta es la razón de que le siga. Pues bien; eso es un error. El perro no le sigue a uno; sigue a sus ropas. Si se baña usted, lo único que hará es no apartarse de sus vestidos; porque no le huele a usted, sino a las ropas que lleva.

El defensor de los canes se disponía a protestar, cuando el animal que llevaba, obligado por la falta de espacio a causa de la entrada de nuevos viajeros, saltó del asiento para refugiarse debajo de él, y el otro prosiguió:

—Voy a ponerle a usted un ejemplo. Hace muy pocos días, mi criado vendió a un traperero tres trajes míos, un par de zapatos y otros objetos que yo le había cedido como regalo de Navidad. Pues bien; el mismo día el perro desapareció. No lográbamos dar con él. Hasta que tres días después lo hallamos tendido sobre mis ropas en la trapería y a seis o siete kilómetros de mi casa. Y no hubo medio humano de arrancarlo de allí... Intente usted morder a un perro en las narices y verá la dentellada que le da.

El individuo del magnífico gabán de pieles estallaba de indignación oyendo las palabras de aquel viajero, y en su interior batallaba por encontrar una contestación con la que dejar parado y sumido en el ridículo a aquel hombre que así denostaba a la raza canina. Pero como no la hallase, volvió la espalda y se puso a mirar por la ventanilla como si le interesase mucho el paisaje.

Mientras tanto el tren proseguía su marcha, y al llegar a la estación Horrtupenburggo el viajero contradictor apeóse del coche.

* * *

Volvió a ponerse en marcha el convoy. El hombre del perro y del magnífico gabán de pieles había ya recobrado el uso de la palabra y dispúsose a rebatir los argumentos del viajero contradictor. Buscó con la vista al viajero que despertaba su cólera. No le encontró, pero a pesar de ello dijo:

—Usted no sabe una palabra de perros. Eso que nos ha contado es seguramente un embuste. Ahora verá si mi perro me conoce o no. Claro que hay perros muy torpes pero eso es una excepción.

Y sonando los dedos llamó:

—¡Eh! ¡Willians! Willians! ¡Aquí!

Como el perro no se presentara gritó de nuevo:

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡Pero dónde demonios te has metido!

Un señor que ocupaba el asiento de enfrente le interrumpió:

—Pero ¿busca usted su perro?... ¿Un perro grande con una gran mancha negra sobre la nariz?

—Sí, señor; el mismo. ¿Lo vió usted por ahí?

—Se bajó en la última estación detrás de un caballero que llevaba un gabán al brazo.

—¡Un gabán!—exclamó mirando en derredor.

Luego gritó rabioso:

—¡Era el mío!

HUGO YAND

A la fe de Juan García, por mal nombre *Chicote*, cuando vuelvo la vista atrás y considero que desde aquel día inolvidable ha transcurrido la friolera de treinta y tres años, me hago cruces y no vuelvo de mi asombro, como si no supiera que los días, los meses y los años corren más de prisa que un buen velero con viento fresco de popa, que en menos que se dice se pierde de vista tras la imaginaria línea del horizonte.

El día á que me refiero era domingo, 5 de febrero de 1865 por más señas, y quiso mi buena o mi mala suerte que me cogiera sieno a la sazón cabo de mar y embarcado en la fragata *Resolución*, que en unión de la *Vencedora*, de la *Blanca*, de la *Villa de Madrid* y de la goleta *Covadonga*, se hallaba fondeada en el puerto del Callao, desde hacía varios meses, a la espera de los acontecimientos.

Las cosas presentaban mal cariz, según los rumores que como un reguero de pólvora corrían a diario de boca en boca y de barco en barco; y tan pronto nos tumbábamos en la hamaca con la firme convicción de que el día siguiente habría de inaugurarse con el bombardeo del Callao, como nos despertábamos con la dulce esperanza de recibir la orden de poner la proa al cabo de Hornos y a las playas españolas.

En un principio bastaban estas alternativas a distraer el mortal aburrimiento en que vivíamos; y la salida de un bote de la *Villa de Madrid* hacia tierra, era materia suficiente para hacer comentarios y chismorrotear un día entero. Pero en fuerza de pasar días y días encerrados a bordo, y de repetirse y desmentirse casi simultáneamente los mismos inverosímiles noticiones, concluimos por no dar importancia a ninguno, y limitarnos a pasar las horas perezosamente asomados a las bordas, contemplando la tierra, llena de todos los atractivos de la fruta del árbol prohibido.

Aquella mañana, después del primer rancho, me disponía melancólicamente a entregarme a meditar lo

agradable que resultaría saltar a tierra y apurar un par de vasitos de *chicha* en cualquier tabernucho de los del puerto, cuando sentí que me tocaban discretamente en un hombro.

Volvíme, y me encontré con mi íntimo, con mi confidente, el practicante de farmacia Juan Manuel Santurce, quien con un dedo en los labios y con los ademanes tímidos y modositos que caracterizaban su persona desmedrada y anémica, me dijo cuchicheando:

—Baja a la botica... ¡Hay noticias!—terminó, enarcando admirativamente las cejas.

Obedecí su indicación, seguí sus pasos, y bien pronto nos hallamos mano a mano en la soledad tranquila y silenciosa del recinto destinado a suministrar los auxilios de la farmacopea á la tripulación del barco, bastante necesitada de ellos por cierto con motivo de las fiebres que durante aquel verano nos causaron algunas bajas.

Cerró cuidadosamente la puerta Juan Manuel, se puso los manguitos de percalina, y sin decir palabra pesó con esmero cierta cantidad de unos polvos blanquecinos, los echó en un mortero y empezó a machacar sin intención, aparente al menos, de entablar conversación.

—Esto es sulfato de quinina—dijo.

—¿Es eso todo lo que tenías que contarme?—interrogué calmamente.

—¡Chitón!... ¡Habla bajo!—dijo Santurce manejando la mano del mortero con gran energía y no menor estrépito—. Mira a ver si hay alguien escuchando a la puerta. Me parece hacer oído pasos.

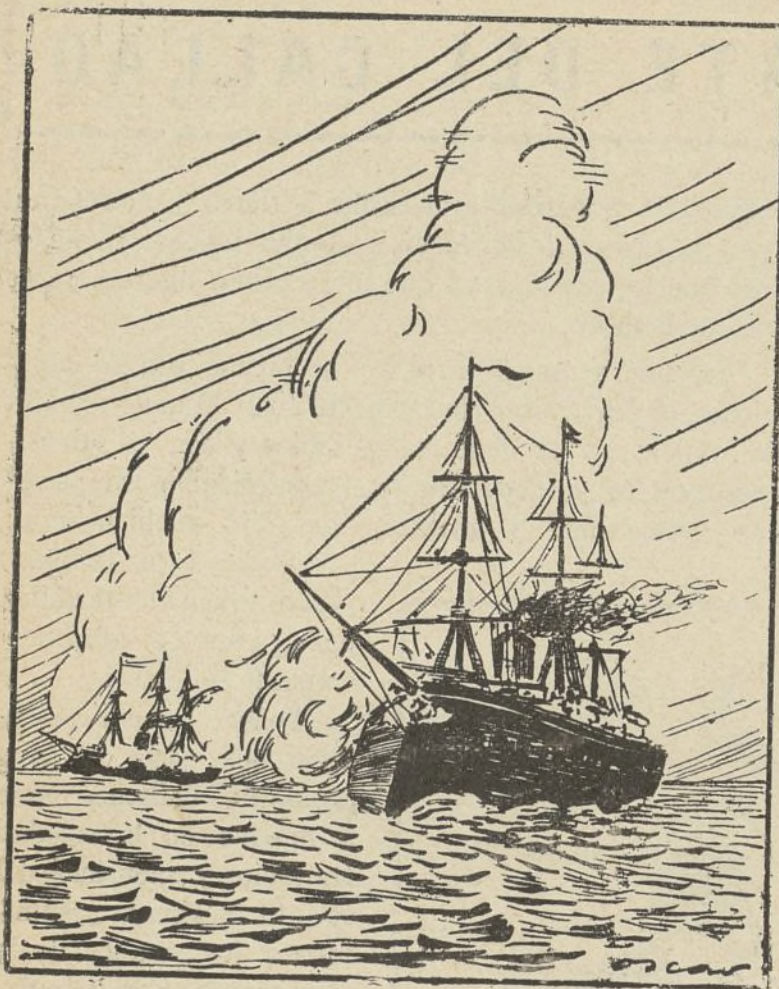
Abrí la puerta y no había nadie.

—¡Se ha firmado el convenio de paz!—dijo con la faz transfigurada de júbilo asiéndome cariñosamente por los hombros.

—¡Cá!—exclamé con incredulidad—. ¡Músicas!... ¡Purísima filfa! ¡Guasón!

—¡Que te hablo en serio! ¡Que lo sé de buena tin-





ta! Verás. Esta mañana vino como sabes un bote de la Capitana trayendo a bordo a un ayudante del almirante Pareja... Era portador de pliegos para nuestro comandante y le acompañaba su ordenanza, paisano y amigo mío. Pero ¡si creo que le conoces! ¡Es José Peláez! ¿Ves cómo le recuerdas? ¡Corta un pelo en el aire y siente crecer la yerba! No sé cómo logró enterarse de la noticia; pero él mismo fué quien me dijo que el pliego en cuestión era un oficio en que se comunicaba a D. Claudio el convenio. Y lo que dice él, como si lo dijera la *Gaceta*.

—¿A D. Claudio Alvargonzález, a nuestro comandante?—pregunté sin atreverme a dar crédito a lo que oía.

—Al mismo—afirmó lacónicamente Santurce—. Y allá va otra noticia—añadió sonriendo picarescamente.

—¿Otra? ¡Habla!—dije devorándole los ojos.

—Que los guardias marinas, oficiales y clases, tienen permiso para bajar hoy a tierra.

¡Gran Dios! ¡Bajar a tierra! Es decir, abandonar siquiera por breves horas la monotonía desesperante del servicio, fumar un cigarro en tierra firme, y entre chupada y chupada lagarse al colete un sorbo de *chicha*; echar un parrafito incandescente con cierta personita, a la vera de cierta reja de una casa de la calle de Rimac; decir a la misma persona, morena y pálida, con labios rojos como una mancha de sangre, las mil y una tonterías galantes, que en las largas horas de ocio habían fraguado a la vez mi imaginación y mi corazón de español enamora-

do... ¡Volver a ver a mi Rosita, la más linda de las peruanas nacidas; renovar los amorosos juramentos hechos en tiempos más felices en la misteriosa penumbra de las noches de luna, cargada de hálitos extraños y embriagadores que arrastraban el soplo blando de las brisas del Pacífico!... Además, la paz era la vuelta a España... ¡La vuelta a la patria!...

—¡Dios te bendiga, Juan Manuel! ¡Eres el número uno de los amigos, la gran persona!—exclamé abrazando al bueno de Santurce, cuya frágil osamenta amenazaba desquiciarse entre mis robustos brazos.

—¿Te has vuelto loco *Chicote*? Suelta hombre, suelta, no seas animal—gemía asustado el practicante, tratando de desasirse de mis garras—. Tú no estás bueno, y ahora mismo voy a prepararte un refresco de agraz, que te arreglará los nervios. ¡Verás!

Sonó un golpe en la puerta que cortó la palabra y la respiración a Juan Manuel, dejándole convertido en una estatua de mármol, por lo frío y por lo inmóvil de su actitud.

—¡La Magdalena me valga! ¡El jefe!—dijo con voz ahogada por la angustia.

Se entreabrió la puerta y asomó una cabeza juvenil y de facciones virilmente pronunciadas, que no era la del farmacéutico jefe.

Santurce respiró ruidosamente.

—Entra, Fradera—exclamó dirigiéndose al recién llegado—. No vales el susto que me has dado.

—Buscándote venía—dijo Esteban Fradera dirigiéndose a mí precipitadamente y sin parar atención en lo que decía el ayudante de farmacia—. Vamos a formar, pues parece que hay órdenes nuevas, que se nos van a comunicar. ¡Con tal de que sean para que andemos pronto a linternazos!

Eché a andar en pos de Fradera, cabo de mar como yo y buen amigo mío.

—¡Espera, *Chicote*!... ¡Aguarda, Fradera!—dijo lleno de amistosa solicitud Santurce—. En un momento está el refresco... Lo tomáis y salís andando.

—¡Tomátelo tú y buen provecho te haga!—exclamé riéndome y sin atender a su ruego.

—¿No queréis refrescar?—dijo Juan Manuel subiendo precipitadamente algunos peldaños de la escalera detrás de nosotros—. ¡Bueno! En cambio os voy a dar un consejo... Que si vais a tierra no os olvidéis de llevar el cuchillo...

Soltamos una carcajada en sus narices, y él se quedó en mitad de la escalera agitando la diestra con ademán profético y repitiendo:

—Que no se os olvide el cuchillo, ¿eh?

Seguimos subiendo, y al llegar a cubierta:

—El pobre Juan Manuel está chiflado... ¿No te parece, Fradera?—dije yo.

—¡Quién sabe!—murmuró mi compañero dejando

caer la cabeza sobre el pecho con aire pensativo—. Yo, por si acaso, llevaré mi cuchillo.

Cumplíndose al pie de la letra las noticias de mi amigo, y alegres como colegiales que faltan a la escuela para irse de parranda, desembarcamos aproximadamente, a lo que yo pude contar, ciento cincuenta y cuatro personas, entre oficiales, guardias-marinas y clases. Unos cuarenta tomaron el tren y se encaminaron a Lima sin detenerse en el Callao. El resto quedó en el puerto.

De estos últimos fué Esteban Fradera; y también yo, por las razones anteriormente indicadas.

La primera etapa del desembarco consistió en una visita que hicimos a cierto sujeto, tabernero él o cosa equivalente, establecido en el muelle y que respondía al eufónico y característico abodo de *Bochinche*.

Sirviéndonos con mala cara y modales más avinagrados aún que su gesto, una botella de la *chicha* consabida. El local, mezquino, ahumado y mal oliente, estaba totalmente ocupado por numerosa aunque poco selecta concurrencia, cuyo griterío y algazara al ver aparecer en el dintel nuestro uniforme, transformóse en sordo murmullo que no impidió llegar a nuestros oídos tal cual *gallegos* y tal cual *godos*; apelativos con que el populacho peruano acostumbraba a designar en sentido denigrante y ofensivo a los hijos de la madre España.

Noté que Fradera palidecía, que las venas de la frente se le hinchaban; y conociendo su natural irascible y lo altivo de su carácter, procuré, a pesar de la indignación que me invadía, evitar un conflicto de funestas consecuencias para nosotros, y sobre todo para nuestra patria. Apuré rápidamente mi ración, obligué a Fradera a hacer otro tanto, pagamos el consumo hecho; y él por un lado, y yo con dirección a la calle de Rimac, salimos andando después de cambiar una despedida, tan afectuosa y tan virilmente tierna, que aún ahora, después de transcurridos treinta años, su recuerdo hace temblar mi mano y humedecerse con ardientes lágrimas mis ojos.

Sin ser supersticioso, en aquel momento arraigó en mi alma el presentimiento ciego e infundado, pero incontrastable, de que nunca en el mundo de los vivos habíamos de volver a encontrarnos Fradera, el valiente, el héroe, y yo, el humilde cabo de mar, el oscuro soldado del montón anónimo...

Con el corazón alborotado como si pugnase por salirse del pecho, llegué al fin a la calle de Rimac y con paso que la emoción hacía vacilante me acerqué a la reja...

¡Allí estaba ella!

—¡Nena de mi vida!... ¡Reina del mundo! ¡Alma mía!—dije atropelladamente y sin darme cuenta exacta de lo que decía—. ¡Al fin vuelvo a verte!...

Pasaron a través de la reja sus manos, que abandonó entre las mías; y sólo después de transcurridos algunos minutos, que dediqué a contemplar admirativamente aquellas deliciosas manitas pequeñas y regordetas, terminadas en los dedos más afilados, sonrosados y aristocráticos del mundo—no olvide el lector que habla un enamorado que no había cumplido veintidós años—sólo entonces digo, me fijé en que Rosa, semejante a una hermosa imagen del dolor, lloraba silenciosamente.

—¡Huye!...—exclamó sollozando y echando hacia atrás con ademán trágico su negra y desordenada cabellera—. ¡Escapa, si algo quieres a tu Rosa!... ¡Pero pronto!... ¡Sin perder un momento!

—¿Huir yo?—murmuré sintiéndome en mis entrañas la mordedura de celosas suspiracias—. ¿Estorbo? Mejor, pues me quedo. ¿Y por qué lloras?

—Sabía que desembarcarías y que no dejarías de venir. Hace dos horas que te espero, muriéndome de angustia y de impaciencia. Por verte daría mi sangre toda, por oírte como ahora oigo tu voz adorada, mi vida entera... ¡Huye, que en ello te va la vida que es mía! Por eso lloro, por eso me desespero, y por tu madre, por mí, te suplico que huyas, que te embarques—dijo Rosa bajando la voz y retorciéndose las manos con angustia indecible.

—Te advierto que un español sabe morir, pero no sabe escapar... ¿Cuántos son mis rivales? ¿Dos? ¿Cuatro? ¿Diez? Son pocos diez *cholos* para un marino español—exclamé ciego de ira y despecho.



—Pero ¿es que no quieres entenderme? ¿Es que acaso te figuras?...

—¡Harto te entiendo, traidora! ¡Mujer al fin y al cabo!—rugí asiéndome a la reja con furia.

Rosa sonrió a través de sus lágrimas.

—¡Tonto! No es ningún rival el que amenaza tu vida... Es algo peor; es una tremenda conjuración que existe contra vosotros, contra los marinos españoles que habéis desembarcado. Se sabe que estáis desarmados, y os asesinarán a mansalva.

¡Qué peso se quitó de encima de mi corazón al ver desvanecerse mis temores! Creí que el cielo se abría ante mis ojos...

¿Qué se me daba a mí de conspiraciones y peligros, contando con el cariño de Rosa?

—Repíteme una vez más que me quieres—murmuré con fervor, apoyando mi frente contra la reja.

—A tí solo y para siempre—suspiró bajando la cabeza para ocultar el fuego de sus mejillas.

—¡Dímelo otra vez, morena! ¡Repítelo, y venga la muerte oyéndote decirlo!

—¡Para siempre! ¡Para siempre!—murmuró Rosa, articulando las palabras perezosa y lánguidamente.

Súbito rumor de vocerío irritado y de clamores furibundos, vino a sacarnos bruscamente de nuestro amoroso ensimismamiento... Por la calle arriba, un grupo numeroso de gentuza se desbordaba, ensordeciendo los oídos con los gritos de ¡mueran los godos! y ¡al agua los gallegos!

—¿Lo ves, lo ves?—exclamó Rosa con desesperación—. Huye, Juan, no pierdas ni un instante.

Permanecer más tiempo al lado de la reja era comprometer a la pobre muchacha sin fruto alguno; esto aparte de que la hora del embarque se aproximaba.

—Me voy; tienes razón... cierra la ventana y confía en mí... te escribiré y tendrás noticias mías... no sé cómo, pero las tendrás... no me olvides.

Cambiamos una última mirada, cerróse sin ruido la ventana, y yo emprendí la marcha hacia el muelle con paso tranquilo y sin darme por enterado del aspecto amenazador de la chusma, que por instantes ganaba terreno y casi me dió alcance antes de llegar al muelle.

Algunas piedras pasaron zumbando junto a mí; arreciaron las imprecaciones y comprendí que era llegado el momento de cesar de fingir tranquilidad indiferencia, que en honor de la verdad estaba lejos de mi ánimo.

Resguardé mi espalda con el muro de un edificio, desenvainé el cuchillo y, decidido a vender caro mi pellejo, hice frente a mis perseguidores.

No sé cuánto tiempo habría podido resistir el ataque de la turba que me cercaba y que no constaría menos de un centenar de fieras, más que personas; pero de lo que sí estoy cierto y lo estuve en aquellos críticos momentos, es de que nunca he tenido la muerte tan cerca de mí como entonces.

Quiso mi buena suerte, o por mejor decir la Providencia, sacarme del aprieto deparándome un jefe de marina peruano, que, revólver en mano, se abrió paso por entre la muchedumbre, y que con riesgo de su vida, que no parecía muy dispuesta a respetar aquella muchedumbre desenfrenada, me condujo a la prefectura y desde allí y a la incierta luz del crepúsculo, me hizo embarcar en unión de una veintena de marinos españoles que habían sido puestos a salvo por los gendarmes que el Intendente de policía del Callao destinó a ese fin.

No bien pisé la cubierta de la *Resolución*, sentí que unos brazos se ceñían a mi cuello y que una mejilla húmeda se frotaba con la mía.

—¡Salvado! ¡Creí que no volvía a verte!—dijo Juan Manuel Santurce llorando como una Magdalena.

—¡Si supieras!—añadió con honda pena Santurce—porque tú no sabes nada... ¡el pobre Fradera!

—¿Qué le ha sucedido a Esteban? ¿Está herido? ¡Cuenta!—interrogué con ansia.

—Esteban Fradera ha muerto—dijo lúgubrementemente Juan Manuel.

¡Muerto Fradera! Instantáneamente se me representó a los ojos de la imaginación la escena desgarradora que se reproduciría al ser conocida la siniestra nueva en su hogar honrado y tranquilo, donde una mujer y dos angelicales pequeñuelos aguardaban el regreso de quien jamás había de volver.

—Verás cómo pasó la catástrofe—prosiguió Santurce con voz hiposa—. A eso de las seis de la tarde venía Fradera tranquilamente hacia el muelle para embarcarse, cuando de súbito la canalla del Callao se le echó encima, en tanto número y con tal empuje que el pobre Esteban no tuvo tiempo más que para echarse de cabeza al mar. Nadó vigorosamente y consiguió llegar a un bote tripulado por un marinero peruano... ¿Querrás creer que el infame se negó a dar auxilio a quien se lo pedía por Dios y en nombre de sus hijos? Pues así fué... ¡Estricnina, ácido prúsico en altas dosis merce el tiburón con trazas de hombre que a remazo limpio alejó de su embarcación a un semejante suyo, a un hombre ¡y qué hombre! que le pedía la vida... Fradera se vió precisado a nadar otra vez en demanda de tierra, donde le esperaban doscientos valientes armados de piedras y palos. Saltó Esteban a tierra y ¡cuán sería la fiera y la majestad de su figura empapada y jadeante, que la turba inmunda sintió un asomo de miedo o de respeto y se hizo atrás! Desde lejos, y nada más que desde lejos empezaron a apedrearle aquellos malditos cobardes... Medió un capitán de fragata peruano, y Fradera respetando los galones del oficial, se puso á sus órdenes. Creyó la chusma que ya el león estaba vencido y arreció la pedrea estrechando las distancias. Uno de aquellos bandidos intentó arrancarle el cuchillo que aún esgrimía el héroe, otro canalla le dió un palo a traición, y volvieron a caer

sobre él con nueva furia piedras enormes, espesas como el granizo. Cegóse Fradera y desasiéndose de las manos del capitán de fragata y rugiendo: —*Ya no aguanto más*—se arrojó sobre la muchedumbre como un león, repartiendo puñaladas y abriéndose paso por entre la chusma aterrorizada al ver tanta guapeza y valor tan sobrehumano. Rodaron muertos y heridos muchos de los agresores, y el miedo trazó en torno de la trágica y sangrienta figura de nuestro pobre Esteban ancho círculo, aunque no tan ancho que impidiera que la turba de asesinos acabara con su vida arrojándole un diluvio de gruesas piedras...

Cayó Fradera como caen los valientes y su cuerpo sangriento y acardenalado ya no inspiró miedo... Entonces empezó la profanación inmunda de aquellos restos gloriosos; entonces aquella manada de bestias feroces mutiló y desgarró hasta convertirlo en informe despojo, el cadáver de nuestro desgraciado compañero...

Ahogó el dolor la voz en la garganta de Santurce; y él llorando silenciosamente y yo con los dientes apretados y los puños cerrados convulsivamente por el coraje y la rabia impotente, permanecimos mudos buen espacio de tiempo envueltos en el augusto silencio de una noche plácida y sombría.

—¿Te parece que recemos un Padre Nuestro por el alma de Esteban?—me preguntó con timidez Santurce.

—Bueno—contesté yo con voz ahogada cayendo de rodillas.

Y concluimos nuestra plegaria a tiempo que la corneta, con su enérgico y sonoro acento, nos indicaba que ya era hora de que descansáramos de las fatigas de aquel día, cuyo recuerdo llevo grabado en mi corazón con caracteres de fuego.

—¡Triste día!—cuchilleó a mi oído el farmacéutico—. ¡Dios nos libre de otros parecidos!

—¡No digas eso!—exclamé impetuosamente—. La sangre de los héroes es semilla fecunda y provechosa para la patria.

—Tienes razón—dijo Santurce no muy convencido, según creí observar—. Sin embargo, me acuerdo con pena de nuestro amigo. ¿Qué quieres que le haga?

—¡Dichoso el que muere luchando caballerosamente

por su patria! ¡Feliz mil veces el que muere como ha muerto Esteban Fradera.

Y yendo días y viniendo días, como dijo el poeta, pasaron próximamente diez meses sin que durante ellos pudiera yo sentar la planta en tierra firme, y menos por lo tanto aproximarse ni de lejos ni de cerca al Callao, centro de mis ansias y de mis amorosas aspiraciones.

Sólo tras largos intervalos y con gran irregularidad, llegaba a mis manos tal cual cartita procedente de la calla del Rimac, rebosantes todas de cariño fervientísimo, de constancia inalterable y de deliciosos borrones y graciosísimas faltas de ortografía.

De amoroso desahogo y relativo consuelo servíame leerlas de cabo a rabo, y más de una y de dos veces, al bueno de Juan Manuel Santurce, quien, con inagotable paciencia y esmeradísima atención, escuchaba la lectura, comentándola á veces con un ¡vaya, vaya! de significación indefinible, o con un ¡me parece muy en su lugar!, no siempre oportuno ni bien colocado, lo cual me demostraba que sólo de refilón y por puro compañerismo mostraba interesarle mi correspondencia amorosa, en tanto que su espíritu por completo desligado de la materia, tendía probablemente el vuelo a regiones más serenas.

Con más fuego comentaba la marcha de los acontecimientos políticos, de la cual estaba al corriente de tan perfecta manera, que daba lugar a sospechar que por conducto diabólico llegaba a su noticia.

Por él pude enterarme de la actitud agresiva de la República de Chile, que de hecho y manifestamente hizo causa común con la del Perú; él también fué quien, con espíritu crítico, inspirado en profundo buen sentido y en sana discreción, me dió a conocer que las disensiones de ambas Repúblicas con España aumentaron en gravedad desde el día en que con motivo de la gloriosa muerte de Fradera, formuló don José María Pareja su reclamación como almirante de nuestra escuadra ante el Gobierno peruano, exigiendo satisfacciones que, de haberse pedido en for-

(Continuará.)





SECCIÓN DE PASATIEMPOS

POR RAMON MARAVER



Número 1.—Charada.

—¿Cómo no has ido a *segunda-tercia*?
—Porque no tenía *todo* limpia y me he
tenido que quedar en *prima-tercia*.

—Conozco a una muchacha riquísima que desea casarse con un joven bien parecido. Vete corriendo a casa, toma un buen baño, cepíllate bien y estoy seguro que te casas con ella.

—Sí, pero suponte que después de tomar el baño y cepillarme, no quiere casarse conmigo, ¿qué hago yo?

Un hombre llega a la Comisaría y dice:

—Ayer denuncié en esta Comisaría que me habían robado el reloj y vengo a decir que lo había perdido en casa y ya lo he encontrado.

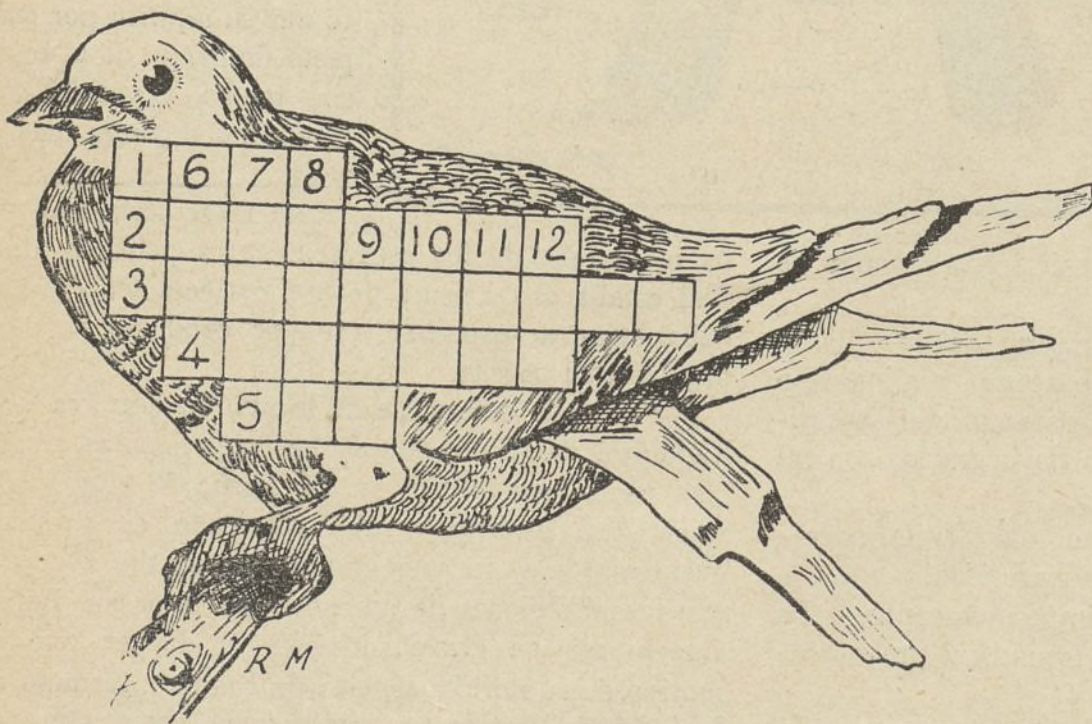
—Llega usted tarde—contestó el Comisario—. Ya ha sido detenido el ladrón.

—Estaba muy ocupado en su despacho el director de un Banco, cuando entró un caballero.

—Tome usted asiento, señor—le dijo el director sin levantar la cabeza.

—Supongo que se ha enterado usted que soy el conde de Weserstein—contestó el visitante.

Número 3.—Palabras cruzadas.



HORIZONTALES: 1. Capital de estado.—2. Enfermedad de la piel (plural).—3. Establecimientos para enfermos.—4. Ribazos.—5. Monja.—VERTICALES: 1. Toro.—6. Con la palabra.—7. En Ríotinto.—8. Sujeto.—9. Antiespasmódico.—10. Con *a* final, fruto.—11. Altar.—12. Notas.

Número 2.—De Muñoz Seca

EL CORAZON NOTA

El banquero siguió escribiendo y dijo:

—En ese caso tome usted dos asientos.

—Has conseguido un empleo en el Banco, ¿eh? Supongo que lo deberás en parte, a que conoces al Director.

—En parte a eso, y en parte a que él no me conoce.

El profesor de aeronáutica.—Estoy enseñando a volar desde hace cinco años. Jamás he oído una queja. ¿Qué prueba esto?

Una voz entre los alumnos.—Los muertos no hablan.

—Conozco un gran medio para evitar las molestias de los acreedores.

—¿Cuál es?

—Pagarles.

—Mi hijo escribe mucho y sus escritos son leídos con gran interés por mucha gente.

—¿Escribe artículos humorísticos?

—No... tarjetas de menú.

—Me hace usted reír con sus chistes contra las suegras. Yo me llevo muy bien con la mía.

—¿Vive con usted?

—No. Ella vive en Chile.

—¿Es usted representante de una pomada para hacer crecer la barba?

—Sí.

—Entonces ¿por qué está usted tan afeitado?

—Como ejemplo de los horribles efectos de no tener barba.

La célebre escritora Mad. Stael, muy pagada de su talento y su popularidad, preguntó un día a Napoleón cuál era a sus ojos la primera mujer del mundo.

—La que haya dado más hijos a la patria—respondió Napoleón.

REALIZACION

A VICTORIA VIDE

I

Por los frondosos jardines que rodeaban la suntuosa residencia del célebre banquero Henry Lebonel, paseábase éste acompañado de un joven militar apoyado en unas muletas a causa de unas heridas que recibió en los campos de batalla.

Al llegar cerca de la gran fachada de entrada al palacio, se abrió repentinamente la puerta y apareció la figura gentil de su hija Mary, bellísima parisina, morena como una andaluza, y tierna y sensible cual paloma, y con su voz argentina y su fresca risa, llamó repetidas veces a los paseantes que iban charlando animosamente.

Paróse Mary repentinamente, al ver que el huésped del palacio la llamaba junto con su padre.

Con pasos chiquitos como una gatita, se fué aproximando al grupo de hombres y aferrándose al cuello de su anciano padre, exclamó:

—¿Sabes que nos han invitado a la Kermesse que se celebra mañana en el palacio de Ruen? Luego, según me han comunicado por teléfono, habrá bailes, teatro y una cacería; así es que lo pasaremos muy divertido—. Y dirigiéndose a Alberto, que así se llamaba el herido, le dijo:

—Supongo que usted nos acompañará, ¿verdad? Yo me ofrezco en ser su enfermera; ¿me aceptará usted mi proposición?

—Yo... se lo diré después que lo haya pensado, pues me ha pedido una cosa que no le puedo contestar en este momento.

Los sonoros campanillazos del mayordomo, anunciando la hora del almuerzo, dió fin a un diálogo que era algo azaroso.

II

Juan, el viejo mayordomo, estaba algo triste por la partida del joven Alberto, pues se encontraba totalmente curado de sus dolencias guerreras.

Acompañaron al guerrero hasta la carretera, donde se encontraba un hermoso coche que lo conduciría a la gran urbe francesa.

—No sé cómo agradecerle las atenciones innumerables que ha tenido conmigo, señor Lebonel.

Dirigiéndose a Mary, le dijo:

—Mary, ha sido usted una hermana y mi reconocimiento es infinito. Le deseo, si no nos vemos, que sea feliz: yo la llevo en mi corazón grabada. Adios para siempre. Y con los ojos arrasados en lágrimas, se acomodó en el auto que partió vertiginosamente.

Tristes por su partida, cogidos del brazo, padre e hija penetraron en el suntuoso palacio.

III

Han pasado varios años, y en un hermoso día de verano, paróse ante el palacio del banquero un coche que conducía a dos personas: a la respetable marquesa de la Riviere y a su arrogante hijo.

Penetraron en el hermoso "hall" del palacio, donde les esperaban los dueños, y después de los saludos de rigor, retiráronse los viajeros para cambiarse de trajes a las habitaciones que ya estaban dispuestas.

Después de almorzar en el comedor renacimiento, la marquesa de la Riviere, dijo:

—Mi buen amigo, mi viaje obedece solamen-

SERNA

COMPRO, VENDO

Alhajas,
Papeletas del Monte,
Oro, Plata,
Relojes de buenas marcas,
Antigüedades,
Pianos, Autopianos
Escopetas,
Máquinas fotográficas,
Gramófonos,
Máquinas de escribir,
Prismáticos

y cualquier objeto de valor

HORTALEZA, 9

TELEFONO, 53-51

ARTICULOS DE OCASION

BORISOL ANTISÉPTICO Y DESINFECTANTE

Eficaz en las enfermedades de los párpados, nariz, boca,
garganta, oídos y de los órganos génito-uritarios.

FARMACIA TORRES MUÑOZ.—San Marcos, 11.—MADRID

FOTOGRAMAS

REVISTA MUNDIAL CINEMATOGRAFICA

PRECIO: UNA PESETA

ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA

JOYERÍA - PLATERÍA - RELOJERÍA

Máquinas fotográficas. - Gemelos prismáticos Busch - Zeiss - Goerz.
Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. - Pianos y pianolas.

JULIÁN VEGUILLAS DEPÓSITO DE GRAMÓFONOS
Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26. - Teléfono M 4.205. - MADRID

Escopetas. - Artículos para caza y viaje. - Objetos para regalos. - Má-
quinas de escribir, bicicletas y motocicletas Pañuelos de Manila,
mantillas de encaje

MELODIA S. A.

MADRID Avenida del Conde de Peñalver, 1

PIANOS VERTICALES Y DE COLA

(FABRICACION ALEMANA)

AUTOPIANOS

INTERPRETADORES

MELODIA

Reproducen con absoluta exactitud las obras
interpretadas por los mejores artistas
del piano

Barniz charol blanco para correajes del Ejército

Perseverante en perfeccionar la fabricación de mis barnices para correajes del Ejército, hoy
puedo ofrecer ya un nuevo barniz para correajes blancos, que por sus condiciones tiene gran-
des ventajas sobre el empleo del albayalde y la cola (procedimiento antihigiénico y dañoso
para la salud). Por su fácil aplica-
ción y rapidez en secar permite
obtener en breve tiempo un cha-

Precio del frasco, 1,75 pesetas

UNICO FABRICANTE DEL ACREDITADO

BARNIZ AMARILLO



MARCA REGISTRADA

rolado tan perfecto, que en pocos
minutos se presenta un correaje
para una revista : : : : : :

MUESTRAS A DISPOSICION DE LOS
SEÑORES JEFES QUE LO SOLICITEN

PARA CORREAJS DEL GUARDIA CIVIL

Marca "EL TRICORNIO"

I. RODRIGO

TOLEDO, 90

MADRID

CURIOSIDADES Y COSAS VARIAS

te a pedirlos un favor: la corta temporada que estuvo mi hijo aquí convaleciéndose de sus heridas, se ha enamorado de su hija Mary y yo le pido su mano.

—Señora Marquesa: ha sido para mí una alegría inmensa al ver realizados mis sueños; siempre que ella no tenga que alegar nada en contra, cuente usted con mi aprobación.

Unidos ambos jóvenes, salieron al jardín donde con los trinos de los pajarillos y el perfume de las flores arrulláronse en un ardiente amor.

IV

Celebróse la boda y después de la función religiosa, emprendió la feliz pareja un viaje de recreo.

Embarcáronse en un trasatlántico, y mientras el palacio flotante, arrogante y majestuoso se alejaba del puerto, uniéronse en un prolongado beso, sellando así por segunda vez un amor intenso, grande y fiel.

LUIS DE LA CALLE

Ceuta.

BLANCOS HUECAS

Según el «Nuevo Reglamento de Tiro con Armas Portátiles». (D. O. C. 227 de 6-10-26) para todas las armas y Cuerpos del Ejército.

Pedidos a las

Hijas del Comandante Huecas
Colegiata, 5, 4º, 1.—MADRID

Isaac ha comprado un caballo de carrera por el que ha pagado veinte mil francos. Pocos días después de la compra, el animal muere repentinamente en las cuadras de Isaac.

Aquella misma tarde el judío va al Círculo y dice a sus amigos:

—Estoy consternadísimo; figuraos que mi mujer se empeña en que me desprenda del magnífico caballo que, como sabéis he comprado hace dos días, con el pretexto de que le molesta el que pueda oler cualquier día a cuadra.

—¿Y va usted a venderlo?

—No; he pensado algo mejor; voy a rifarlo.

Isaac saca veinte papeletas, a dos mil francos cada una, que llevaba previamente preparadas, y logra colocarlas entre sus amigos. Inmediatamente procede al sorteo. El señor Bruyere resulta premiado.

Isaac se acerca a él, le abraza, le da la enhorabuena y le dice:

—Pase usted mañana por mi casa para recoger el caballo.

Cuando al día siguiente se presenta el señor Bruyere en casa de Isaac, halla a éste profundamente desconsolado.

—¡Ay qué desgracia, señor Bruyere!—le dice a éste—. Figúrese usted que el caballo acaba de morir repentinamente; pase a la cuadra y lo verá.

Ya ante el cadáver del animal Isaac redobla sus quejas.

—¡Ay, qué desgracia! Lo siento por usted, señor Bruyere; mas para que no pueda decirme nunca que he engañado a nadie... ¡tome usted!

Y le da dos billetes de mil francos.



MAH - JONGG

JUEGO NOVEDAD

REGLAMENTO Y CONTABILIDAD

por **RAMON MARAVER**

Precio del ejemplar, 60 céntimos. — Certificado, 90 céntimos.

LOS PEDIDOS A LA ADMINISTRACION DE ESTA REVISTA

RECLUTAS DE CUOTA

Acudid para aprender la instrucción a la
ESCUELA CIVICO-MILITAR

La mejor y más conveniente.

¿CALLOS?

UNGÜENTO MAGICO

es el callicida por excelencia. Pregunte a cuantos lo han usado, y oirá usted maravillas. En tres días saca de raíz callos, juanetes y durezas. Pídale en farmacias y droguerías. 1,50. Por correo, 2 pesetas. **FARMACIA PUERTO, Plaza San Ildefonso, 4, MADRID**

NIETOS DE JUAN MEDINA

Casa fundada en 1850

Barcelona: Rambla del Centro, 37. Madrid: Preciados, 21

Teléfono, 2889 A

Teléfono, 35-15 M

Bordadores efectivos de la Real Casa, Primera en su clase en España. Manufacturas de Bordados, condecoraciones, roses, cascotes, gorras, correaes, galones, botones, espadas e insignias y distintivos de todas clases para el Ejército, Armada y Corporaciones civiles, Banderas y Estandartes para el Ejército, Marina, asociaciones, colegios, orfeones, edificios públicos y para consulados nacionales y extranjeros, así como escudos heráldicos para balcones y fachadas, bandes, fajines, medallas, bastones de mando, borlas, etcétera, etcétera

ALMACENES DE S. GINÉS

Teodoro G. González

Tejidos, Géneros de Punto y Camisería

Proveedor Oficial de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra

ARENAL, 11

MADRID

**DROGUERIA, PERFUMERIA,
CEPILLERIA, ESPONJAS**

y ARTICULOS DE LIMPIEZA

B. LÓPEZ. Atocha, 49.

CASA MUY BIEN SURTIDA

PRECIOS ECONÓMICOS

PROVEEDOR DE LA 3ª SECCIÓN DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIRO

JESUS MARTINEZ

- ESPECIALIDAD EN GORRAS DE PLATO -

- - Roses - - CHACOTS Y KALPATS - -

Mayor, 57, MADRID. (Frente al café de Platerías)

!! TODO NUEVO Y TODO DE OCASIÓN !!

SI QUIERE V. COMPRAR O VENDER Alhajas, Relojos, Máquinas de escribir, fotográficas, Pianos, Pianolas, Gramófonos, Bicicletas, Objetos de arte y fantasía y cualquier clase de artículos, VISITE TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS Y ACUDA POR FIN A LA

CASA ORIA Y GALINDEZ

Calle del Clavel, 8

MADRID

Teléfono 19-31 M

SE CONVENCERA de las VENTAJAS QUE SU LARGA EXPERIENCIA en el NEGOCIO pueden PROPORCIONARLE

TALLERES DE IMPRENTA
Y ENCUADERNACION

PRENSA NUEVA

EDITORIA DE LIBROS Y REVISTAS

Obras, libros y folletos.

Impresos de todas clases.

ESPECIALIDAD EN

REVISTAS Y PERIODICOS

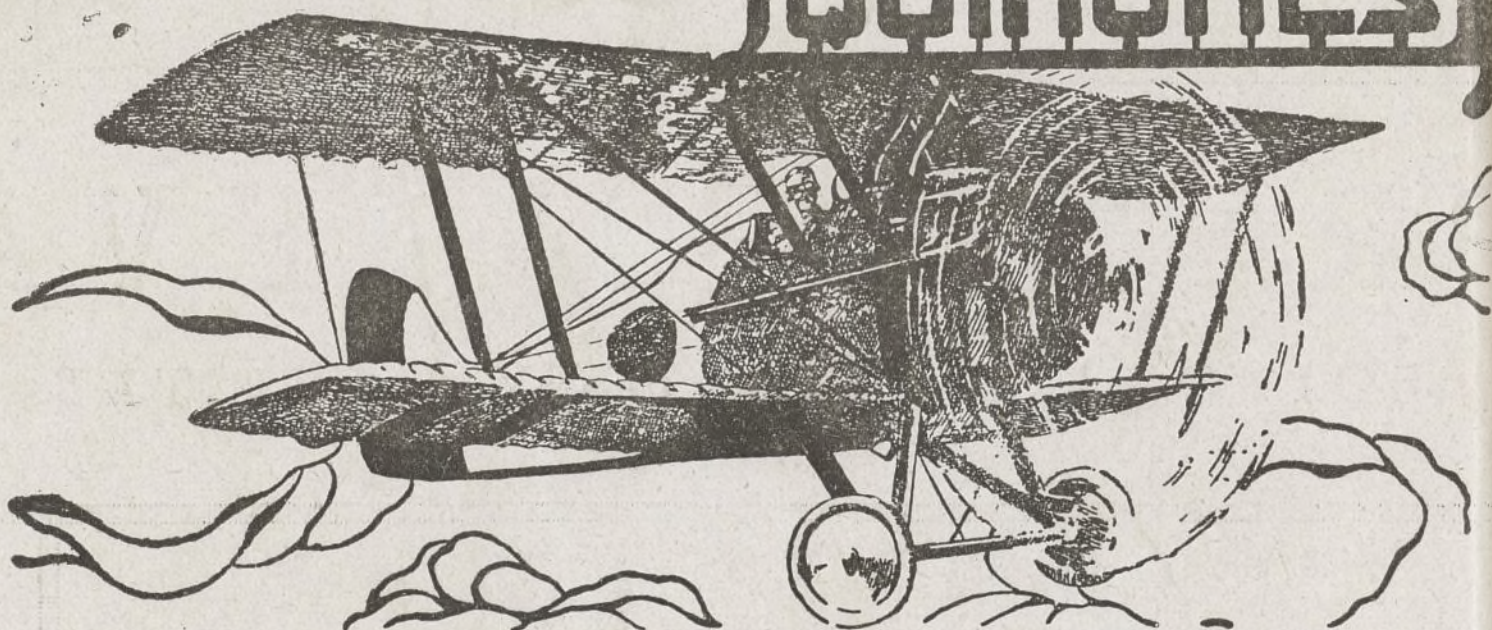
Confección esmerada.

Prontitud, economía.

Calvo Asensio, 3. --- Teléfono 32171

M A D R I D

SANTIAGO SANCHEZ QUINONES



ACCESORIOS

para Automóviles, Globos y Aeroplanos

PROVEEDORES DE LA AERONÁUTICA MILITAR DE ESPAÑA

Motores NAPIER para aviación.—Cables de goma.—Tensores.—Tubos de acero.—Cuerdas de piano.—Cables de alta.—Cojinetes de bolas.—Hélices Neumáticos.—Ruedas metálicas.—Telas para globos.—Trajes eléctricos para aviadores.—Tornillería de acero —Accites y grasas OLEOSOL, etc.

TELÉFONO J-1342

ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID

